



ABRIR PARTE III VOL. II

CONCLUSIONES.

A fines del siglo IV, el mundo mediterráneo formaba una unidad política, social y económica, bajo la égida del Imperio romano. Una élite privilegiada se encargaba de mantener la cohesión del conjunto. Sus miembros, ya fuesen funcionarios estatales o altos mandos del ejército, poseían inmensos patrimonios territoriales dispersos a lo largo y ancho del viejo Mare Nostrum, el mismo marco espacial donde se desarrollaban sus carreras. La comunidad de intereses que compartía esta clase y la pervivencia de una vida urbana que participaba de unos mismos patrones culturales, favorecieron el mantenimiento de la unidad política, la continuidad de los intercambios comerciales y la difusión de nuevas ideas y tecnologías.

Ciertamente, la brillante fachada del edificio ocultaba profundas grietas en su cimentación. El creciente peso de la burocracia administrativa, la progresiva regionalización de los sistemas defensivos, el incremento de la presión fiscal, el intervencionismo económico del estado y las diferencias regionales entre un Oriente densamente poblado, rico y urbanizado y un Occidente en vías de ruralización aconsejaban el desarrollo de las formas de gestión descentralizada, que venían ensayándose con éxito desde el siglo III.

En 395, después de la muerte de Teodosio I, su hijo Arcadio asumió el gobierno de la pars Orientis, en tanto que su otro vástago, Honorio, se hacía cargo del de la pars Occidentis. En contra de las aseveraciones de la historiografía tradicional, este hecho no supuso la ruptura de la unidad política del Imperio, cuya necesidad escatológica era absoluta, y, por tanto,

incuestionable. Antes bien, representó la adopción de un modelo de gestión policéntrica, consolidado a partir de las reformas de Diocleciano y que se mantendría vivo, como alternativa de poder, hasta la muerte de Mauricio.

La reforma en materia de política defensiva, puesta en marcha por el general Estilicón en la pars Occidentis entre 395 y 408, impulsó el desmantelamiento los viejos limites, y la sustitución de las fuerzas inoperantes de limitanei por foederati bárbaros. Las dificultades opuestas por los latifundistas al reclutamiento de mano de obra agraria y la falta de entrenamiento y cualidades militares de la misma hacían aconsejable la reforma. En plena transición, suevos, vándalos, alanos y burgundios cruzaron el Rin, el 31 de diciembre de 406. La usurpación de Constantino III y la ejecución de Estilicón impidieron que la reforma del sistema defensivo, ideada por este último, pudiese ser llevada hasta sus últimas consecuencias.

A partir de 411, y bajo la dirección militar del patricio Constancio, los bárbaros federados comenzaron a desempeñar funciones hasta entonces reservadas a las tropas comitatenses. Primero de manera coyuntural, como ocurre con los visigodos, empleados por el gobierno imperial en 412, para acabar con los usurpadores galos Jovino y Sebastián, y nuevamente de 416 a 418, con el propósito de aniquilar a los alanos y vándalos silingos, que habían penetrado en la Península Ibérica, durante la guerra civil que había enfrentado al usurpador Constantino con el gobierno de Ravenna. En los años venideros, los generalísimos Castino, Félix y Aecio, sucesores de Constancio, apelarían, cada vez con mayor regularidad, al uso de foederati, hasta el punto de que, a partir de mediados del siglo V, se puede decir que el ejército de la pars Occidentis se halla casi completamente barbarizado.

A modo de complemento a esta serie de reformas en materia de defensa, el patricio Constancio impulsó el establecimiento oficial de los pueblos germanos federados en las provincias atlánticas, la zona menos romanizada del Imperio, la más excéntrica y la más difícil de proteger. Mediante tal sistema no sólo pretendía garantizar la seguridad de las regiones limítrofes, sino también distanciar a los bárbaros federados del área mediterránea, propósito, este último, que se convertirá en el objetivo prioritario del gobierno de Ravenna, durante las siguientes cuatro décadas. No en vano, el dominio de las aguas del Mediterráneo, núcleo vertebrador del Imperio, dependía directamente del control de los puertos y de la red viaria que unía Italia con el norte de Africa, auténtico granero de Roma, a través del sur de las Galias, el litoral hispano y la región del estrecho de Gibraltar.

En consonancia con esta línea de actuación, el estado mayor de los emperadores Honorio y Valentiniano III realizaría un notable esfuerzo por alejar a los visigodos de la Tarraconensis y de la Narbonensis, en 413-415; 423-425; 435-439 y 451. Con frecuencia, la corte de Ravenna promovió el enfrentamiento entre distintos colectivos germanos asentados en el interior del Imperio, a fin de conservar el control directo de las provincias mediterráneas. Así, en 419, apoyó a los suevos, en su lucha contra alanos y vándalos, convencida de que de este modo lograría evitar el descenso de estos últimos sobre la Lusitania y la Baetica. Años después, cuando los vándalos ya habían abandonado la Península, utilizaría a los federados visigodos, para frenar la expansión sueva hacia el Mediterráneo.

El gran desastre estratégico para el Imperio se produjo, entre 429 y 439, con el paso de vándalos y alanos al norte de Africa y, la subsiguiente, constitución del primer reino

germánico, desligado de todo lazo con Roma, en el área mediterránea. La escasa resistencia opuesta al invasor, se explica en virtud de los graves problemas culturales, religiosos, sociales y políticos que padecía la diocesis Africae, a comienzos del siglo V, así como debido a la situación de práctica indefensión en que se hallaba la zona, tras la retirada de las tropas regulares romanas y su sustitución por federado godos.

Con todo, en el proceso de desmantelamiento del dominio romano sobre el norte de Africa, pueden distinguirse unos hitos cronológicos. En 429, tuvo lugar el desembarco en la Mauritania Tingitana de vándalos y alanos, seguido de su avance devastador a través de la Caesariensis, Sitifensis y Numidia. En 435, tras varios intentos frustrados de contener la acometida bárbara en los límites de la Proconsularis mediante el empleo de la fuerza militar, el gobierno de Ravenna decidió firmar un foedus con Genserico, a la sazón, cabeza del linaje real vándalo de los Asdingos. De acuerdo con las cláusulas de este tratado, los vándalos se instalaron en calidad de federados del Imperio en las provincias de Mauritania Sitifensis, norte de la Numidia y oeste de la Proconsularis. Se trataba de la primera vez que las autoridades romanas, si bien presionadas por las circunstancias, consentían en que un pueblo bárbaro se asentase en las costas del Mediterráneo. Cuatro años más tarde, en 439, Genserico ocupó Cartago y la totalidad de las provincias Proconsularis y Byzacena, granero del Imperio y sostén de la domus divina, dado que en ellas se concentraban gran parte de los dominios imperiales destinados al sostenimiento de la casa del soberano.

En Cartago, Genserico se apoderó de la flota anonaria, que, acto seguido, emplearía para sembrar el terror en el Mediterráneo central, con sus incursiones de saqueo contra las costas de Sicilia y el sur de Italia. Por otra parte, consciente

de la importancia que poseía la producción cerealística de Africa para la economía estatal romana, el monarca Asdingo no dudó en someter al gobierno de Ravenna al chantaje frumentario. En 442, tras el fracaso de una nueva expedición patrocinada por el emperador de Oriente Teodosio II, Genserico consiguió ratificar un acuerdo con Valentiniano III, en virtud del cual quedaba relevado de las obligaciones propias de un príncipe federado, al tiempo que obtenía el reconocimiento de un dominio factual sobre el este de la Numidia, la totalidad de la Proconsularis y la Byzacena, y el oeste de la Tripolitania. A cambio, el monarca bárbaro se comprometía a despachar un cargamento anual de trigo a Italia, lo que permite explicar el incremento que se produjo en el número de beneficiarios de las distribuciones alimenticias efectuadas por el estado en la ciudad de Roma durante este período.

El pacto se mantendría en vigor hasta la muerte de Valentiniano III en 455. Genserico, que como todos los monarcas germanos otorgaba a los pactos un carácter estrictamente personal, consideró que con la desaparición del emperador el tratado de 442 había quedado anulado, e inmediatamente reanudó sus ataques contra las costas de Sicilia y el sur Italia. Aprovechando la confusión política en que se hallaba sumido el Imperio de Occidente, a causa de los problemas sucesorios que se planteaban tras la desaparición de Valentiniano, el monarca Asdingo se presentó en Roma y durante 14 días la sometió a un saqueo sistemático, que le permitiría desviar importantes recursos materiales y humanos hacia Cartago en forma de botín.

Desde 455 hasta 474, se puede decir que existe un estado de guerra permanente entre el Imperio y el reino vándalo, interrumpido, tan sólo, por algunos breves períodos de tregua. El asesinato de Valentiniano III, víctima de una conjura fraguada

por miembros del Senado romano y de la comitiva militar del general Aecio, había puesto fin al reinado de la dinastía valentiniano-teodosiana en Occidente. Los sucesores de la misma fueron soberanos de extracción senatorial, los llamados imperatores clarissimi, a los que ni el gobierno de Constantinopla, ni el de Cartago reconocerían legitimidad alguna. Esta situación, que debilitó profundamente a las estructuras de la monarquía imperial en la pars Occidentis, favorecería el progreso en la construcción de los reinos romano-germánicos y la expansión de sus dominios territoriales. De hecho, es en esta época, cuando los vándalos se hacen con el control del Mediterráneo occidental, incorporando al reino de Cartago las islas Baleares, Corsica, Sardinia y Sicilia. Tras el fracaso de la expedición de la armada imperial contra Cartago, promovida por el gobierno de Constantinopla en 468, las incursiones vándalas se extendieron al Mediterráneo oriental. Sólo la firma de un pacto entre el rey Genserico y el emperador bizantino Zenón en 474, ratificado por Hunerico, hijo y sucesor del primero, en 481-482, pondrá fin al conflicto. Sin embargo, para entonces, la organización política del Imperio de Occidente se había desmoronado.

No cabe duda de que la actuaciones de Genserico desestabilizaron, en buena medida, el orden romano en el mundo Mediterráneo. Al dominar los mares Baleárico y Jónico, los vándalos provocaron el aislamiento de Italia respecto a Hispania y Africa, aunque, sin duda, las relaciones entre estas dos últimas áreas, tradicionalmente muy estrechas, debieron acentuarse. Al mismo tiempo, las razzias vándalas sobre el sur de Italia, donde se concentraban importantes patrimonios senatoriales, sacaron a la luz la disparidad de intereses entre la aristocracia itálica y la del sur de las Galias. Los grandes propietarios de Italia, absorbidos por el problema vándalo,

olvidaron la situación de emergencia que se vivía en las Galias, y optaron por otorgar todo su apoyo a la gestión de los generalísimos de origen bárbaro encargados de la seguridad de la Península. Por su parte, la nobleza subgálica, ajena a las incursiones vándalas, procuró buscar un entendimiento con los monarcas visigodos y burgundios, en cuyas manos descansaba ya buena parte del sistema regional de defensa, para contener el avance los francos. Sin embargo, ni los vándalos ni ninguno de los otros pueblos germánicos establecidos en el interior de la Romania a lo largo del siglo V puede ser considerado como responsable directo de la ruina de las estructuras estatales del Imperio en su parte occidental.

La desaparición del estado romano en Occidente fue un proceso histórico largo y complejo, que si bien contó con el impulso del asentamiento de los pueblos bárbaros, no estuvo determinado por el mismo, sino más bien por el triunfo de la alianza entre las grandes familias de la aristocracia provincial y los altos mandos del ejército contra la monarquía y el aparato de la administración central.

Las rivalidades existentes entre los miembros de la cúpula militar de Ravenna y la necesidad de proteger unas fronteras demasiado extensas y permeables, con los mínimos gastos para las arcas del estado, decidieron la progresiva regionalización de los sistemas defensivos. Este fenómeno unido a la rápida barbarización de las fuerzas de combate, vino a converger con los intereses de las aristocracias provinciales de Occidente, que ya a fines del siglo IV consideraban demasiado oneroso para sus economías privadas el mantenimiento de las estructuras administrativas y de defensa estatal instauradas en tiempos de Diocleciano y Constantino. Los grandes propietarios del suelo de los distintos ámbitos regionales dependientes del

gobierno de Ravenna acabarían aliándose con los jefes militares de su propia área territorial, con frecuencia, príncipes bárbaros, que compartían su interés por sacudirse la autoridad del estado y reemplazarlo por construcciones regionales, vinculadas al Imperio únicamente de manera teórica. En definitiva, se trataba de sustituir un organismo costoso e ineficiente, por una serie de entidades políticas más baratas y operativas, que permitiesen a los grandes propietarios locales desarrollar las posibilidades una economía basada en relaciones de dependencia, y a la élite militar bárbara acceder a la propiedad del suelo y al disfrute de las ventajas materiales de las que gozaba la aristocracia romana.

Por supuesto, el estado romano, encarnado por la monarquía, se resistió a desaparecer, apoyándose en la burocracia patrimonial de la casa imperial, dirigida por los eunucos del sacrum cubiculum, y en el aparato administrativo del poder central. Sin embargo, en el Occidente del siglo V, el cubiculum jamás adquirió el grado de desarrollo, que alcanzaría durante ese mismo período en Oriente, y por tanto, no pudo actuar de manera eficaz como mecanismo de interposición entre la corona y las oligarquías provinciales, frenando las tendencias centrífugas que manifestaban estas últimas. En cuanto a los altos cargos de la administración central, sabemos que eran patrimonio de la aristocracia senatorial itálica, única interesada en preservar las estructuras de gestión del estado, como elemento de distintivo de clase, aunque sin perjuicio de que sus competencias quedasen reducidas al ámbito peninsular. De hecho, el aparato de la administración central romana se conservó fosilizado, durante toda la etapa ostrogoda.

Otro de los sectores, en el que se apoyó el estado romano para intentar sobrevivir, fue la Iglesia Católica. No hay

que olvidar que en 380, mediante el edicto de Tesalónica, Teodosio I había hecho del credo de Nicea la fides romana, es decir, la religión oficial del Imperio. El catolicismo aportaba la justificación ideológica sobre la cual descansaba la monarquía autocrática. Frente a la constitución de los primeros reinos bárbaros, en su mayor parte de confesión arriana, el clero niceno, habituado a gozar de la protección de las autoridades imperiales, reaccionó tomando partido a favor de éstas. Pese a que Agustín de Hippo Regius intentó desligar los destinos de la Iglesia de los avatares del Imperio, el discurso del poder elaborado en medios eclesiásticos, durante el siglo IV, abocaría al episcopado católico a la defensa del estado romano. De ahí que sea la Iglesia Católica quien, bajo el reinado de Justiniano, actúe directamente en pro de la restauración de la autoridad imperial en Africa e Italia.

El hundimiento de la monarquía imperial en Occidente no fue, sin embargo, tan drástico y violento como en principio podría pensarse. Tras la extinción de la dinastía valentiniano-teodosiana, se produjo el advenimiento de una serie de soberanos de extracción senatorial, los llamados imperatores clarissimi. Encabeza la lista, Petronio Máximo, representante de los intereses de la aristocracia itálica, y le sigue Eparquio Avito, candidato del rey visigodo Teodorico II y miembro de la poderosa nobleza subgálica. Durante este último reinado, y pese a su brevedad, se puso de manifiesto la divergencia de intereses entre las clases dirigentes de Italia y las Galias. A partir de 457 y hasta 472, el patricio de origen suevo-gótico Ricimer, magister utriusque militiae praesentalis, ejercerá un auténtico protectorado sobre Italia. De común acuerdo con el Senado romano, nombrará a los emperadores o aceptará la designación efectuada por el basileus de Constantinopla. Aún así, no todos los soberanos occidentales de esta época fueron meros títeres al

servicio de sus intereses. Livio Severo y Olibrio responden, en esencia, a este prototipo. Sin embargo, Mayoriano y Antemio, que finalmente serían eliminados, procuraron reforzar la autocracia de la monarquía, a costa de limitar el poder de la nobleza senatorial y de los altos mandos del ejército de Italia.

Después de la muerte de Ricimer, se precipitó la ruina de la monarquía imperial en Occidente. Su sobrino, el burgundio Gundobado, que le sucedería por un breve período de tiempo en el cargo de generalísimo, proclamó emperador a Glicerio, un burócrata de Ravenna, cuyo reinado apenas duraría unos meses. En 474, el gobierno de Constantinopla, aprovechando que Gundobado había abandonado Italia para enfrascarse en las luchas intestinas del reino burgundio, colocó en el trono a su propio candidato, Julio Nepote, quien contaba con todas las garantías de legitimidad, ya que había sido designado por su colega oriental, León I, y se hallaba emparentado con la familia de éste. Sin embargo, y pese a sus esfuerzos, Nepote tampoco lograría consolidar su soberanía sobre Italia. En 475, obligado a abandonar la Península por la rebelión del general panonio Orestes, habría de buscar refugio en Salonae, capital de la provincia de Dalmatia, donde reinaría otros cinco años. Entre tanto, Orestes invistió con la púrpura a su hijo Rómulo, quien en agosto de 476 fue destronado por el oficial hérulo Odoacro.

La caída del pequeño emperador y el fin de la monarquía imperial sobre Italia se produjo como consecuencia de la grave crisis financiera por la que atravesaba el estado romano. Durante las últimas tres décadas Sicilia, las Galias e Hispania, habían pasado a ser administradas directamente por monarcas bárbaros. Y Dalmatia obedecía a Julio Nepote. La pérdida de control directo sobre estas áreas, comportó una notoria merma de recursos para las arcas del estado, que, ya con anterioridad

al reinado de Rómulo, se había visto en dificultades para abonar con regularidad la soldada a los efectivos bárbaros, que componían el ejército de Italia. Ante la demora en los pagos, la tropa exigió un reparto de tierras, al que el gobierno de Ravenna se negó, provocando el estallido de una rebelión militar. Los sediciosos proclamaron rey a Odoacro, quien, tras eliminar a Orestes y deponer a Rómulo, envió a Constantinopla las insignias imperiales junto con una carta del Senado, en la que éste expresaba su deseo de que no fuese designado un nuevo soberano para la pars Occidentis, sino que el emperador de Oriente asumiese dicha función. En principio, Zenón rehusó hacerlo, forzando a Odoacro a acatar la soberanía de Julio Nepote. Tras el asesinato de éste, acaecido en la villa de Diocleciano próxima a Salonae, en el año 480, la legítima autoridad imperial sobre Occidente revirtió de nuevo al basileus de Constantinopla, quien no creyó necesario volver a designar un colega para que reinase sobre Italia y Dalmatia. Odoacro, que disfrutaba del apoyo momentáneo de la aristocracia senatorial, al haber recuperado el control de Sicilia de manos vándalas, se hizo cargo de la administración de ambas regiones como delegado de Zenón, quien se había visto obligado a sancionar su autoridad.

No cabe duda de que la monarquía imperial desapareció en Occidente porque constituía un obstáculo para el adelanto de los intereses socio-económicos y políticos de la nueva clase dirigente itálica, compuesta por los grandes propietarios del suelo y los altos oficiales de origen bárbaro al mando del ejército regional. Eliminando la presencia inmediata de un autócrata, este grupo suprimía la principal barrera que limitaba su poder, siéndole factible acometer reformas en el sistema estatal desarrollado durante el Bajo Imperio, que, en cuanto atañe a su estructura militar, resultaba financieramente inviable.

Para 480 el estado romano en Occidente se ha desmoronado. No obstante, el Imperio subsiste como realidad tangible, tanto en el plano material como ideológico. La mayor parte de los monarcas germanos, con excepción de los reyes vándalos, seguían reconociendo la supremacía de la autoridad imperial, representada ahora por el basileus de Constantinopla, y consideraban que sus respectivos reinos formaban parte de una entidad política superior: el Imperio romano, cuya universalidad nadie cuestionaba. Partiendo de estos presupuestos teóricos, se articulará un nuevo sistema de estados en el mundo Mediterráneo. A la cabeza del mismo se sitúa el emperador residente en Bizancio, que ejerce su autoridad de manera directa sobre todo Oriente; mientras que en Occidente diversos príncipes bárbaros, auxiliados por las aristocracias provinciales e investidos con títulos honoríficos y cargos áulicos imperiales, gobiernan como delegados de este soberano, sobre distintas áreas geográficas de la Romania.

A lo largo del siglo V, los emperadores de Constantinopla habían dado numerosas pruebas de interés por restablecer una gestión centralizada del Imperio, extendiendo su autoridad a Occidente. La vieja hipótesis de que Bizancio sobrevivió, gracias a que sus gobernantes, con una visión maquiavélica, desviaron hacia el oeste las invasiones que tenían lugar en su territorio, resulta hoy día insostenible. Los godos de Alarico fueron utilizados por la corte de Constantinopla contra la de Ravenna y viceversa. Si finalmente pasaron a Occidente, no fue a causa de las presiones del gobierno oriental, sino porque Alarico, consciente del papel que estaba desempeñando, decidió sacar el mayor provecho posible del conflicto, marchando sobre Italia, para, más tarde, intentar cruzar a Africa. En cuanto a Atila, sabemos que, por iniciativa propia y con anterioridad a sus expediciones militares sobre las

Galias y el norte de Italia, ya había desarrollado una intensa actividad política y diplomática en Occidente, de lo que se deriva que su interés por la región no respondía simplemente a las sugerencias de Marciano. Por último, el envío de Teodorico a Italia en 488, no tuvo otro objetivo que el de sustituir a Odoacro, cuya lealtad a Zenón resultaba cada vez más tibia, por un caudillo germano partícipe de la idea de unidad del Imperio, que actuara como delegado del basileus en la Península.

Prueba de que el gobierno de Constantinopla no sacrificó Occidente, pese a los conflictos que a veces le enfrentaron con las autoridades de Ravenna, es que, con frecuencia y en la medida de sus fuerzas, acudió en ayuda de las provincias del oeste. En 410, Teodosio II despachó un ejército en socorro de su tío Honorio, que luchaba contra los visigodos. Después de la muerte de éste, en el año 423, el soberano oriental intentó restablecer la gestión centralizada del Imperio, sin ningún éxito. A pesar de su fracaso, hizo todo lo posible por conservar el trono de Occidente para su dinastía. Tropas bizantinas, bajo el mando del general de origen alano Ardabur y de su hijo Aspar, allanaron el camino al pequeño Valentiniano III, primo de Teodosio, hasta el solio de Ravenna. En 431, a petición de Gala Placidia, madre de Valentiniano y regente del Imperio occidental, Aspar fue enviado a Africa con un ejército reclutado en Oriente, a fin de contener el avance de Genserico. Diez años más tarde, en 441, Teodosio II organizó, a requerimiento de Valentiniano, una expedición contra los vándalos. Finalmente, la flota imperial, que debía trasladar a las tropas hasta Africa, no pasó de Sicilia, pero logró alejar de Italia la amenaza vándala. La muerte de Teodosio no puso fin a este clima de colaboración. En 452, Marciano ordenaría atacar a Atila, que amenazaba el norte de Italia.

El asesinato de Valentiniano III en 455, puso fin al reinado de la casa de Teodosio I en Occidente. Marciano, que se hallaba emparentado con la rama oriental de la familia a través de su matrimonio con Pulqueria, hija de Arcadio y hermana de Teodosio II, se consideró, a partir de este momento, como único soberano de ambas partes del Imperio, negándose a reconocer a Petronio Máximo y Eparquio Avito, como legítimos emperadores de Occidente.

León I, sucesor de Marciano, intervino de manera mucho más activa en Occidente, a través de la puesta en marcha de una serie de proyectos destinados a restablecer la autoridad imperial sobre la totalidad del Mediterráneo. Su obra se anticipa en más de medio siglo a la de Justiniano, y constituye la más clara prueba a favor de la pervivencia de la idea del Imperio universal y del interés del gobierno de Constantinopla por mantener el dominio romano sobre el conjunto del litoral mediterráneo.

Tras un apoyo inicial a Mayoriano, que no llegó a cuajar debido a la oposición del partido progermánico de la corte de Bizancio, León patrocinó un ambicioso plan restaurador, que preveía el retorno a la situación existente a comienzos del reinado de Valentiniano III. Por una parte, intentó reforzar la autocracia imperial, muy deteriorada en la pars Occidentis bajo el reinado de los imperatores clarissimi, proclamando Augusto en 467 al patricio Antemio, yerno del emperador Marciano, y enviándole a Italia en compañía de una fuerza armada, que le permitiese cierta libertad de movimientos frente a las presiones del general Ricimer y el Senado de Roma. Por otro lado y de manera paralela, tomó acción para recuperar el control del Mediterráneo occidental, organizando una importante expedición contra los vándalos. Desafortunadamente, la enorme inversión efectuada por el gobierno de Constantinopla en esta empresa, no

dio los resultados apetecidos. En 468, la armada imperial, que debía trasladar hasta Africa al ejército encargado de expulsar a los vándalos, fue aniquilada por Genserico en la Bahía de Túnez. Unos años después, en 471, las fuerzas de Antemio, que intentaban restablecer la autoridad imperial sobre el sur de las Galias, fueron derrotadas por el rey visigodo Eurico. Ricimer, apoyado por un destacado sector de la aristocracia itálica, que deseaba verse libre de la tutela del autócrata griego, aprovechó la ocasión para alzarse en armas contra éste. En la primavera de 472, Antemio era eliminado, en el trascurso del último episodio de una sangrienta guerra civil.

El desastre no impidió que en 474, León I pusiese en marcha un segundo proyecto de restauración, designando como emperador de Occidente a Julio Nepote, quien ocuparía el trono con el apoyo de fuerzas orientales. El emperador Zenón, yerno y sucesor de León I en la pars Orientis, intentaría que los planes de su suegro saliesen adelante, sellando un tratado de paz con Genserico. Este acuerdo no sólo garantizaba el fin de las incursiones vándalas sobre las costas del Mediterráneo oriental, sino también sobre las de Italia, favoreciendo, así, la estabilidad del reinado de Nepote. La rebelión de Orestes, que obligó al soberano occidental a refugiarse en Salonae, no alteró la postura del basileus de Constantinopla. Como ya hemos indicado, tras la caída de Rómulo Augústulo, el emperador Zenón obligaría a Odoacro y al Senado de Roma a reconocer la soberanía de Julio Nepote sobre Occidente. Por supuesto, se trataba de un acatamiento formal, sin repercusiones políticas sobre Italia, ya que Nepote jamás abandonó la Dalmatia. Su asesinato en 480, puso término a la política intervencionista promovida por León I. Zenón, consciente de las dificultades financieras, políticas y sociales, por las que atravesaba la pars Orientis, decidió liquidar los costosos proyectos de restauración de su predecesor,

asumiendo la soberanía nominal sobre todo Occidente.

Los problemas de Oriente, durante el siglo V, no fueron menos graves que los de Occidente. Para empezar, Bizancio también hubo de ocuparse activamente en la defensa de sus fronteras. Hasta comienzos del reinado de Marciano, la principal amenaza se concentró en el Danubio y estuvo representada por los hunos. Bajo el mando de Atila, éstos traspasaron el limes en numerosas ocasiones, asolando las diócesis de Dacia, Macedonia y Tracia. Especial gravedad revistieron los ataques de los años 441, 447 y 451. Tras la muerte del monarca huno y la desmembración de la confederación tribal que éste lideraba, el principal problema en la región lo constituirían los ostrogodos asentados en la Pannonia.

El Imperio de Oriente no fue ajeno al problema del reclutamiento de efectivos militares. Al igual que ocurría en la pars Occidentis, los grandes propietarios preferían pagar un tributo especial a prescindir de mano de obra agraria. A las dificultades de la recluta, venían a sumarse la escasa eficacia combativa de los limitanei encargados de la defensa fronteriza, como pusieron de manifiesto las invasiones húngaras, y los enormes costes financieros que suponía para el estado el mantenimiento de este sistema de seguridad.

En consecuencia, el gobierno de Constantinopla hubo de efectuar cambios, a fin de adecuar una organización militar cara e ineficiente a las nuevas necesidades del Imperio. Desde mediados del siglo V, se advierte una tendencia generalizada a recurrir, cada vez con mayor frecuencia, al empleo de federados bárbaros. Marciano y León I asentaron a los ostrogodos en la Pannonia, y los utilizaron como principal fuerza defensiva en el área danubiana. Como resultado de esta política, se produjo un

incremento de la influencia germánica en la corte de Constantinopla, lo que no sólo obstaculizó los proyectos restauracionistas de León, que contemplaban la eliminación del reino vándalo, sino que además provocó un conflicto con los restantes elementos de la cúpula militar.

A partir de 466, la monarquía, deseosa de eliminar las limitaciones que le imponía el partido germánico, comenzó a apoyarse en los isaurios, otro de los sectores del ejército, representado por el joven Zenón, yerno del emperador León. La entrada en escena de los isaurios provocaría en 471 la caída de Aspar, el líder del partido germánico, asesinado por orden del basileus, durante la celebración de un banquete en la residencia imperial. Aún así, los germanos continuarían causando problemas al estado bizantino, hasta finales del siglo V.

Tras la desaparición de León I y el advenimiento al trono de Zenón, se produjo el estallido de una grave crisis política. El nuevo soberano hubo de hacer frente a toda una serie de conjuras cortesanas, a las que en modo alguno fue ajeno el elemento germano, y a dos usurpaciones, la primera de ellas dirigida por el tío de su esposa Ariadna, Basilisco, quien le apartaría del trono durante varios meses. Por otro lado, y pese a la pérdida de influencia cortesana que había supuesto para el partido germánico la caída de Aspar, los ostrogodos poseían cada vez mayor peso en la defensa de la región danubiana. La solución al problema se presentó en 488. Ante la necesidad de sustituir a Odoacro en el gobierno de Italia, Zenón optó por llegar a un acuerdo con el monarca ostrogodo Teodorico el Amalo, a quien envió como su representante oficial, con autorización para establecer a su pueblo en la Península.

A la muerte de Zenón, en 491, un acuerdo entre la

corte y la Iglesia de Constantinopla elevó al trono a un miembro de la burocracia palatina, el silenciario Anastasio, que tomó por esposa a la emperatriz Ariadna, viuda de su antecesor e hija de León I. Si la cuestión germana había quedado prácticamente solventada, después del establecimiento de los ostrogodos de Teodorico el Amalo en Italia, no ocurría lo mismo con el problema de los isaurios. Como ya hemos visto, la desarticulación del partido germánico en el seno del estado mayor bizantino se había efectuado mediante la constitución de un partido isaúrico, que sirvió de contrapeso y minó la influencia de aquél. El poder militar acumulado por los generales y cuerpos de élite de origen isaurio, representaba para el estado una amenaza tan grave, como el que antaño concentraran los altos oficiales germanos. Entre 491 y 497, Anastasio lograría conjurar el peligro, expulsándolos del servicio de palacio, combatiéndolos en sus montañas y deportando a quienes no perecieron a la diócesis de Tracia.

Después este último episodio de violencia, el estado romano-oriental, es decir, la monarquía, la corte y el aparato burocrático, consiguió superar el riesgo de absorción por parte de los contingentes militares bárbaros encargados de su defensa, ya fuesen de origen germano o autóctonos, como es el caso de los isaurios. Bizancio salió de esta prueba reforzada. La experiencia de medio siglo de agonía, le resultaría bastante útil en su dilatada historia a lo largo del medievo, ya que le otorgó esa casi inagotable capacidad de asimilar pueblos y complejos culturales foráneos, que se encuentra en la base de su supervivencia milenaria. No obstante, la dedicación a la lucha para resolver sus propios problemas con los bárbaros, limitó enormemente sus posibilidades de intervención en la mitad occidental del Imperio.

Por otra parte, no hay que olvidar que, durante este

mismo período, Bizancio hubo de hacer frente al desafío de las conflictos religiosos. Si a lo largo del siglo IV, la discusión de los teólogos orientales había girado en torno a la naturaleza de Dios Padre y Dios Hijo, origen de la controversia arriana, en el siglo V la cuestión a debate fue la relación entre naturaleza humana y naturaleza divina en Cristo. La escuela racionalista de Antioquía venía defendiendo, desde finales del siglo IV, una unión meramente coyuntural, que conservaba la distinción y separación de ambas naturalezas. Esta proposición dogmática, defendida por Nestorio, patriarca de Constantinopla, sería condenada en el concilio de Efeso de 431, gracias a la alianza entre las sedes patriarcales de Alejandría y Roma, cuya política eclesiástica era adversa a la de Constantinopla.

A modo de reacción contra el nestorianismo, la escuela de Alejandría evolucionó en sus formulaciones cristológicas, hasta llegar a sostener que en el momento de la encarnación, la naturaleza divina había absorbido y anulado a la humana, y que, por tanto, en Cristo se daba una sola naturaleza, la divina. Esta doctrina, conocida como monofisismo, fue condenada en 451 por el Concilio de Calcedonia, que declaró un Cristo único en dos naturalezas, sin confusión, alteración, división o separación.

En Siria, Palestina, Egipto, Armenia y Mesopotamia, donde el monofisismo había hecho importantes avances, esta fórmula jamás sería aceptada ni por las masas populares ni por un importante sector del clero local, particularmente, aquel que se hallaba vinculado a instituciones monásticas. Las medidas represivas a las que apelaron las autoridades imperiales, a fin de doblegar la contumacia de los monofisitas, sólo provocarían el estallido de sangrientos disturbios. Más allá del debate teológico, el símbolo de fe de Calcedonia desveló la profundidad de la sima que separaba la Península Balcánica, las islas del

Egeo y Asia Menor, fuertemente helenizadas y romanizadas, de las provincias más orientales del Imperio, en las que pervivían complejos culturales autóctonos de gran vitalidad, y sólo los cuadros dirigentes participaban del helenismo cosmopolita, introducido por los conquistadores greco-macedonios y perpetuado por el régimen municipal romano. Desde un primer momento, en estas zonas, se identificó el credo de Calcedonia con los odiados representantes del gobierno de Constantinopla y con la élite provincial; en tanto que el monofisismo se convertía en el soporte ideológico de la resistencia indígena a la explotación económica de las clases privilegiadas y a la dominación política del estado bizantino.

Las tendencias centrífugas de las provincias orientales y su irredentismo dogmático preocupaban lo suficiente al gobierno de Constantinopla, como para que en 482, el emperador Zenón considerase oportuno publicar un Edicto de Unión o Henotikon, en el que se proponía una fórmula conciliatoria, destinada satisfacer tanto a calcedonenses como a monofisitas. Pero ni unos ni otros quedaron contentos. Sólo los sectores más moderados de ambos bandos se avendrían al compromiso, dando lugar a la formación de tercer grupo, adepto al credo oficial, y con implantación en la corte y en los organismos oficiales del estado. Por otra parte, la nueva formulación doctrinal, defendida por el patriarca Acacio de Constantinopla, provocó un cisma con Roma, que ya no se resolvería hasta el año 518, tras el ascenso al trono de Justino I, un emperador calcedonense. A pesar de las dificultades encontradas para restablecer la comunión con el pontífice, resultó más fácil superar la ruptura con la sede de San Pedro que llegar a un acuerdo con los monofisitas. De hecho, el peligro que éstos representaban para la unidad del Imperio se iría agravando progresivamente, a lo largo de las siguientes décadas, como consecuencia de la reactivación de la amenaza persa

y el comienzo de las incursiones fronterizas de las tribus árabes, que hallaron en las provincias orientales una población poco dispuesta a defender los intereses estratégicos de Constantinopla.

En cualquier caso, a comienzos del siglo VI, la situación interna del Imperio de Oriente era mucho más estable que cincuenta años atrás, y por tanto, los gobernantes bizantinos estaban en mejor posición que en tiempos de León I, para intentar restablecer de la autoridad imperial en Occidente. La crisis germánica e isaúrica se hallaban definitivamente cerradas. Y aunque el viejo conflicto persa comenzaba a reanimarse y en el horizonte se divisaban ya nuevas amenazas, como la de los eslavos en el Danubio y la de los árabes en Oriente, aún no constituían un peligro tan grave que el Imperio hubiese de comprometer todas sus fuerzas en combatirlo.

Los emperadores de Constantinopla no habían renunciado nunca a la concepción universalista del Imperio, como lo demuestran los esfuerzos diplomáticos efectuados por Zenón, Anastasio y Justino I, a fin de que los monarcas germanos, que gobernaban sobre las antiguas provincias occidentales, reconociesen su autoridad suprema. Desde el punto de vista de la teoría del poder, el oeste de la Romania seguía formando parte del Imperio, dado que su unidad se consideraba indisoluble y eterna. Los reyes bárbaros no eran más que jefes de milicias al servicio de la res publica romanorum, en quienes el emperador había delegado temporalmente la administración de Occidente, sin por ello renunciar a su soberanía sobre estos territorios. En consecuencia, el basileus de Constantinopla gozaba de plena legitimidad jurídica para restablecer una gestión centralizada del Imperio, y poner término al sistema policéntrico que había generado, durante el siglo V, la crisis del estado romano en

Occidente. Tan sólo era necesario que se presentasen las circunstancias apropiadas, para hacer valer sus derechos. Justiniano I, cuyo reinado coincidió con una coyuntura favorable, sería el monarca que llevase a cabo esta tarea, presentándola ante sus súbditos como una misión de carácter sagrado, ya que sagrada era la potestad imperial y sagrada su obligación de defender a la Iglesia Católica frente a los heréticos principes germanos de confesión arriana.

Una serie de condiciones favorables permitirían a Justiniano afrontar la restauración de la autoridad imperial en Occidente, sin temor a que una crisis imprevista o problemas de orden interno frustrasen sus objetivos, como le había ocurrido a León I. En primer lugar, la frontera oriental se hallaba en paz. El tratado sellado con Persia en 532, y que se mantendría en vigor hasta 540, permitiría al gobierno de Constantinopla actuar en Occidente sin preocuparse de la retaguardia. Por otra parte, las reformas fiscales y la reorganización financiera efectuadas por Anastasio habían dejado las arcas del estado repletas, de manera que existían recursos materiales más que suficientes para acometer la empresa. Y para terminar, la virulencia del conflicto religioso había decrecido momentáneamente, ya que siendo el emperador ortodoxo, y su esposa Teodora monofisita, ambos grupos se sentían representados por la monarquía.

A través de los resortes diplomáticos, el gobierno de Constantinopla pudo cercionarse de que la situación interna de los estados romano-germánicos establecidos a orillas del Mediterráneo era de gran inestabilidad. La alianza entre los jefes bárbaros de los ejércitos regionales y los grandes propietarios romanos, que en su momento había propiciado el desplome del Imperio de Occidente, pasaba por un momento crítico.

A pesar del tiempo transcurrido, no se había alcanzado una fusión completa entre ambos grupos. Ciertamente, en torno a las cortes regias existían uniones mixtas y tendencias a crear una única clase dirigente. Pero, incluso en estos ámbitos, donde la aculturación de las élites germánicas era más notoria, no faltaban grupos que se oponían a una romanización total, aferrándose al arrianismo como la última de sus señas de identidad cultural.

Por otra parte, las relaciones intergermánicas, con su complicada política matrimonial, sus enfrentamientos entre distintas ramas de los linajes reales, y sus continuos cambios de alianzas, promovían intrigas, usurpaciones, conspiraciones, magnicidios y conflictos bélicos, que hacían de cada uno de los reinos bárbaros un objetivo fácilmente vulnerable para el Imperio.

En principio, y desde un punto de vista estratégico, no parece que la cúpula militar bizantina haya diseñado un plan general de reconquista, al que atenerse de manera rigurosa. Antes bien, los procedimientos aplicados apuntan a que el estado mayor de Justiniano se limitó a explotar en beneficio de los intereses del Imperio distintas situaciones de debilidad coyuntural, por las que atravesaban los estados romano-germánicos occidentales, y que, como ya hemos señalado, conocía bien a través de su red de contactos diplomáticos.

La primera oportunidad se presentó en el reino vándalo. El enfrentamiento entre dos ramas del linaje real, descendientes de Genserico, había generado una situación de ilegitimidad en el trono, que justificaba la intervención imperial. Este conflicto intestino venía de tiempo atrás y, en buena medida, se hallaba ligado al ordenamiento sucesorio de la

monarquía asdinga, que llamaba al trono al miembro de mayor edad de la estirpe regia, con independencia del grado de parentesco que le uniese a su antecesor, provocando sangrientos episodios, cuando la corona pasaba de una rama a otra de la familia. Genserico había contribuido a agravar el problema, otorgando casa propia a sus tres hijos: Hunerico, Teodorico y Gento. Cada una de estas domus, en torno a la cual se agruparía una rama de descendientes del soberano, estaba dotada de un rico patrimonio, compuesto por villas de recreo, instalaciones agropecuarias, tierras de labor, bosques, ganado y esclavos, y de una poderosa clientela hereditaria, integrada tanto por germanos de confesión arriana como por romanos católicos. Tras la muerte de Genserico, la domus se convirtió en el soporte material que permitiría sostener las luchas sucesorias entre sus descendientes.

En 530, el príncipe Gelimer, jefe de la casa de Gento y heredero oficial del trono, derrocó al rey Hilderico, cabeza de la casa de Hunerico y legítimo soberano de los vándalos. La incapacidad de este monarca para contener la agresión de las tribus beréberes, las medidas que adoptó a favor de la Iglesia Católica y su decisión de reconocer la supremacía de la autoridad imperial, quebrantando la tradicional independencia de los reyes Asdingos respecto al estado romano, soliviantó los ánimos de un importante sector de la nobleza vándala, que, agrupado en torno a la casa de Gento, brindó a Gelimer la oportunidad de hacerse con el poder supremo por la vía de las armas. Ciertamente, la mayoría de los notables de ascendencia germana que apoyaron esta rebelión se aferraban al arrianismo como su última señal de identidad cultural, pero Gelimer también contó con la ayuda de numerosos romanos de confesión católica, que formaban parte de su clientela. Lo cual demuestra que el conflicto tuvo un origen político, vinculado a las luchas sucesorias entre las distintas ramas del linaje regio, y que no fue producto del antagonismo

religioso, como pretendieron hacer creer a Justiniano algunos miembros del círculo de Hilderico, deseosos de acelerar la intervención imperial. De hecho, el propio Gelimer, que apenas llegado al trono intentó sellar un acuerdo con el gobierno de Constantinopla, nunca revocó las medidas tomadas por su antecesor en provecho de la Iglesia Católica.

Ahora bien, aunque los conflictos de la monarquía vándala ofrecían al emperador un pretexto para justificar la intervención militar en el norte de Africa, pasarían más de tres años antes de que ésta se materializase. La cúpula militar bizantina y los ministros a cargo de los distintos departamentos financieros del estado romano-oriental, consideraban que la operación entrañaba demasiados riesgos. Finalmente, parece haberse optado por aguardar el surgimiento de una crisis coyuntural en el interior del reino vándalo. Esta se produjo en 533, cuando la nobleza romana de la Tripolitania, liderada por Pudencio, se alzó en rebelión contra Cartago, al tiempo que en la Sardinia vándala, el gobernador germano Godas se autoproclamaba rey en oposición a Gelimer. Inmediatamente, Justiniano despachó fuerzas en apoyo de los insurgentes, para, a continuación, enviar una expedición al norte de Africa, bajo el mando del general Belisario. En menos de cuatro meses y con un ejército de apenas 18.000 hombres, Belisario sometió la mayor parte del territorio africano dominado por los vándalos, tras derrotar a Gelimer por dos veces consecutivas en las batallas Ad Decimum y Tricamarum. A comienzos de 534, las fuerzas imperiales ocuparon Caesarea de Mauritania, Septem, las islas Baleares, Corsica y Sardinia, últimos reductos en poder del enemigo, con lo que el mar Baleárico y la región del estrecho pasaron a ser nuevamente controlados por el Imperio. Pocas semanas después, Gelimer se entregaba al vencedor.

La restauración de la autoridad imperial sobre el norte de Africa, fue acompañada por un intento de restablecer las condiciones socio-económicas y materiales existentes con anterioridad a la invasión vándala de 429. La Iglesia Católica y los grandes propietarios de la Proconsularis desposeídos por los vándalos, obtuvieron la restitución de sus bienes y privilegios. Por otra parte, el sistema fiscal, que se había relajado bastante durante la etapa de dominio vándalo, recobró el rigor característico de un estado hiperburocratizado, como era el bizantino. La annona, comercializada durante casi un siglo por los monarcas germanos de Cartago en el mercado occidental, fue desviada a Oriente, a fin de satisfacer las necesidades alimenticias de la población de Constantinopla, dedicándose el sobrante al mantenimiento de las fuerzas imperiales establecidas en Africa. No en vano, de 543 a 548, se libraron una serie de agotadoras guerras contra las tribus mauras de la Numidia, la Byzacena y la Tripolitania, que ofrecían una tenaz resistencia a la dominación bizantina.

La caída del reino vándalo fue seguida de la intervención en la Italia ostrogoda. En 535, Belisario, obedeciendo ordenes del gobierno de Constantinopla, desembarcó en Sicilia, y en pocas semanas ocupó las principales ciudades y puertos de la isla, dando inicio con estas operaciones a las llamadas "Guerras Góticas".

Las circunstancias que permitieron a Justiniano tomar acción en Italia se hallan íntimamente vinculadas al estallido de un conflicto sucesorio, en torno al cual convergen toda una serie de problemas de orden social y político. Teodorico el Amalo, muerto en 526, había legado el reino ostrogodo a su nieto Atalarico, bajo la regencia de la princesa Amalasantha, hija del anciano soberano y madre del pequeño príncipe. Ahora bien,

mientras que el proceso de aculturación de la aristocracia vándala se hallaba muy avanzado a comienzos del siglo VI, si exceptuamos el aspecto religioso, la nobleza ostrogoda no había hecho tantos progresos. En la corte de Ravenna coexistían dos facciones, una que se concentraba en torno a la regente, probizantina y partidaria de la política de pacífica convivencia entre godos y romanos inaugurada por Teodorico; y otra que, habiéndose apoderado de la persona de Atalarico, se manifestaba orgullosamente progermánica. En esta última no sólo se integraban numerosos próceres godos, sino también destacados miembros de la aristocracia senatorial romana, que consideran más ventajoso para sus intereses socio-económicos la continuidad del dominio bárbaro a la restauración de una gestión centralizada del Imperio, bajo el control directo de Constantinopla.

La muerte del joven Amalarico en 534, supuso un duro revés para el partido progermánico, ya que Amalasantha asumió personalmente la potestad regia. Sin embargo, presionada por los sectores más conservadores de la corte, que no admitían el gobierno en solitario de una mujer, acabaría casándose con su primo Teodato, quien aceptó desempeñar un papel de rey consorte, desprovisto de atribuciones políticas. Este príncipe, pese a sus simpatías probizantinas, no tardaría mucho en convertirse en un instrumento al servicio de la facción progermánica. Inducido por los consejos de algunos de sus miembros, en 535, destronó a la soberana y la hizo ejecutar, ofreciendo a Justiniano el casus belli que el gobierno de Constantinopla andaba buscando.

En principio, la guerra contra Teodato cobró la apariencia de una marcha triunfal. Mientras un ejército bizantino, al mando del general Mundo, ocupaba la Dalmatia, Belisario penetraba con sus tropas en Italia desde Sicilia. Nápoles cayó en sus manos, tras pocas semanas de asedio. Ante el

incontenible avance de las fuerzas imperiales, el partido progermánico eliminó a Teodato, sospechoso de connivencia con el enemigo, y proclamó rey al general Vitiges, quien, al no pertenecer a la estirpe regia de los Amalos, hubo de legitimar su ascenso al trono tomando por esposa a Matasunta, hija de Amalasunta y nieta de Teodorico. El 9 de diciembre de 536, Belisario entraba en Roma por la Porta Asinaria, al tiempo que la guarnición de 4.000 hombres dejada por Vitiges, la abandonaba por la Porta Flaminia. A comienzos de la primavera de 537, el monarca ostrogodo puso sitio a Roma. Durante un año, Belisario, que había instalado su cuartel general en la Ciudad Eterna, resistiría los asaltos de las fuerzas enemigas, en medio de las más rigurosas privaciones. Convencido, al fin, de la inutilidad de sus esfuerzos, Vitiges decidió replegarse hacia el norte, adonde a partir de 538 se trasladaría el escenario de las operaciones bélicas. El sur de Italia quedaba en manos de los bizantinos. No obstante, a Belisario le costaría aún dos años abrirse paso hasta Ravenna y obtener la rendición de Vitiges, quien, tras entregarse al general, fue enviado a Constantinopla, junto con el tesoro de Teodorico.

Contra todo pronóstico, la caída de Ravenna y la capitulación de Vitiges no pusieron fin al conflicto. En 541, los ostrogodos, reagrupados en torno al joven general Totila, reanudaron las hostilidades, poniendo en peligro el dominio bizantino sobre la Península Itálica. Aunque Totila fue proclamado rey, en la práctica, el estado ostrogodo se reducía a un ejército en campaña bajo el liderazgo de un caudillo militar, razón por la cual sólo podía ser sometido mediante la fuerza de las armas. Belisario, derrotado en varias ocasiones, acabó siendo sustituido por el eunuco Narsés, hábil estratega y diplomático, que, dotado de abundantes recursos humanos y materiales, lograría aniquilar al enemigo entre 552 y 554. Este

último año, Justiniano promulgó una pragmática sanción, en la que abordaba la reorganización de Italia, completamente arruinada después de dos décadas de guerra.

El restablecimiento de la autoridad imperial en Occidente culminó con la intervención militar bizantina en Hispania. A mediados del siglo VI, la situación del poder visigodo en el sur de la Península era muy frágil, en parte debido a la reciente incorporación del valle del Guadalquivir al ámbito del poder gótico, y en parte a causa de los conflictos que desgarraban el seno de las clases dirigentes.

Para conocer las raíces del problema, es necesario remontarse a los primeros años del siglo V, cuando los visigodos acababan de penetrar en la mitad occidental del Imperio. A través de los testimonios que nos han legado las fuentes, sabemos que por entonces la aristocracia goda se hallaba dividida en dos facciones, una adversa a todo compromiso con el gobierno de Ravenna, y otra partidaria de integrarse ventajosamente en el estado romano, mediante un proceso de fusión con la nobleza senatorial. Ataúlfo y Sigeberto se inclinaron por esta opción y sufrieron muerte violenta. Walia, candidato de la facción progermánica, terminaría aproximándose al grupo prorromano, ante el fracaso de su política belicista. El asentamiento de los visigodos en las Galias, que se produjo hacia el final del reinado de este príncipe, favorecería la aproximación entre las aristocracias germánica y romana, al convertir a los notables godos en propietarios del suelo. De manera paralela, y en gran parte como consecuencia de este hecho, los visigodos comenzaron a amoldarse la estructura social del Imperio, ya que mientras la nobleza accedía al disfrute de formas de vida propias de los cuadros dirigentes provinciales, la masa popular quedó relegada a una condición muy parecida a la del campesinado dependiente

romano.

Teodorico I, sucesor de Walia, procuró mantener un equilibrio entre la facción prorromana y la facción germánica, apoyándose ora en una ora en otra, según conviniese a sus intereses dinásticos. El soberano estaba empeñado en convertir la monarquía visigoda en patrimonio de su casa, la de los Baltos. Y para ello, nada más útil que favorecer la incorporación de los godos al orden social y económico del mundo romano, que llevaba aparejado la transformación de la vieja aristocracia militar y gentilicia en una nobleza terrateniente al servicio de la monarquía. El fortalecimiento de la autoridad real, implícito en este proceso, no fue ajeno a la asimilación de elementos materiales y conceptuales propios de la monarquía imperial romana. Al menos, desde el reinado de Teodorico II, la corte de Tolosa adopta el ceremonial áulico de Constantinopla, con toda su simbología autocrática. Pese a los conflictos que enfrentaron a Eurico, sucesor de Teodorico y campeón de la facción germánica, con los emperadores León I, Antemio y Julio Nepote, la monarquía visigoda no abandonará jamás los ritos bizantinos de exaltación de la potestad regia.

A fines del siglo V, la presión de los francos sobre las fronteras del reino de Tolosa, obligará a la monarquía visigoda, representada por Alarico II, a apoyarse sobre la aristocracia senatorial romana, en cuyo favor efectuará importantes concesiones. Para esta época la aculturación de la nobleza visigoda se hallaba bastante avanzada, aunque subsistían círculos adversos a la fusión con las élites provinciales, especialmente en el plano religioso, ya que ello entrañaba la pérdida de la última seña de identidad germánica, el credo arriano, y en consecuencia, la renuncia a una posición de privilegio ante la monarquía.

La panorama político, ya de por sí enrevesado, vino a complicarse aún más cuando Alarico II tomó por esposa a la princesa ostrogoda Tiudigoto, hija de Teodorico el Amalo. La facción prorromana de la corte de Tolosa no tardó en concentrarse alrededor de la reina. Este colectivo compartía el ideal de armónica convivencia entre romanos y godos, que presidía en aquellos momentos la actuación de Teodorico en Italia. Por otra parte, el linaje real de los Amalos, descendiente de los míticos Anses, gozaba de mayor prestigio que el de los Baltos, lo que debió redundar beneficio de la facción prorromana que rodeaba a la reina. El propio Alarico, sin duda sometido a la presión de este círculo, se vio obligado a reconocer la supremacía de la estirpe de su esposa, aceptando que el primer fruto de su matrimonio con Tiudigoto llevase el nombre de Amalarico. Entre tanto, el partido germánico, que rechazaba la fusión con los romanos, el incremento de la autoridad real y la preminencia que comenzaban a adquirir los ostrogodos en la corte de Tolosa, cerró filas en torno al joven Gesaleico, hijo de Alarico, nacido de una unión anterior a su casamiento con Tiudigoto.

La trágica muerte de Alarico II en 507, combatiendo a los francos en el campo de batalla de Vouillé, y el inmediato desmoronamiento del reino de Tolosa, pusieron de manifiesto las diferencias que separaban a las dos facciones presentes en la corte visigoda. Tras la derrota, los fieles de Amalarico abandonaron las Galias, en compañía del pequeño príncipe y de su madre Tiudigoto, para refugiarse en Hispania, mientras que los magnates partidarios de la casa de los Baltos se congregaron en Narbo, donde proclamarían rey a Gesaleico. En tales circunstancias, Teodorico el Amalo decidió intervenir militarmente en el sur de las Galias, a fin de contener el avance de los francos y sus aliados burgundios. Una vez conjurado este peligro, el monarca ostrogodo lanzó sus fuerzas contra Gesaleico,

según la propaganda oficial, con el propósito de defender los derechos de su nieto Amalarico. Pero en realidad, el objetivo de Teodorico no era otro que el de asumir personalmente la potestad regia sobre los visigodos.

A partir de 511, y tras haber aplastado a la facción que sostenía a Gesaleico, el soberano ostrogodo se hizo con el control político del sur de las Galias y los territorios hispanos dominados por el reino de Tolosa, que en la práctica se reducían a la Tarraconensis, la zona interior de la Carthaginiensis y la región meridional de la Lusitania. Inmediatamente, envió a Hispania efectivos militares, bajo el mando del general Teudis, miembro de una noble familia ostrogoda y antiguo oficial de su guardia de corps, a quien había designado tutor de Amalarico. De manera simultánea, promovió la celebración de matrimonios mixtos entre oficiales ostrogodos destacados en la Península e hijas de próceres visigodos, a fin de fusionar ambos grupos nobiliarios germanos. La intención de Teodorico era establecer un gran reino romano-germánico que se extendiese desde la Dalmatia hasta la Lusitania, dominando toda la región noroccidental del Mediterráneo, y para ello resultaba imprescindible crear una élite germánica unitaria y leal a los dictados de Ravenna. En 515 el soberano casó a su hija Amalasunta con Flavio Eutarico Ciliga, un príncipe godo vinculado por lazos de parentesco tanto a la casa de los Amalos como a la de los Baltos, y al que deseaba convertir en su sucesor al frente de ambos reinos.

Pero los proyectos de Teodorico comenzaron a desvanecerse muy pronto. En Hispania, Teudis actuaba como un auténtico regente, desatendiendo las ordenes que le llegaban de Ravenna. Comandante en jefe del ejército ostrogodo de ocupación, había comprendido, desde un primer momento, que para reforzar su posición personal en la Península debía establecer alianzas con

la poderosa aristocracia provincial. En consonancia con estas directrices, él mismo se casó con una rica heredera hispanorromana, dueña de grandes dominios, en los que reclutaría un ejército privado de 2.000 hombres.

Por otra parte, la política de matrimonios mixtos entre altos oficiales enviados desde Italia y damas de la nobleza visigoda no había dado los frutos apetecidos. Estas alianzas se produjeron en el entorno cortesano e intensamente romanizado que rodeaba a Teudis, y su único efecto deseable consistió en reafirmar los vínculos de solidaridad ya existentes entre la cúpula militar ostrogoda y el sector de la aristocracia visigoda partidario de la casa de los Amalos. Por lo demás, sólo contribuyeron a aumentar las diferencias que separaban a este grupo, poderoso pero minoritario, de la facción adversa al proyecto político teodoriciano, que se vio apartada de los órganos de decisión y poder y de la que se temía, no sin motivos, que encabezase una rebelión contra la hegemonía ostrogoda. En tales circunstancias, Teodorico no podía prescindir de Teudis. El general mantenía el control sobre los territorios peninsulares y seguía enviando puntualmente los tributos a Ravenna, por más que se negase a comparecer ante el soberano para dar cuenta de su gestión.

La muerte de Eutarico en 522-523, dejó a Teodorico sin candidato adecuado para heredar el trono de ambos reinos, por lo que, tras su propia desaparición en 526, le sucederían sus dos nietos, Atalarico como rey de los ostrogodos y Amalarico como soberano de los visigodos. La unión de los dos reinos godos había sido meramente personal y coyuntural, pero la separación no supuso que la influencia ostrogoda decreciese en el ámbito hispano. Antes bien, el hecho de que la cúpula militar continuase estando integrada por generales y oficiales enviados a la

Península desde Ravenna en tiempos de Teodorico, contribuyó a perpetuar la hegemonía política ostrogoda. Por otra parte, la vinculación de estos altos mandos militares a la nueva nobleza cortesana, formada a partir de la fusión de elementos romanos-germánicos, le aseguraba el control del trono, como los acontecimientos se encargarían de demostrar.

El joven rey Amalarico, empeñado en la defensa de los intereses subgálicos del antiguo reino de Tolosa, volvió a enfrentarse con los francos, siendo derrotado en las inmediaciones de Narbo. Poco después, moría asesinado en Barcino. Este hecho no tardaría en ser capitalizado por Teudis, quien, a falta de descendientes de la casa de los Amalos, se apoderó de la corona, mediante el uso de la fuerza. El nuevo monarca abandonaría definitivamente la idea de restablecer el poder visigodo sobre el sur de las Galias, contentándose con mantener el dominio de la Narbonensis. Bajo su reinado se inicia, pues, la hispanización del reino visigodo, con la instalación de la corte en el interior de la Península Ibérica, y el progresivo sometimiento de amplias regiones, que hasta aquel momento habían escapado al control de la monarquía visigoda. Precisamente, los primeros años del reinado de Teudis parecen haber estado dedicados a esta labor. Todos los datos apuntan a que la zona costera de la Carthaginiensis, el valle del Guadalquivir y la región del estrecho fueron incorporados al dominio visigodo durante el período que se extiende entre 531 y 546. La ausencia de información relativa a conflictos con los antiguos cuadros dirigentes de estas áreas, nos induce a pensar que Teudis se valió de sus buenas relaciones con la aristocracia provincial romana, para llevar la empresa a buen término.

Los progresos del expansionismo visigodo en el sur y el levante peninsular coinciden cronológicamente con el comienzo

de la restauración imperial en Occidente. La postura de Teudis ante este acontecimiento, que en principio desbordó su capacidad de respuesta, evolucionó de una prudente cautela ante la reconquista de Africa a una actitud de franca hostilidad hacia el Imperio y de colaboración con los reyes ostrogodos Ildibaldo y Totila, miembros de su propia familia, a partir de 540. En cualquier caso, Teudis no suponía una amenaza para los proyectos de Justiniano. Su intento de auxiliar a Ildibaldo fue neutralizado por los aliados francos del emperador, que en 541 invadieron la Tarraconensis, obligando al monarca visigodo a desviar su atención de Italia, para concentrarla en el problema hispano. En cuanto a la expedición dirigida contra Septem en 547-548, se saldó con una humillante derrota ante las fuerzas imperiales. Poco después, el propio Teudis sucumbía a una conjura tramada por miembros de la facción antiostrogoda.

No obstante, los partidarios del extinto monarca poseían aún el suficiente poder en la corte, como para elevar al solio a su propio candidato, el célebre general Teudisclo, quien había rechazado la invasión franca de la Tarraconensis en 541. El nuevo soberano, apenas llegado al trono, emprendió una dura política de represión contra las familias de la aristocracia envueltas en el complot que había costado la vida a Teudis. Su objetivo consistía en afianzar el poder de la monarquía, eliminando a los principales adversarios de la dominación ostrogoda, que no estaban dispuestos a integrarse en la nobleza de servicio fiel al ideal teodoriciano. Lo expeditivo de los métodos empleados por Teudisclo en esta persecución, dio lugar a la trama de una conjura contra su persona. En 549, apenas un año después de haber asumido la potestad regia, el monarca fue asesinado en Hispalis, sede de la corte, durante la celebración de un banquete.

En esta ocasión, el partido antiostrogodo logró colocar en el trono a uno de sus líderes, el prócer visigodo Agila. En represalia por los agravios sufridos, el monarca adoptó severas medidas contra los miembros de la facción rival, tanto germanos como romanos. De hecho, es muy posible que Agila haya sido el soberano que prohibió la celebración de sínodos provinciales católicos en el reino visigodo, consentidos hasta aquel momento por todos los monarcas ostrogodos. Su política adversa al catolicismo y a la fusión con la aristocracia provincial romana, provocó el estallido de una rebelión con centro en Corduba, liderada por algunas de las principales familias de la Baetica. Los intentos de Agila por aplastar un movimiento, que ponía en peligro el dominio godo sobre el valle del Guadalquivir, no dieron resultados positivos. En 550, el propio monarca sufrió una humillante derrota ante las puertas de Corduba, en la que perdió a su hijo y el tesoro real. Ante la inestabilidad de la situación política en la Baetica, Agila decidió trasladar la corte de Hispalis a Emerita, oportunidad que fue aprovechada por los líderes del partido ostrogodo, para proclamar rey en Hispalis a Atanagildo, quien probablemente ocupaba el cargo de dux o gobernador militar de la provincia.

Informado de los acontecimientos, Agila comenzó a hacer preparativos para combatir al usurpador. Este, por su parte, sabiendo que las fuerzas con que contaba no podrían resistir el empuje de su rival, solicitó la ayuda del Imperio. Evidentemente, su situación debía ser desesperada, pues de otro modo nunca hubiera dado tal paso, ya que nadie ignoraba que las querellas intestinas de vándalos y ostrogodos habían abierto las puertas de Africa e Italia a los ejércitos imperiales.

La demanda de socorro presentada por Atanagildo encontró buena acogida en Constantinopla. Justiniano, que no

quería dejar escapar la ocasión para hacerse con el control de la orilla septentrional del estrecho de Gibraltar, se comprometió a suministrarle tropas de apoyo. Lo más probable es que se acordase un pacto, semejante al que en 533 se propusiera al usurpador Godas de Sardinia. Este tipo de alianza obligaría a Atanagildo a reconocer la supremacía de la autoridad imperial, a aceptar la presencia de un general romano en sus dominios y la instalación de guarniciones bizantinas en algunas plazas. A efectos prácticos, se trataba una custodia compartida del territorio, ya que cualquier decisión del monarca aliado debía ser aprobada por el general romano, antes de llevarse a cabo.

Pero Atanagildo no tenía muchas opciones donde elegir y, sin duda, aceptó todas las cláusulas impuestas por el gobierno de Constantinopla. Sobre la ratificación de las mismas no hay duda posible, ya que durante años se conservó copia manuscrita del tratado en el archivo de la cancillería imperial. Pese a la destrucción del documento, a causa de un incendio que afectó a estas dependencias a fines del reinado de Justiniano, en las postrimerías del siglo VI, el papa Gregorio I todavía conocía el contenido del pacto, lo que demuestra que debió tener acceso a un duplicado o a un resumen del texto original.

A comienzos del verano de 552, Justiniano envió a la Península Ibérica un pequeño ejército, bajo el mando del patricio Liberio. Las fuerzas imperiales, tras cruzar el estrecho de Gibraltar, se dirigieron a Hispalis, para reunirse allí con Atanagildo. Su llegada resultó providencial, ya que el usurpador se hallaba cercado por las tropas de Agila. Gracias a la colaboración militar bizantina, Atanagildo lograría batir a su enemigo ante los muros de la ciudad, obligándole a replegarse a Emerita. Acto seguido y en virtud de los acuerdos suscritos con Justiniano, debió designar algunas plazas de la región del

estrecho y del litoral mediterráneo de la Baetica, para que se estableciesen en ellas guarniciones bizantinas. Es posible que la ciudad de Malaca, se halla convertido en el centro de los territorios defendidos por imperiales, en esta primera fase de su intervención en la Península.

Durante tres años no se produjo ningún acontecimiento destacable. Pero, sin duda, el monarca hispalense, así como la aristocracia de la Baetica tuvieron tiempo más que sobrado para darse cuenta de que el principal objetivo de los imperiales no consistía en colaborar a favor de la victoria de su causa, sino en restablecer la autoridad imperial sobre el mediodía peninsular. Sus sospechas se confirmaron, cuando en la primavera de 555, una vez concluidas las Guerras Góticas en Italia, Justiniano envió un segundo ejército, que, según todos los indicios, desembarcó en Carthago Spartaria.

La aristocracia romana de la Carthaginiensis marítima, parece haber recibido con hostilidad a los imperiales. Algunos de sus más destacados miembros, como Severiano de Carthago Spartaria y su familia, emigraron a Hispalis, por entonces residencia de Atanagildo; lo que a nuestro entender refleja cierto grado de connivencia entre la nobleza levantina y el monarca hispalense, único personaje del que, dada su relación con los bizantinos, cabía esperar que encontrase una salida ventajosa para todos. Algo parecido debieron pensar los partidarios de Agila, ya que, apenas tuvieron noticia del desembarco imperial, se apresuraron a eliminar a su soberano, para someterse a la autoridad de Atanagildo. Entre tanto, el ejército bizantino que había desembarcado en la Carthaginiensis avanzaba por la costa en dirección al estrecho, con el propósito de unir sus fuerzas a las guarniciones imperiales de la Baetica. A lo largo de su camino, fue ocupando plazas estratégicas y estableciendo en ellas

contingentes armados, de manera que, en poco tiempo, todo el litoral mediterráneo, desde Carthago Spartaria hasta Gibraltar estuvo dominado por las tropas de Justiniano.

Atanagildo, ante el fracaso de sus gestiones para llegar a un acuerdo con los bizantinos y temiendo por su propia seguridad, se apresuró a trasladar la corte a Emerita, desde donde organizaría varias campañas contra las posiciones ocupadas por los imperiales. Daba comienzo así un conflicto entre los antiguos aliados, al que no tardaría en venir a sumarse el estallido de una rebelión en la ciudad de Hispalis, que, de este modo, se adhería al movimiento de insurgenencia de la aristocracia provincial romana, iniciado en Corduba tras el asesinato de Teudisclo.

Mientras el dominio godo sobre la Baetica saltaba en pedazos, los bizantinos consolidaban sus posiciones a lo largo de la franja litoral que se extiende desde el cabo de La Nao al estrecho de Gibraltar. Nada permite suponer que se hayan internado en el valle del Guadalquivir, ni mucho menos que, en algún momento, llegasen a ocupar ciudades como Hispalis o Corduba. Su objetivo prioritario parece haber sido el de establecer un limes en profundidad, similar a los que existían en otras fronteras del Imperio, a fin de proteger sus recién adquiridas posesiones. Africa debió aportar el modelo, ya que la nueva provincia de Spania, sin duda organizada desde Constantinopla, a través de las autoridades de Cartago, quedó integrada a esta praefectura praetorio. El limes se organizaría en base a dos líneas: una costera, con al menos dos grandes ciudades porturias fuertemente amuralladas, Carthago Spartaria y Malaca, que podían autoabastecerse y comunicarse por mar; y otra interior, compuesta por una serie de castra et castella, situados en los pasos estratégicos que conducían al Mediterráneo.

Ahora bien, Justiniano no se conformó con proteger las fronteras de sus dominios, mediante los más avanzados sistemas de fortificaciones. De manera paralela a las primeras campañas militares en Occidente, el gobierno de Constantinopla desarrolló una política de alianzas con los pueblos bárbaros asentados en las inmediaciones de sus fronteras, a fin de reforzar la seguridad de las mismas. Tras la caída de Cartago, Belisario, actuando en nombre de Justiniano, selló pactos con varios príncipes mauros, quienes, a cambio de que el soberano bizantino confirmase su potestad regia y les concediese el pago de un subsidio anual, estaban dispuestos a prestar servicios de índole militar al Imperio.

El establecimiento de alianzas con los pueblos bárbaros de las fronteras resultaba enormemente ventajoso para los intereses de Bizancio, ya que garantizaba la participación de éstos en la defensa de las provincias limítrofes, ofrecía una cantera donde reclutar regimientos para emplearlos en otras zonas del Imperio y reafirmaba la autoridad del emperador, cuya soberanía suprema era reconocida por los caudillos y jefes aliados. Cuando no era posible llegar a acuerdos con todos los pueblos de una determinada región, debido a la existencia de rivalidades y conflictos entre ellos, se optaba por sellar un tratado con el más poderoso. En caso de que éste fuese enemigo del Imperio y no hubiese más remedio que firmar pactos con otros dotados de menos recursos, el gobierno de Constantinopla estimulaba los conflictos intertribales, de modo que mientras los bárbaros combatían entre sí, no se volviesen contra el territorio romano. Gracias a esta política pactual, las fronteras de Bizancio no sufrieron agresiones dignas de ser tenidas en consideración, durante la última década del reinado de Justiniano. No obstante, los subsidios que se pagaban a los príncipes aliados, llegaron a constituir una de las más pesadas

cargas financieras del estado.

En el caso de la Península Ibérica, todo parece indicar que Justiniano estableció un pacto con el rey visigodo Atanagildo, después de los enfrentamientos bélicos que tuvieron lugar a raíz del desembarco de tropas bizantinas en Carthago Spartaria, a comienzos de la primavera de 555. Este tratado, en el que sin duda debieron fijarse los límites entre el territorio hispanobizantino y el gótico, dejó a Atanagildo las manos libres, para verselas con las insurrecciones aristocráticas, que se estaban produciendo en la Baetica. No es improbable que el acuerdo también contemplase el pago de algún tipo de subsidio al monarca visigodo, ya que, como hemos visto, durante el reinado de Justiniano, esta práctica era habitual y solía emplearse tanto para obtener la colaboración militar de una tribu bárbara, como para mantener la paz con un gran estado. Si Atanagildo gozó de tales retribuciones económicas por parte del Imperio, resultaría más fácil explicar la organización de sus campañas contra los rebeldes de Corduba e Hispalis, ciudad esta última que lograría recuperar hacia 566-567. Tales expediciones comportaban enormes gastos, y la hacienda real, tras la pérdida del tesoro ante los rebeldes de Corduba en 550, no gozaba precisamente de buena salud, como lo demuestra el envilecimiento que se produjo, durante este período, en el peso y la ley de las imitaciones de sueldos y trientes imperiales acuñados en el reino visigodo. De cualquier manera, los subsidios bizantinos sólo habrían podido paliar la crisis coyunturalmente, ya que el gobierno de Constantinopla suspendió su pago, poco después de la llegada al trono de Justino II.

La desaparición del emperador Justiniano en 565 no provocó el brusco desmoronamiento de su obra. De hecho, los monarcas que le sucedieron, partícipes todos ellos de la

concepción universalista del Imperio, lucharían durante décadas por mantener en pie el edificio que Justiniano había levantado. Sin embargo, el sistema de defensa creado por este príncipe, comenzó a hacer aguas, desde los primeros momentos del reinado de Justino II.

El nuevo emperador y su esposa Sofía llegaron al poder gracias a un golpe palaciego, organizado por los altos cargos de la burocracia patrimonial y los oficiales de la guardia imperial. Dado el precario estado de salud mental en que se hallaba Justino, Sofía, que ascendió al trono como corregente, sería quien se encargase de supervisar la acción de gobierno, especialmente a partir de 573, cuando el estado de su marido alcanzó tal grado de deterioro, que fue necesario apartarle por completo de las funciones propias de su dignidad.

Pese a que en la corte imperial nada parecía haber cambiado, desde los primeros tiempos del reinado de Justiniano, el aspecto del mundo Mediterráneo, sobre el que reinaban Justino y Sofía, había sufrido importantes transformaciones durante los últimos 40 años. En el plano político, el Imperio romano parecía haber resucitado. Sobre el norte de Africa, las islas Baleares, Corsica, Sardinia, Sicilia, Italia, Dalmatia y el sureste de la Península Ibérica había sido restablecida la autoridad del emperador y la gestión directa del estado romano. Sin embargo, el esplendor de la fachada, a duras penas, podía ocultar la gravedad de la crisis socio-económica, que venía afectando al Imperio, desde comienzos de la década de 540.

La reconquista de Africa e Italia había reportado considerables beneficios financieros al estado bizantino. Lejos de agotar los fondos acumulados por Anastasio, contribuyó a incrementarlos con los tesoros de la monarquía vándala y

ostrogoda. Por otra parte, el restablecimiento de la gestión centralizada del Imperio, supuso el acceso a nuevos ingresos fiscales, que si bien en parte se destinaron a mantener los sistemas defensivos y el aparato burocrático estatal en las provincias reconquistadas, no por ello dejaron de proporcionar insospechados recursos al gobierno de Constantinopla. Así, una porción notable de la annona africana, pagada en especie, se destinó a la alimentación de la plebs frumentaria de la capital, que, de este modo, dejó de depender exclusivamente del grano egipcio y microasiático.

Ahora bien, a partir de 540, el panorama social y económico del Imperio se vio profundamente alterado. Al recrudecimiento de los conflictos con las tribus beréberes en el norte de Africa y a la reanudación de la guerra contra los ostrogodos en Italia y los persas en Oriente, vino a sumarse la violenta irrupción de la peste bubónica, que causó una elevadísima mortandad y, en consecuencia, una importante caída demográfica. La población mediterránea tardaría tres siglos en volver a alcanzar los niveles anteriores a la catástrofe, ya que durante 200 años, se produjeron rebrotes cíclicos, que impidieron su recuperación. Otros efectos sociales no menos destacados fueron la restructuración de los grandes patrimonios nobiliarios, el ascenso de una nueva élite, un vertiginoso aumento en el precio de bienes y servicios y la devaluación de las rentas de las clases privilegiadas, aspecto este último que incidió particularmente sobre la Iglesia, incapaz de reconvertir sus fuentes de ingresos, debido al carácter inalienable de los bienes eclesiásticos. El estado también experimentó las secuelas de la epidemia, ya que la brutal contracción de la mano de obra agraria repercutió negativamente en los ingresos fiscales. El rigor empleado en la recaudación tributaria, imprescindible para mantener un sistema defensivo que cada vez descansaba más en el

pago de subsidios a los pueblos y estados limítrofes, no favoreció la salida de la crisis. Antes bien la agravó, sobre todo en aquellas zonas que como Italia habían sido devastadas por la guerra, el hambre y la peste. En 565, el problema resultaba ya insostenible.

Justino y Sofía, apenas llegados al trono, pusieron en marcha un plan de reformas financieras, que, en los años subsiguientes, iba a tener profundas repercusiones en la estabilidad de las fronteras del Imperio. Desde el comienzo de su reinado, pero particularmente y ya de manera sistemática a partir de 568, optaron por interrumpir el pago de subsidios a los soberanos bárbaros y príncipes aliados. Esta decisión comportaba la ruptura del sistema de pactos, que tantos esfuerzos le había costado a Justiniano establecer. Inmediatamente, estallaron conflictos en todas las fronteras del Imperio. Avaros y eslavos devastaron la Tracia y el Illyricum, y de manera tangencial impulsaron el paso de los lombardos a Italia, donde la población, apenas recuperada de las Guerras Góticas y agobiada por las cargas fiscales, aceptó el asentamiento de este nuevo pueblo germano con complaciente neutralidad. En Africa, se originó una rebelión beréber, que se cobraría la vida de dos magistri militum, muertos en combate en 570 y 571 sucesivamente. Pero el problema más grave se planteó en Oriente. Cuando en 572, Justino rehusó abonar a los embajadores del Gran Rey los subsidios estipulados en el pacto 562, Cosroes I declaró la guerra a los romanos, dando lugar al inicio de una contienda que se prolongaría durante 20 años.

La nueva política financiera y defensiva del estado bizantino, también dejó sentir sus efectos en la Península Ibérica. El incumplimiento de los compromisos establecidos por Justiniano con Atanagildo, cuya naturaleza exacta desconocemos,

pero que, probablemente, incluyesen el pago de algún tipo de subsidio, abrió las puertas a un nuevo conflicto. Las hostilidades se reanudaron en un momento crítico de la historia del reino visigodo.

La muerte de Atanagildo, a comienzos del verano de 567, sin herederos varones legítimos, había desatado la lucha por el poder. En Toledo, ciudad donde el monarca instalase su residencia con posterioridad a 555, la reina viuda Gosvinta asumió la dirección política del estado, con el apoyo de la nobleza cortesana. Cinco meses después, a finales de 567 y ante la amenaza de una agresión franca, la aristocracia de la Narbonensis proclamó rey al dux provinciae Liuva. Pero, su legitimidad no fue reconocida en los territorios peninsulares, sobre los que Gosvinta siguió gobernando en solitario, por más de un año. Inesperadamente, en algún momento a lo largo de 569, el partido de la corte, leal a la casa de Atanagildo, que ahora lideraba la reina viuda, llegó a un acuerdo con la casa de Liuva. Esta alianza se selló mediante el matrimonio de Gosvinta con Leovigildo, el hermano menor de Liuva, que recientemente había sido asociado al trono y enviado a Toledo, para hacerse cargo del gobierno de las provincias hispánicas.

El consenso alcanzado entre ambas casas, sólo pudo responder a la necesidad de cerrar filas ante una amenaza exterior. Y a juzgar por las primeras y apresuradas actuaciones militares de Leovigildo, ésta provenía de Bizancio. Es muy posible que en 568, el gobierno de Constantinopla denunciase el último tratado suscrito con Atanagildo. El clima prebélico que este hecho generaría, ayuda a explicar la rapidez con que la aristocracia cortesana de Toledo llegó a un compromiso con la casa de Liuva. En cualquier caso, parece que, antes de decidirse por la vía de las armas, Leovigildo intentó llegar a un acuerdo

amistoso con Bizancio, haciendo manifestación pública de su disposición a reconocer la supremacía de la autoridad imperial. Así lo demuestra el hecho de que, en sus primeras acuñaciones, siga apareciendo la efigie y títulos de Justino II, sobre el anverso de las monedas.

De todos modos, sus gestiones diplomáticas debieron fracasar, ya que, en la primavera de 570, se vio obligado a organizar una campaña contra la provincia bizantina de Spania. El elaborado aparato propagandístico que rodeó a esta expedición, nos confirma la ruptura de las negociaciones con el Imperio y, lo que es más importante, pone en evidencia la quiebra definitiva de la ficción legitimista, que obligaba a los reyes bárbaros a acatar la soberanía del emperador. En la nueva emisión de numerario, destinado a pagar a las tropas que debían participar en las operaciones militares, la efigie de Leovigildo, portando las insignias imperiales, sustituye a la de Justino II.

Los resultados de la campaña de 570 no fueron precisamente espectaculares, aunque todo indica que el monarca visigodo logró apoderarse de la ciudad fronteriza de Basti. A su regreso a Toledo, Leovigildo conmemoró esta victoria, celebrando un triunfo al estilo romano, prueba de que, como la monarquía vándala en el pasado, también la visigoda pretendía afirmar su carácter autocrático, de inspiración bizantina, oponiéndose al Imperio que le suministraba el modelo.

En la primavera de 571, coincidiendo con la muerte de su hermano Liuva, que le convirtió en único monarca de todo el reino, Leovigildo emprendió una segunda campaña contra la provincia de Spania. Esta nueva empresa militar se saldó con la toma de Asidona, una de las ciudades fortificadas clave en el sistema defensivo bizantino. Pese a todo, los resultados de las

expediciones visigodas contra los dominios imperiales fueron harto pobres y, sin duda, excesivamente costosos. De ahí que el Leovigildo optase por abandonar la lucha contra los imperiales y concentrar todas sus fuerzas en doblegar la resistencia de la aristocracia meridional. En 572 ocupó Corduba, poniendo fin a más de dos décadas de rebelión, y en 577 sometió la comarca de la Orospeda. La progresiva consolidación del poder de la monarquía toledana sobre la Baetica, puso nuevamente en contacto a visigodos y bizantinos. Estos últimos contaban ya con un limes de seguridad bien defendido. No así Leovigildo, quien temiendo perder el control del mediodía peninsular, si se volvía a producir un desembarco de efectivos imperiales como el de 555, decidió crear su propia línea fortificada de frontera.

Mientras los godos aseguraban los límites de su territorio, en la corte de Constantinopla la emperatriz Sofía se enfrentaba a las presiones de la cúpula militar, que, en vista de la decadencia de las facultades mentales de Justino, exigía el nombramiento de un alto mando del ejército como heredero del Imperio. La soberana estaba dispuesta a llegar a un acuerdo, siempre y cuando le permitiese conservar su propia posición al frente del poder supremo. La candidatura del comes excubitorum Tiberio, joven protegido de Sofía, parece haber satisfecho a todas las partes. De modo que, en 574, aprovechando un breve período de lucidez de Justino, la emperatriz consiguió que éste adoptase como hijo a Tiberio y le proclamase César.

En adelante, el peso de la política militar y financiera recaería sobre los hombros del futuro soberano, quien, en ambos campos desarrolló una actividad opuesta a la que, hasta aquel momento, había llevado a cabo el círculo de Sofía. Echando mano de los recursos acumulados por los ministros de la emperatriz, efectuó grandes gastos en construcciones y donativos

al pueblo y a la Iglesia, al tiempo que intentaba reconstruir el sistema de pactos justiniano, a través de la firma de tratados y el restablecimiento del pago de subsidios. Ahora bien, con la ola de violencia desatada en las fronteras por la actuación política de Justino y Sofía, no resultaba nada fácil renovar los viejos acuerdos. Y cuando se lograba, era preciso pagar cantidades muchos más elevadas que antes. En consecuencia, la política de beligerancia se mostraba como el único camino posible para el Imperio de Oriente.

Las relaciones de Bizancio con el reino de Toledo, durante la época de Tiberio II, se caracterizaron por una tensa calma, que quedará interrumpida, hacia el final del reinado, por una nueva intervención del Imperio en los asuntos internos visigodos. Pese a los esfuerzos de Leovigildo por someter las áreas rebeldes de la Baetica y establecer un limes frente a los bizantinos, lo cierto es que la seguridad de las fronteras meridionales de su reino y el propio dominio gótico sobre la región se significaban aún por una extrema fragilidad. La poderosa aristocracia de la Baetica no había renunciado a su autonomismo, y daba muestras de tendencias centrífugas respecto al poder de Toledo. Leovigildo era consciente del problema, así como de la eventualidad de una intervención imperial, en el caso de que se produjese cualquier convulsión en la zona. El equilibrio se mantenía gracias a la presencia de la poderosa clientela de Atanagildo, que gobernaba la zona, ateniéndose a los dictados de la reina Gosvinta, tema que hemos abordado en la última parte de nuestra tesis.

Hispalis, ciudad estrechamente vinculada a los fastos del reinado de Atanagildo, se había convertido en uno de los principales bastiones de su casa. Lo más probable es que, tras la reconquista de la misma en 566, el soberano decidiese

asegurarse su control, mediante el establecimiento de alianzas con las grandes familias de la aristocracia local. Puesto que muchas de ellas ya habían mantenido estrechos contactos con su casa, durante los difíciles tiempos de la guerra contra Agila, simplemente se trataba de reconstruir unas redes de solidaridad deterioradas por los acontecimientos políticos, que habían determinado la rebelión contra el poder godo.

No hay que olvidar que, en los estados mediterráneos del período que marca el tránsito de la antigüedad al medievo, el clientelismo político constituyó la base de las relaciones de poder entre los miembros de la clase dirigente. Este fenómeno responde, sin duda alguna, a la nueva organización social que comienza a gestarse en el siglo III, aunque hunda sus raíces en las más antiguas instituciones de la Roma clásica. Desde un punto de vista socio-económico y a pesar de la ininterrumpida presencia de esclavos tanto en los campos como en los centros urbanos, las sociedades mediterráneas del año 300 al 800 no pueden ser clasificadas con la etiqueta de esclavistas. El grueso de las rentas de la clase privilegiada ya no se extraía del trabajo de mano de obra servil. De hecho, los esclavos hacía tiempo que habían dejado de dominar en la producción a gran escala del sector agrario. Otro tanto ocurría en las manufacturas urbanas, donde su uso había quedado relegado a las fábricas estatales. El único ámbito en el que aún se apelaba al trabajo de los esclavos, de manera exclusiva, era el doméstico. De ahí que la clase dirigente, habituada al trato cotidiano con decenas de servidores, mantuviera rasgos ideológicos propios de una sociedad esclavista.

El conjunto de transformaciones estructurales que se produjeron en el Bajo Imperio, favoreció la intensificación de las relaciones sociales de dependencia. Los hombres que habían

sustituido a los esclavos en los talleres urbanos eran jurídicamente libres, pero carecían de las prerrogativas políticas de los ciudadanos del Alto Imperio. Su condición había sufrido tal menoscabo, que sólo podían participar en la vida pública en calidad de miembros de la clientela de alguna de las poderosas familias de terratenientes, a cuyo consumo iba destinada buena parte de la producción artesanal. Tradicionalmente, la aristocracia romana había otorgado gran importancia a los vínculos establecidos con las clases bajas de las ciudades. Durante generaciones, los notables se habían pavoneado del número de clientes que llenaban sus salones en las recepciones matutinas, haciéndose acompañar por una multitud de ellos al Foro. Sin embargo, a medida que, en los siglos de la Antigüedad Tardía, el factor económico vaya adquiriendo un carácter prevalente en las relaciones de patronazgo y las instituciones municipales y estatales romanas pierdan vigor, la clientela dejará de funcionar como mero elemento de prestigio social, para convertirse en un mecanismo de poder efectivo, a través del cual los grandes propietarios, laicos y eclesiásticos, extiendan su dominio sobre las ciudades.

En el campo, la situación resultaba hasta cierto punto muy semejante. Los hombres que habían reemplazado a los esclavos como fuerza de trabajo se hallaban sometidos a diversas formas de dependencia, que la mentalidad conservadora de las clases dirigentes tendía a asimilar a la esclavitud. Es obvio que ni jurídica ni políticamente puede considerarse a estos campesinos como hombres libres, al menos en la acepción clásica del término; sin embargo, tampoco eran esclavos. Su acceso a la vida comunitaria estaba regulado por el tipo de vínculos que les ligaban a la tierra y las contraprestaciones establecidas con el propietario de la misma. Llegado el caso, la aristocracia no dudaba en utilizar a la población rural para defender sus propios

intereses de clase, reclutando entre los campesinos de sus dominios auténticos ejércitos privados.

Como puede advertirse, la estructura social del mundo mediterráneo, durante los siglos III al VIII, no corresponde ni al esclavismo dominante en la Antigüedad, ni al feudalismo de la Alta Edad Media. Los elementos propios del régimen señorial, que tímidamente se apuntan en la organización de los latifundios de la época, no comportan la existencia de una superestructura feudal, que sólo comenzará a emerger a fines de este período. De todo ello se desprende que la transición del esclavismo al feudalismo se efectuó a través de un sistema original y distinto a ambos, en el que se fusionaron elementos heredados de la Antigüedad con aportaciones novedosas, que tendrían su pleno desarrollo a partir del siglo IX.

En una sociedad donde el sistema productivo estaba basado en el trabajo de mano de obra dependiente, las relaciones entre los miembros de la élite no podían por menos que dejar traslucir esta realidad. Artesanos y campesinos no eran los únicos que buscaban protección. También lo hacían numerosos miembros de la nobleza, deseosos de obtener el apoyo de aquellas familias dotadas de mayores recursos financieros y de buenos contactos en la corte. Este tipo de clientelismo político, estrechamente ligado al desarrollo de los vínculos de patronazgo, ya había sido conocido en el Alto Imperio. Pero a partir del siglo V, adquirirá un mayor grado de complejidad, como consecuencia de la progresiva extensión y jerarquización de las redes de solidaridad aristocrática en torno a unas pocas grandes casas. De hecho, el poder acumulado por estas últimas, gracias a la ampliación de sus clientelas, acabaría sustituyendo, en amplias zonas del Imperio, a la autoridad del estado romano, carente de medios para frenar su ascenso. Instituciones sujetas

a derecho privado comenzaban, de este modo, a invadir el campo de lo público. Fenómeno nada extraño, si se tiene en cuenta que la clase dirigente romana, pese a su clara conciencia sobre la auctoritas et maiestas Imperii, siempre había tendido a considerar el estado como una especie de patrimonio colectivo aristocrático, confundiendo con frecuencia el ámbito de lo público con el de privado. De ahí, sus problemas a la hora de diferenciar las funciones públicas de los honores privados o su inclinación a administrar los caudales públicos como si se tratase de una fortuna particular.

Cada una de las grandes casas poseía su propio patrimonio, en el que se incluían tanto propiedades inmuebles como esclavos y trabajadores dependientes. De igual modo que estos bienes eran transmisibles por vía hereditaria de una generación a otra de la familia, también lo era su clientela aristocrática, que en el caso de las estirpes germánicas se hallaba integrada no sólo por gentes de origen bárbaro, sino también por romanos. La clientela desempeñaba un papel fundamental en la defensa de los intereses de la casa frente a las ambiciones de sus rivales. A fin de reforzar su posición política y económica, las grandes familias establecían alianzas con otras casas, habitualmente concertando enlaces matrimoniales entre sus miembros más jóvenes. Resulta, pues, comprensible la importancia que se otorga, a partir del siglo V, a las relaciones de parentesco, ya que éstas no sólo determinaban el lugar que cada cual ocupaba en el seno de una casa, sino que, además, regulaban el acceso de sus distintos miembros a la redistribución de bienes. De ahí el interés que subyace a toda nuestra tesis por el estudio de las grandes familias. El hecho de que hallamos dedicado amplio espacio a resaltar los vínculos y alianzas de cada casa, no responde a un prurito de erudición, sino a un intento de aproximarnos a la cotidianeidad de las relaciones de

poder. Con estos datos, aunque complejos, podremos entender mucho mejor los acontecimientos que tuvieron lugar en la Península Ibérica, durante el último tercio del siglo VI.

En 579, Hermenegildo, hijo mayor de Leovigildo, se casó con la princesa franca Ingundis, cuya madre, la visigoda Brunequilda, viuda del rey Sigeberto de Metz, era hija de Atanagildo y Gosvinta. Sin duda, Leovigildo consideró que esta alianza, que estrechaba lazos entre la casa de Liuva y la de Atanagildo, era beneficiosa para los intereses de la monarquía visigoda. Lo que no sospechaba el monarca es que, a través de la misma, su hijo se convertiría en una poderosa herramienta al servicio de los intereses de la reina Gosvinta. Confiando en la lealtad de Hermenegildo, el soberano le otorgó el gobierno de la Baetica. De este modo, pretendía satisfacer a la nobleza provincial, ligada a la casa de Atanagildo, al tiempo que vigilaba de cerca sus movimientos. Algunos meses después de la instalación de la corte del príncipe en Hispalis, Ingundis dio a luz un varón, al que se impuso el nombre de Atanagildo, en memoria de su bisabuelo materno; lo cual demuestra que Hermenegildo se había dejado ganar por la clientela de la familia de su esposa. La situación era verdaderamente explosiva. La casa de Atanagildo tenía, por fin, un heredero varón, y su líder, la reina Gosvinta, no estaba dispuesta a dejar pasar la ocasión sin hacer algo, para conseguir nuevas parcelas de poder. Antes de que acabase el año, Hermenegildo fue coronado rey en Hispalis, con el apoyo de los partidarios de la soberana, que seguramente otorgó su beneplácito desde Toledo.

En cambio, Leovigildo consideró este acto como una auténtica usurpación, lo que no impidió que las ciudades más importantes de la Baetica y la Lusitania, entre las cuales se incluían Corduba y Emerita, se uniesen a la causa de

Hermenegildo. A comienzos de 580, existían dos reinos visigodos, uno con capital en Toledo, que extendía su dominio sobre la Narbonensis, la mayor parte de la Tarraconensis, exceptuando la cornisa cantábrica, y el interior de la Carthaginiensis; y otro con capital en Hispalis, que comprendía el sur de la Lusitania y los territorios de la Baetica bajo control godo.

Aunque en principio, el conflicto no respondía a un enfrentamiento religioso, los argumentos teológicos no tardarían en ser manejados por ambos bandos. Hermenegildo fue el primero en emplearlos, al hacer acuñar en una emisión monetaria, que conmemoraba su coronación, la leyenda REGI A DEO VITA, propia de las aclamaciones imperiales. Por su parte, Leovigildo, deseando fomentar la unidad ideológica de sus súbditos y ganar apoyos entre la nobleza hispanorromana, convocó en Toledo, aquel mismo año de 580, un concilio arriano, a fin de elaborar una fórmula de consenso y adoptar disposiciones que facilitasen la integración de los católicos en la iglesia oficial, sin necesidad de que volviesen a ser bautizados. Paralelamente, emprendió las primeras acciones militares contra su hijo, sin resultados destacables. Una invasión vascona en la Tarraconensis, a comienzos del verano de 581, mantendría a Leovigildo apartado del sur hasta la siguiente primavera.

Hermenegildo aprovechó este paréntesis para buscar aliados entre las potencias extranjeras. El reino franco de Metz, de donde procedía su esposa, y el reino suevo se comprometieron con su causa, pero el primero no podía hacer otra cosa que presionar sobre las lejanas fronteras de la Narbonensis, mientras que el segundo, hallándose sus bases estratégicas en la lejana Gallaecia, tampoco le era dado aportar una ayuda verdaderamente operativa. El principal aliado de Hermenegildo había de ser por fuerza el Imperio romano de Oriente, con el que compartía una

frontera inmediata.

En la primavera de 582, tras haber aplastado a los vascones, Leovigildo reanudó la guerra contra su hijo, ocupando la ciudad de Emerita, llave de la calzada que conducía a Hispalis. La situación comenzaba a ser preocupante, por lo que Hermenegildo, que ya estaba en contacto con el gobernador militar de la provincia de Spania, decidió enviar a Constantinopla una legación diplomática, encabezada por obispo católico de Hispalis, Leandro, a fin de solicitar ayuda del emperador Tiberio II. Según se desprende del posterior desarrollo de los acontecimientos, Leandro debió llegar a un acuerdo con las autoridades imperiales, en virtud del cual éstas se comprometieron a intervenir militarmente en el conflicto, a favor de Hermenegildo. Ignoramos cuáles fueron las contrapartidas. Pero lo más probable es que el gobierno oriental exigiese compensaciones territoriales y el reconocimiento de la supremacía de la autoridad del basileus por parte del príncipe rebelde.

Cuando Leandro regresó a la Península, halló ante sí un panorama verdaderamente inquietante. Leovigildo, que había instalado sus cuarteles de invierno en Emerita, se dedicaba por entero a supervisar los preparativos de la campaña que tenía pensado lanzar contra la Baetica, apenas llegase la primavera. Por su parte, Hermenegildo, consciente de que le resultaría muy difícil oponer resistencia al avance de las tropas de su padre, se disponía a resistir un largo asedio en Hispalis. En tales circunstancias, parece haberse producido la conversión del príncipe al catolicismo. Posiblemente, Leandro, recién llegado de Constantinopla, le hizo ver la conveniencia de pasar a la fe de sus aliados bizantinos, suevos y francos, estableciendo con ellos un nexo de unión de carácter religioso. Este vínculo también sería operativo con sus súbditos romanos, de cuya

colaboración no podía prescindir en la difícil hora que se avecinaba.

A finales de la primavera de 583, Leovigildo puso cerco a Hispalis y, tras neutralizar a un ejército suevo, que al mando del rey Miro intentaba llegar a la ciudad, para socorrer a Hermenegildo, tomó posesión de la misma. El usurpador y su familia buscaron refugio en Corduba, al tiempo que solicitaban del gobernador de Spania, que conforme a los acuerdos establecidos con el gobierno de Constantinopla, enviase tropas en su auxilio. La respuesta de las autoridades imperiales no se hizo esperar. Un ejército bizantino, posiblemente poco numeroso, se desplazó hasta la nueva capital de Hermenegildo, para participar en su defensa.

Con la llegada la primavera de 584, Leovigildo, que ya había sometido a su autoridad toda la región del bajo Guadalquivir, se abrió paso hasta Corduba. La ciudad no se hallaba indefensa. Contaba con la protección de sus muros, custodiados por los fieles de Hermenegildo, y con el apoyo de las tropas imperiales. Pronto se iniciaron los combates. El monarca toledano, que el año anterior había tanteado el potencial del Imperio comprobando su solidez, decidió pagar 30.000 sueldos al general bizantino, a fin de garantizar su no beligerancia en la batalla decisiva. El encuentro, que tuvo lugar ante los muros de Corduba, se saldó con la derrota de las fuerzas de Hermenegildo, quien, al cercionarse de que todo estaba perdido, buscó refugio en un santuario cercano, para finalmente entregarse como prisionero en manos de su hermano Recaredo. Poco después, sería trasladado a Toledo, donde se le obligó a participar en los rituales de sumisión, que acompañaron al triunfo celebrado por Leovigildo, en conmemoración de su victoria. Más tarde, fue desterrado a Valentia. Pero su estancia en esta ciudad no duraría

mucho. Ante el temor de que los bizantinos intentasen liberarlo, Leovigildo dispuso que se le trasladara a Tarraco, donde sería ejecutado en 585, posiblemente con el consentimiento del soberano.

Los temores del gobierno de Toledo, a una intervención imperial a favor de Hermenegildo, no carecían de fundamento. Tras la derrota del rebelde en Corduba, las fuerzas bizantinas se habían apoderado de su esposa Ingundis y de su hijo Atanagildo, a quienes enviaron a Constantinopla. La infortunada princesa murió en el viaje de ida, pero el niño llegó a Bizancio, convirtiéndose en un preciado rehén en manos del gobierno imperial, que muy pronto lo utilizaría en beneficio de sus propios intereses políticos.

A la sazón, ocupaba el solio el emperador Mauricio, quien había sucedido a Tiberio II en 582, sin ningún tipo de complicaciones, ya que este último, sintiéndose morir, había decidido nombrarle heredero del Imperio, otorgándole la mano de su hija Constantina. El nuevo soberano abandonaría por completo la política de su predecesor, tendente a restablecer el sistema de pactos justiniano, que resultaba inviable desde el punto de vista financiero. A partir de este momento, Bizancio adoptaría una postura beligerante en la defensa de sus fronteras, que si bien comportaba elevados gastos, nunca constituyó una carga tan onerosa para las arcas del estado, como el pago de subsidios a los príncipes bárbaros.

La conflictiva situación por la que atravesaban los dominios imperiales en Italia, sometidos a la presión de los lombardos, demandaba una profunda reorganización administrativa, que facilitase la defensa del territorio. Desde mediados del siglo VI, los sistemas de seguridad del Imperio se financiaban,

esencialmente, con fondos derivados de los dominios de la corona y de las cajas de las praefecturae praetorianae. A fin de dotar al ejército de Italia de mayor facilidad para acceder a estos recursos, en el otoño de 584, Mauricio creó el cargo de exarchus Italiae, otorgándole las competencias militares del antiguo magister militum y un amplio control sobre el praefectus praetorio Italiae, máximo responsable de la administración civil. De este modo, el nuevo encargado de la seguridad regional podría disponer, en cualquier momento y de manera inmediata, del producto del impuesto sobre la tierra, recaudado por la praefectura, y cuya partida más importante se hallaba destinada a financiar los gastos militares.

También en Africa se procedió a aplicar la reforma, a fin de consolidar la posición del Imperio frente a los pueblos mauros. Las primeras noticias sobre la presencia de un exarca en Cartago datan de agosto de 591; pero es posible que la reorganización interna de la antigua praefectura haya comenzado algún tiempo antes. Al igual que su colega de Ravenna, el exarchus Africae asumió las funciones militares del magister militum, si bien gozando de extensas prerrogativas sobre la administración civil, ya que el praefectus praetorio, responsable directo de la misma, fue colocado bajo su control. Con la formación de los exarcados occidentales, Mauricio sentó las bases de la militarización del aparato administrativo del Imperio, creando el precedente de los futuros themata.

La provincia de Spania, como parte integrante de la antigua praefectura praetorio Africae, quedó englobada en el exarcado de Cartago. Al frente de la administración militar, encontramos un gobernador, residente en Carthago Spartaria, que, debido a la inflación de títulos propia de la época, empleaba indistintamente los de dux y magister militum Spaniae. Bajo su

autoridad se hallaban varios tribuni et comites, oficiales al mando de los regimientos o numeri, acuartelados en las distintas ciudades fortificadas. La administración civil, teóricamente, recaía sobre la figura de un rector consularis, cargo que, a fines del siglo VI, era ejercido por el gobernador militar, algo común en aquellas provincias que como la de Spania sufrían una amenaza real de invasión por parte del enemigo.

Tras la muerte del rey Leovigildo en 586, se produjeron nuevas confrontaciones bélicas entre bizantinos y visigodos. Recaredo, el hijo y sucesor de Leovigildo, no parece que haya poseído gran capacidad de respuesta, lo que redundó en beneficio de las fuerzas imperiales, que pudieron recuperar algunas plazas importantes, a lo largo de la ruta que unía la región del estrecho con Hispalis. En sus orígenes, este conflicto se inscribe en la línea de hostilidad abierta entre Toledo y Constantinopla, durante la usurpación de Hermenegildo. Como en tantas otras ocasiones, el estudio del mundo mediterráneo en su conjunto nos ayuda a comprender mejor el desarrollo de los acontecimientos que tuvieron lugar en el interior del reino visigodo. A tenor de lo expuesto, conviene recordar que el gobierno de imperial contaba con la ventaja de tener en su poder al hijo del príncipe rebelde, el pequeño Atanagildo, pieza clave para concitar en su favor las simpatías de la aristocracia meridional.

Recaredo debió encontrarse en una situación bastante comprometida. El equilibrio de las estructuras políticas y sociales del reino que le había legado su padre era extremadamente frágil. La clientela de Atanagildo, liderada por la reina Gosvinta, había sido terriblemente humillada en la Baetica durante la guerra civil, pero eso no impedía que siguiese conservando importantes parcelas de poder. De hecho, el primer

acto de Recaredo, apenas hubo ceñido la diadema, consistió en obligar a la reina Gosvinta a adoptarle como hijo, con lo que se convirtió en heredero oficial de la casa de Atanagildo y, por tanto, en futuro jefe de la misma. Ahora bien, un importante sector de la clientela de esta casa se negó a reconocer sus derechos, teniendo en consideración que existía otro heredero, el hijo de Hermenegildo e Ingundis, rehén de los bizantinos.

A pesar de todo, Recaredo no cejó en su empeño. Decidido a hacerse con el control de la casa de Atanagildo, comenzó por aproximarse al grupo más proclive a la conciliación, la aristocracia meridional, cuyo máximo representante, el obispo Leandro de Hispalis, fue llamado a Toledo como consejero del monarca. Este prelado, que ya había intervenido en la conversión de Hermenegildo pocos años atrás, sugirió a Recaredo la conveniencia de dar el mismo paso. Así, en la primavera de 587, el soberano aceptó, a título personal, el credo de Nicea, hecho que tendría una enorme transcendencia en la historia inmediata del reino visigodo. Paralelamente y con el propósito de reafirmar su compromiso con la nobleza meridional, procedió a restituir los patrimonios confiscados por su padre a numerosos aristócratas rebeldes.

En tales circunstancias, se difundió la noticia de la desaparición del pequeño Atanagildo, cuya muerte acaecida en 586 había sido celosamente ocultada a la corte de Toledo, durante más de un año, por los gobernantes francos y bizantinos. La constancia del hecho provocó una auténtica conmoción política en el interior del reino visigodo. En ausencia de otro heredero, buena parte de la clientela de la casa de Atanagildo optó por reconocer los derechos de Recaredo. No obstante, algunos sectores de la misma, encabezados por la infatigable reina Gosvinta, opusieron una férrea resistencia, tramando conjuras y organizando

revueltas. La más destacada de ellas se produjo a comienzos del año 589 en la ciudad de Toledo. Aunque las fuentes no ofrecen detalles específicos sobre el complot, sabemos que Gosvinta intentó destronar a Recaredo, después de haber hecho pública con gran despliegue ceremonial su propia conversión al catolicismo. Descubierta la trama, la reina optó por el suicidio, con lo que Recaredo accedió a la jefatura de la casa de Atanagildo, poniendo fin a más de dos décadas de conflicto.

Tras estos acontecimientos, el soberano, aconsejado por el obispo Leandro de Hispalis y el abad Eutropio del monasterio Servitanum, tomó la decisión de convocar un concilio de la Iglesia Católica de todo su reino, a fin de proclamar solemnemente la conversión del pueblo visigodo. Los dos eclesiásticos mencionados, como buenos conocedores de la tradición conciliar del Imperio de Oriente, se encargaron de la organización del sínodo. Su labor permitió dotar al estado visigodo de una uniformidad ideológica de la que hasta el momento había carecido, y que resultaba imprescindible para aunar la fidelidad de la nobleza en torno a la monarquía gótica. La actitud independiente de la Iglesia Católica de Hispania, respecto a la política religiosa del gobierno de Constantinopla, facilitó a Recaredo la posibilidad de presentarse ante el III Concilio de Toledo de 589, como campeón de la ortodoxia y legítimo sucesor de los emperadores Constantino y Marciano, pudiendo, en consecuencia, justificar la traslación del poder de Roma a los reyes godos.

Ahora bien, ni la muerte de Gosvinta y ni los fastos del sínodo toledano, pusieron fin al conflicto con Bizancio, que se prolongaría a lo largo de todo el reinado de Recaredo. Durante este período, las fuerzas imperiales se mostraron sobradamente capaces de mantener sus posiciones en Hispania, e incluso de

recobrar algunas de las plazas que les había arrebatado Leovigildo. Aunque la Península se hallaba alejada de los grandes centros de poder de la época, el gobierno de Constantinopla no estaba dispuesto a renunciar a unos dominios, que le permitían controlar los tráficos a través del estrecho de Gibraltar y mantener su hegemonía sobre el mar Baleárico. La importancia concedida a las provincias occidentales en el conjunto del Imperio, puede valorarse a través del testamento que redactó en 597 el emperador Mauricio, y que, según se desprende de las noticias que conservamos sobre el mismo, preveía la instalación de sedes imperiales en Roma, Cartago y Tesalónica, a parte de la de Constantinopla. La idea de unidad y universalidad del Imperio permanecía aún incólume, pero la problemática específica de sus distintos ámbitos regionales aconsejaba el retorno a una gestión policéntrica, siguiendo fórmulas ensayadas en diversas ocasiones desde finales del siglo III.

La ventajosa paz firmada con Persia en 591, dejó a Mauricio las manos libres para restablecer el orden en la frontera danubiana. No obstante, sus éxitos frente a ávaros y eslavos resultarían efímeros. Las dificultades económicas por las que atravesaba el Imperio, le condujeron a efectuar importantes recortes en los salarios de la tropa, lo que en 602 provocó la rebelión del ejército del Danubio, que al mando de uno de sus oficiales, Focas, marchó sobre Constantinopla. Mauricio, incapaz de controlar la situación, decidió abandonar la capital y refugiarse en Asia. Pero, pocas horas después de haber cruzado el Bósforo, Focas, proclamado emperador, ordenó que fuese detenido y ejecutado junto con sus hijos.

La trágica desaparición de Mauricio y su familia no facilitó las cosas al nuevo soberano, que, apenas llegado al trono, encontró ante sí un frente de oposición formado por la

nobleza latifundista, la burocracia administrativa, la cúpula militar, el patriarcado de Constantinopla y las iglesias monofisitas de las provincias orientales. La presunta supervivencia de Teodosio, uno de los hijos de Mauricio, permitió a los sectores descontentos agruparse contra el usurpador, bajo el estandarte común de la legitimidad dinástica. Mientras en Constantinopla se sucedían las conjuras cortesanas, en provincias estallaban rebeliones militares, lo que llevó a Focas a poner en práctica una política de terror desenfrenado.

Por si fuera poco, el rey de Persia, Cosroes II invadió el Imperio, so pretexto de restaurar en el trono al supuesto vástago de Mauricio. Para combatirle Focas empleó fuerzas procedentes del ejército del Danubio, que le era fiel, y al desguarnecer esta frontera, no pudo impedir que ávaros y eslavos penetrasen masivamente en los Balcanes. Como colofón, el ejército de Africa, que en 607 se había alzado a favor de Teodosio, ocupó Egipto, interrumpiendo el envío de anual de suministros alimenticios a Constantinopla. En 610, Heraclio, hijo del exarca de Cartago, desembarcó en la capital acompañado de numerosas tropas y se hizo con el control efectivo del poder, decretando la ejecución de Focas y sus partidarios. Puesto que para estas fechas el presunto hijo de Mauricio había fallecido, Heraclio, en su calidad de líder del partido legitimista, fue proclamado Augusto.

Heredaba un Imperio sumido en una grave crisis. La organización militar, basada en el reclutamiento de mercenarios, ya no funcionaba por falta de dinero. Los Balcanes estaban ocupados por ávaros y eslavos, cuyas razzias se extendían desde los suburbios de Constantinopla a la costa dalmata. Y los persas avanzaban por Asia Menor, Siria y Palestina. La caída de Jerusalén en 614, con toda su carga simbólica, asestó un duró

golpe a la cristiandad, pero especialmente al Imperio, que se consideraba protector de los Santos Lugares.

Esta serie de desastres que padecían las provincias orientales, desde el comienzo del reinado de Focas, no tuvieron una proyección inmediata sobre Occidente. Sin embargo, contribuyeron a debilitar su posición. Entre 608 y 610, el exarca de Cartago retiró importantes efectivos militares de los territorios sometidos a su autoridad, con el propósito de facilitar el ascenso al trono de su hijo Heraclio. Semejante actuación mermó la capacidad de defensa del exarcado, dejando sentir sus efectos en la provincia de Spania.

El gobierno de Toledo, consciente de la oportunidad que se le ofrecía, emprendió una serie de campañas contra los dominios bizantinos en la Península Ibérica. Pero si se exceptúa la caída de la fortaleza de Sagontia en manos del rey Witerico, lo cierto es que, en un primer momento, los encuentros militares no pasaron de escaramuzas fronterizas. Habría que esperar al reinado de Sisebuto para conseguir avances significativos. En 615, aprovechando que los persas acaparaban toda la atención de Heraclio, el monarca visigodo invadió Spania, ocupando la región del estrecho y el litoral marítimo de la Baetica, lo que incluía la importante ciudad de Malaca. Ante el desastre, el patricio Cesáreo, gobernador militar de la provincia, llegó a un acuerdo con Sisebuto. Una embajada conjunta, integrada por representantes del rey visigodo y de las autoridades de la provincia bizantina, viajó hasta Constantinopla en 616, para obtener del emperador la ratificación del pacto. Heraclio, preocupado, en aquellos momentos, por el saqueo de las ciudades asiáticas, decidió sellar el tratado, con lo que, a partir de este momento, la provincia de Spania quedó oficialmente reducida a la franja litoral de la antigua Carthaginiensis y a las islas Baleares.

Durante los siguientes años, la pérdida de Siria, Palestina y Egipto, conquistadas por los persas, y las razzias de ávaros y eslavos sobre los Balcanes, impidieron al gobierno de Constantinopla plantearse la posibilidad de recuperar los territorios peninsulares cedidos a los godos. La situación de Oriente llegó a ser tan desesperada que, en 618, Heraclio dispuso el traslado de la corte a Cartago. La ciudad de Constantinopla no le parecía segura, especialmente ahora que la interrupción de los suministros de trigo egipcio favorecía el estallido de desordenes populares contra su persona. Por otra parte, las incursiones enemigas llegaban hasta los muros de la capital, ya que el estado era incapaz de reunir dinero, con el que financiar la recluta de los hombres necesarios para atender a la defensa de los distintos frentes abiertos. En tan dramáticas circunstancias, el patriarcado de Constantinopla puso en manos del emperador sus tesoros, a fin de que éste pudiese reclutar un ejército y no se viese obligado a abandonar la ciudad.

Con los fondos obtenidos de la Iglesia, Heraclio pudo pagar los subsidios que exigían los ávaros, a cambio de la firma de un pacto. Este acuerdo le permitiría detraer tropas del Danubio y transferirlas a Asia, con el fin de agregarlas al ejército que estaba reclutando en esta zona. A comienzos de la primavera de 622, el soberano bizantino inició la ofensiva contra los persas, en medio de un ambiente de fervor religioso, que imprimiría al conflicto el carácter de una auténtica cruzada. Pese a las victorias conseguidas en las primeras campañas, el triunfo decisivo se hizo esperar varios años, ya que las periódicas renovaciones de la amenaza ávara, impidieron a Heraclio dedicar toda su atención al frente oriental. Pero tras el estrepitoso fracaso del cerco que persas y ávaros pusieron a Constantinopla en 626, la contienda cambio de signo. Las victorias militares de Heraclio en territorio persa y las

querellas intestinas que afectaban a la potencia enemiga, determinaron el curso final de la guerra, que concluyó con un acuerdo de paz favorable a los intereses de Bizancio. En la primavera de 630, Heraclio entró en Jerusalén portando la Vera Cruz, reconquistada a los persas, acto simbólico con el que quiso poner punto final a la primera guerra santa cristiana.

Coincidiendo con el período álgido del pulso entre Constantinopla y Ctesiphonte, es decir, los años 622-626, se produjo la definitiva pérdida de los últimas posesiones imperiales en la Península Ibérica. El rey visigodo Suintila, antiguo general de Sisebuto que había dirigido las campañas contra Malaca y la región del estrecho, consiguió ocupar el litoral de la Carthaginiensis, aún en manos bizantinas, después de haber vencido al último gobernador militar de Spania en el campo de batalla. La derrota de los imperiales, acaecida hacia 624, abrió a los godos las puertas de Carthago Spartaria, ciudad que, tras su captura, fue destruida.

Con todo, la pérdida de Spania debió parecer nimia a los ojos del gobierno imperial, comparada con la caída de las provincias orientales en poder de los persas. La recuperación de éstas constituía el objetivo prioritario de Bizancio. Poco importaba si a cambio era preciso sacrificar algunos enclaves estratégicos en Occidente. La victoria final de Heraclio sobre los Sasánidas permitió al Imperio recobrar sus dominios orientales, sin haber experimentado, en el entreacto, grandes amputaciones en Occidente. La caída de Spania en manos de los godos o la de Liguria en las de los lombardos no cambiaba el hecho de que el Mediterráneo en su conjunto volvía a ser un lago romano. Los elementos esenciales de la civilización clásica y del poder universal del Imperio parecían, una vez más, a salvo. Sin embargo, su fragilidad era mucho mayor que un siglo atrás. La

guerra con Persia no sólo había puesto de relieve las graves disonancias sociales que padecía el Imperio, sino que además había multiplicado los efectos de la crisis, que se venía arrastrando desde la década de 540, y que tan negativamente había incidido sobre el estado bizantino, al recortar su poder financiero y, en consecuencia, su capacidad para maniobrar políticamente.

A partir de 633, una nueva oleada invasora, en esta ocasión procedente de la Península Arábiga, se cierne sobre los dos grandes Imperios que hasta la fecha habían dominado el Próximo Oriente asiático. El momento no podía ser más delicado. Persia, arruinada por el conflicto con Bizancio y abismada en sus propias contradicciones internas, sucumbió a la primera ofensiva. Bizancio, que no había salido tan malparada de la contienda, sobrevivió, pero hubo de renunciar definitivamente a sus provincias orientales, esas mismas que tantos esfuerzos le costara recuperar a Heraclio. La celeridad con que se produjo el hundimiento del dominio imperial en Siria, Palestina y Egipto, y la escasa resistencia hallada por los árabes en estas zonas, se explica, en buena parte, a causa de las deficiencias en la organización militar y administrativa del estado bizantino, producto de la progresiva delegación de poderes por parte del gobierno central en los grandes propietarios locales, tanto laicos como eclesiásticos, que serían quienes, a falta de otro interlocutor, pactasen con los conquistadores. Idéntica importancia revistieron las discordias religiosas, al generar un clima de indiferencia popular hacia la suerte de un Imperio, que no sólo expoliaba a las poblaciones autóctonas con onerosos impuestos, sino que además pretendía imponerles su credo.

Tras las primeras conquistas, que arrebataron a Constantinopla, sus posesiones en Siria, Palestina, Egipto,

Mesopotamia y Armenia, se abre un compás de espera, que durará casi medio siglo, antes de que se inicie la expansión árabe hacia Occidente. Para entonces, el dominio bizantino sobre la región se hallaba muy debilitado. La mayor parte de la Italia septentrional y amplias zonas del centro de la Península eran controladas por los lombardos, cuya flota amenazaba incluso la hegemonía naval del Imperio en el mar Tirreno. El Africa bizantina, sumida en la decadencia económica y perpetuamente amenazada por las tribus beréberes, se reducía a una serie de posiciones estratégicas al borde del litoral mediterráneo. En cuanto a los territorios insulares, si se exceptúa Sicilia, carecían de relevancia. Hacía tiempo que el Imperio había abandonado las zonas interiores, permitiendo a las poblaciones organizarse en el marco de sus propias estructuras autóctonas, y tan sólo conservaba el control de los puertos, sin duda, afectados por la contracción en el volumen de los tráficos mercantiles, que venía dejándose sentir desde los tiempos de Justiniano.

En tales circunstancias es muy posible que la conquista árabe del norte de Africa y de algunas islas de Occidente, resultase incluso favorable a la reorganización interna del Imperio bizantino, que, de manera rápida, se vio libre de toda una serie de puestos de defensa costeros, carentes de función práctica, tras el colapso del sistema para cuya protección habían sido establecidos. Desde mediados del siglo VI, las rebeliones mauras, a las que hemos dedicado parte de nuestro estudio, habían ido minando el poder del Imperio sobre Africa, hasta reducirlo, en los últimos años del VII, a una presencia casi testimonial. La pérdida de los últimos enclaves en la zona no debió tener, pues, la transcendencia que, a veces, se le ha atribuido. Todo lo más supuso la culminación de un largo proceso de quiebra del ambicioso proyecto justiniano, que había

comenzado en el oeste con la invasión lombarda de 568 y en el este con la guerra perso-bizantina de 603 a 628. Ahora bien, la ruptura definitiva de la unidad política mediterránea, no impedirá que sea en torno a su cuenca, desde este momento objeto de disputa entre Bizancio y los estados árabes, donde florezcan las más brillantes civilizaciones de la Alta Edad Media.

APENDICES.

1. Elenco de emperadores tardorromanos y bizantinos.

1.1. De la Tetrarquía a Teodosio I (284-395).

Diocleciano (284-305).

Maximiano Hercúleo (César desde 285. Augusto 286-305/
307-308).

Carausio (287-294).

Alecto (294-296).

Domicio Domiciano (296-297).

Galerio (César desde 293. Augusto 305-311).

Constancio I Cloro (César desde 293. Augusto 305-306).

Severo (César desde 305. Augusto 306-307).

Maximino Daya (César desde 305. Augusto 309-313).

Constantino I (306-337).

Majencio (306-312).

Licinio (308-323).

Domicio Alejandro (308-311).

Valente (314).

Martiniano (324).

Calocero (335-336).

Constantino II (337-340).

Constancio II (337-361).

Constante I (337-350).

Magnencio (350-353).

Vetranio (350).

Nepociano (350).

Silvano (355).

Juliano (360-363).

Joviano (363-364).
Valentiniano I (364-375).
Valente (364-378).
Procopio (365-366).
Graciano (370-383).
Firmo (372-374).
Valentiniano II (375-383).
Teodosio I (379-395).
Magno Máximo (383-388).
Flavio Víctor (384-388).
Eugenio (392-394).

3.1. Imperio de Occidente (395-480).

Honorio (393-423).
Marco (406-407).
Graciano (407).
Constantino III (407-411).
Constante II (409-411).
Prisco Atalo (409-410/414-415).
Máximo (409-411/420-422).
Jovino (411-413).
Sebastián (412-413).
Heracliano (413).
Constancio III (421).
Juan (423-425).
Valentiniano III (425-455).
Petronio Máximo (455).
Eparquio Avito (455-456).
Mayoriano (457-461).
Libio Severo (461-465).
Antemio (467-472).
Anicio Olibrio (472).

Glicerio (473-474).
Julio Nepote (474-480).
Rómulo Augústulo (475-476).

1.3. Imperio de Oriente (395-711).

Arcadio (383-408).
Teodosio II (402-450).
Marciano (450-457).
León I (457-474).
León II (474).
Zenón (474-491).
Basilisco (475-476).
Marco (476).
Leoncio (484-488).
Anastasio I (491-518).
Justino I (518-527).
Justiniano I (527-565).
Justino II (565-578).
Tiberio II Constantino (578-582).
Mauricio (582-602).
Teodosio, hijo de Mauricio (590-602).
Focas (602-610).
Heraclio I (610-641).
Heraclio Constantino III (612-641).
Heraclio II (638-641).
Constantino Heraclio ó Constante II (641-668).
David Tiberio (641).
Constantino IV (654-685).
Heraclio y Tiberio, hijos de Constante II (659-681).
Justiniano II (685-695/705-711).
Leoncio (695-698).
Tiberio III (698-705).

Tiberio, hijo de Justiniano II (706-711).

2. Gobernantes de los estados limítrofes con el Imperio.

2.1. Reyes burgundios.

Gundicaro (407-437).
Chilperico I (437-?).
Gundioco (437-473).
Gundobado (474-516).
Godigisel (474-500).
Godomar I (474).
Segismundo (516-523).
Godomar II (523-534).

2.2. Reyes lombardos de Italia.

Alboin (568-572).
Clef (572-574).
Gobierno de los duces (574-584).
Autario (584-590).
Agilulfo (590-616).
Adaloaldo (616-626).
Ariovaldo (626-636).
Rotario (636-652).
Rodoaldo (652-653).
Ariberto I (653-661).
Bertarido (661-662/671-688).
Gondeberto (661-662).
Grimoaldo (662-671).
Garibaldo (671).
Cuniberto (678-700).

Liutberto (700).
Ragimberto (700-701).
Ariberto II (701-712).
Ausprando (712).
Liutprando (712-744).
Hildebrando (736-744).
Raqui (744-749).
Astolfo (749-756).
Desiderio (756-774).
Adalgiso (759-774).

2.3. Reyes merovingios.

Meroveo (448-457).
Childerico I (457-481).
Clodoveo I (481-511).
Teodorico I de Metz (511-534).
Teodoberto I de Metz (534-547).
Teodobaldo de Metz (547-555).
Clodomiro de Orleáns (511-524).
Childeberto I de París (511-558).
Clotario I de Soissons (511-561).
Cariberto I de París (561-567).
Gontrán de Orleáns y Borgoña (561-592).
Sigeberto I de Metz (561-575).
Childeberto II de Metz (575-595).
Teodorico II de Metz (595-613).
Sigeberto II de Metz (613).
Chilperico I de Soissons (561-584).
Clotario II de Neustria (584-629).
Dagoberto I de Austrasia (623-638).
Cariberto II de Aquitania (629-632).
Sigeberto III de Austrasia (634-656).

Dagoberto II de Austrasia (656-660/676-679).
Childeberto de Austrasia, hijo de Grimoaldo (660-662).
Clodoveo II de Neustria y Borgoña (639-657).
Clotario III de Neustria y Borgoña (657-673).
Childerico II de Austrasia (662-675).
Clodoveo de Austrasia, hijo de Clotario III (675-676).
Teodorico III de Neustria y Borgoña (673-690).
Clodoveo III de Neustria y Borgoña (690-695).
Childeberto III de Neustria y Borgoña (695-711).
Dagoberto III de Neustria y Borgoña (711-715).
Chilperico II de Neustria (715-721).
Clotario IV de Austrasia (718-719).
Teodorico IV (721-737).
Interregno (737-743).
Childerico III (743-752).

2.4. Reyes ostrogodos de Italia.

Teodorico (493-526).
Atalarico (526-534).
Amalasunta (534).
Teodato (534-536).
Vitiges (536-540).
Ildibaldo (540-541).
Erarico (541).
Totila (541-553).
Teya (553).

2.5. Emperadores Sasánidas.

Artajerjes I (224-240).
Sapor I (240-272).
Hormisdas I (272-273).

Barham I (273-276).
Barham II (276-293).
Barham III (293).
Narsés (293-302).
Hormisdas II (302-309).
Sapor II (309-379).
Artajerjes II (379-383).
Sapor III (383-388).
Barham IV (388-399).
Yezdegerd I (399-421).
Barham IV (421-439).
Yezdegerd II (439-457).
Hormisdas III (457-459).
Peroz (459-484).
Valas (484-488).
Kawadh I (488-531).
Cosroes I (531-579).
Hormisdas IV (579-590).
Barham VI Cobin (590-591).
Bistarn (590-591).
Cosroes II Parwiz (591-628).
Kawadh II (628).
Artajerjes III (628-629).
Boran (629-630).
Sharbaraz (630).
Hormisdas IV y Cosroes III (630-632).
Yezdegerd III (632-651).

2.6. Reyes suevos.

Hermerico (409-441).
Requila (438-448).
Requiaro (448-455).

Agilulfo (456-457).
Framtan (457).
Requimundo (457-464).
Maldras (457-460).
Frumario (460-464).
Remismundo (464-469).
Carriarico (550?-559).
Teodomiro (559-570).
Miro (570-583).
Eborico (583-584).
Audeca (583-585).

2.7. Reyes vándalos.

Godagisel (?-406).
Gunderico (406-428).
Genserico (428-477).
Hunerico (477-484).
Guntamundo (484-496).
Trasamundo (496-523).
Hilderico (523-530).
Gelimer (530-534).

2.8. Reyes visigodos.

Ataúlfo (410-415).
Sigerico (415).
Valia (415-418).
Teodorico I (418-451).
Turismundo (451-453).
Teodorico II (453-466).
Eurico (466-484).
Alarico II (484-507).

Gesaleico (507-510).
Teodorico el Amalo (510-526).
Amalarico (526-531).
Teudis (531-548).
Teudisclo (548-549).
Agila I (549-555).
Atanagildo (551-567).
Liuva I (567-572).
Leovigildo (568-586).
Recaredo (586-601).
Liuva II (601-603).
Witerico (603-610).
Gundemaro (610-612).
Sisebuto (612-621).
Recaredo II (621).
Suintila (621-631).
Sisenando (631-636).
Chintila (636-639).
Tulga (639-642).
Chindasvinto (642-653).
Recesvinto (649-672).
Wamba (672-680).
Ervigio (680-687).
Egica (687-702).
Vitiza (698-710).
Roderico (710-711).
Agila II (710-713).
Ardo (713-720).

2.9. Califas musulmanes (632-750).

Abu Bakr (632-634).
Omar I (632-644).

Otman (644-656).
 Alí (656-661).
 Mu'awiya I (661-680).
 Yazid I (680-683).
 Mu'awiya II (683-684).
 Marwan I (684-685).
 Abd-al-Malik (685-705).
 Al-Walid (705-715).
 Suleimán (715-717).
 Omar II (717-720).
 Yazid II (720-724).
 Hixam (724-743).
 Al-Walid II (743-744).
 Yazid III (744).
 Ibrahin (744).
 Marwan II (744-750).

3. Fastos episcopales.

3.1. Obispos de Alejandría (313-642).

Alejandro (313-328).
 Atanasio I (328-335/338-339/346-356/362/363-365/366-373).
 Gregorio (339-346).
 Jorge I (356-361).
 Pedro II (373/377-381).
 Lucio (373-377).
 Timoteo I (381-385).
 Teófilo (385-412).
 Cirilo (412-444).
 Dióscoro I (444-451).
 Proterio (451-457).

Timoteo II Ailuros (457-460/475-477).
Timoteo III Solofaciolo (460-475/477-482).
Pedro III Mongo (477/482-490).
Juan I Talaia (482).
Atanasio II (490-497).
Juan II Mula (497-505).
Juan III Niciota (505-516).
Dióscoro II (516-517).
Timoteo IV (517-535).
Teodosio (535-537).
Gayano (535).
Paulo Tabenesiota (537-541).
Zoilo (541-551).
Apolinario (551-570).
Juan IV (570-580).
Eulogio (580-607).
Escribón (607-608).
Teodoro (608-609).
Juan V Eleemón (610-619).
Jorge II (619-631).
Ciro (631-642).

3.2. Obispos de Antioquía (381-610).

Flaviano I (381-404).
Porfirio (404-413).
Alejandro (413-420).
Teodoto (420-428).
Juan I (428-441).
Domno II (441-449).
Máximo II (449-456).
Basilio (456-458).
Acacio (458-459).

Martirio (459-469/470-471).
Pedro Fullón (469-470/475-476/484-488).
Juliano (471-475).
Juan II (477).
Esteban II (477-479).
Calandión (479-484).
Paladio (488-498).
Flaviano II (498-512).
Severo (512-518).
Paulo II (518-521).
Eufrasio (521-526).
Efrem (527-545).
Domno III (545-559).
Anastasio I (559-570/593-599).
Gregorio (570-593)
Anastasio II (599-610).

3.3. Obispos de Constantinopla (315-638).

Metrófanos (315-327).
Alejandro (327-340).
Paulo I (340-341/342-344/346-350).
Eusebio (341-342).
Macedonio (342-346/350-360).
Eudoxio (360-369).
Demófilo (369-379).
Evagrio (369-370).
Gregorio I Nacianceno (379-381).
Máximo I (381).
Nectario (381-397).
Juan I Crisóstomo (398-404).
Arsacio (404-405).
Atico (406-425).

Sisinio I (426-427).
Nestorio (428-431).
Maximiano (431-434).
Proclo (434-446).
Flaviano (446-449).
Anatolio (449-458).
Gennadio (458-471).
Acacio I (472-488).
Fravitas (488-489).
Eufemio (489-495).
Timoteo I (511-518).
Juan II de Capadocia (518-520).
Epifanio (520-535).
Antimo I (535-536).
Menas (536-552).
Eutiquio (552-565/577-582).
Juan III Escolástico (565-577).
Juan IV Nesteustes (582-595).
Ciriaco (596-606).
Tomás I (607-610).
Sergio I (610-638).

3.4. Obispos de Jerusalén (422-638).

Juvenal (422-451/453-458).
Teodosio (451-453).
Anastasio (458-475/476-478).
Geroncio (475-476).
Martirio (478-486).
Salustio (486-494).
Elias (494-516).
Juan III (516-524).
Pedro (524-552).

Macario II (552/563-573).
Eustoquio (552-563).
Juan IV (573-593).
Amós (593-601).
Isaac (601-609).
Zacarías (609-614).
Sede vacante (614-630).
Modesto (630-631).
Sede vacante (631-634).
Sofronio (634-638).

3.5. Obispos de Roma (314-638).

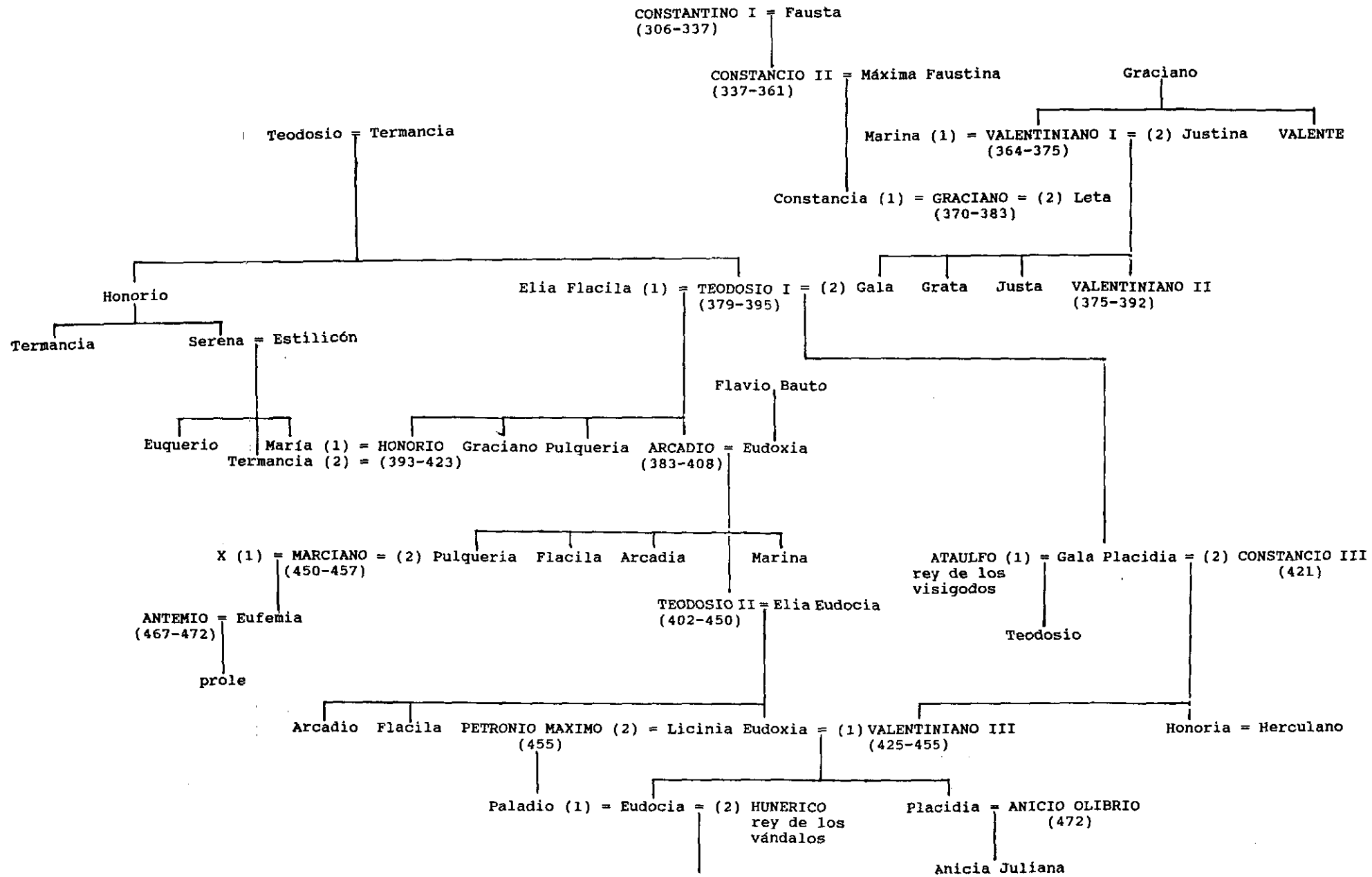
Silvestre (314-335).
Marco (336).
Julio I (337-352).
Liberio (352-366).
Félix II (355-365).
Dámaso (366-384).
Siricio (384-398).
Anastasio (398-401).
Inocencio I (401-417).
Zósimo (417-418).
Bonifacio I (418-422).
Eulalio (418-419).
Celestino I (422-432).
Sixto III (432-440).
León I (440-461).
Hilario (461-468).
Simplicio (468-483).
Félix III (483-492).
Gelasio I (492-496).
Anastasio II (496-498).

Símmaco (498-514).
Laurencio (498-514).
Hormisdas (514-523).
Juan I (523-526).
Félix IV (526-530).
Bonifacio II (530-532).
Juan II (533-535).
Agapito (535-536).
Silverio (536-537).
Vigilio (537-555).
Pelagio I (556-560).
Juan III (560-573).
Benedicto I (574-578).
Pelagio II (578-590).
Gregorio I (590-604).
Sabiniano (604-606).
Bonifacio III (607).
Bonifacio IV (608-615).
Deodato (615-618).
Bonifacio V (619-625).
Honorio I (625-638).

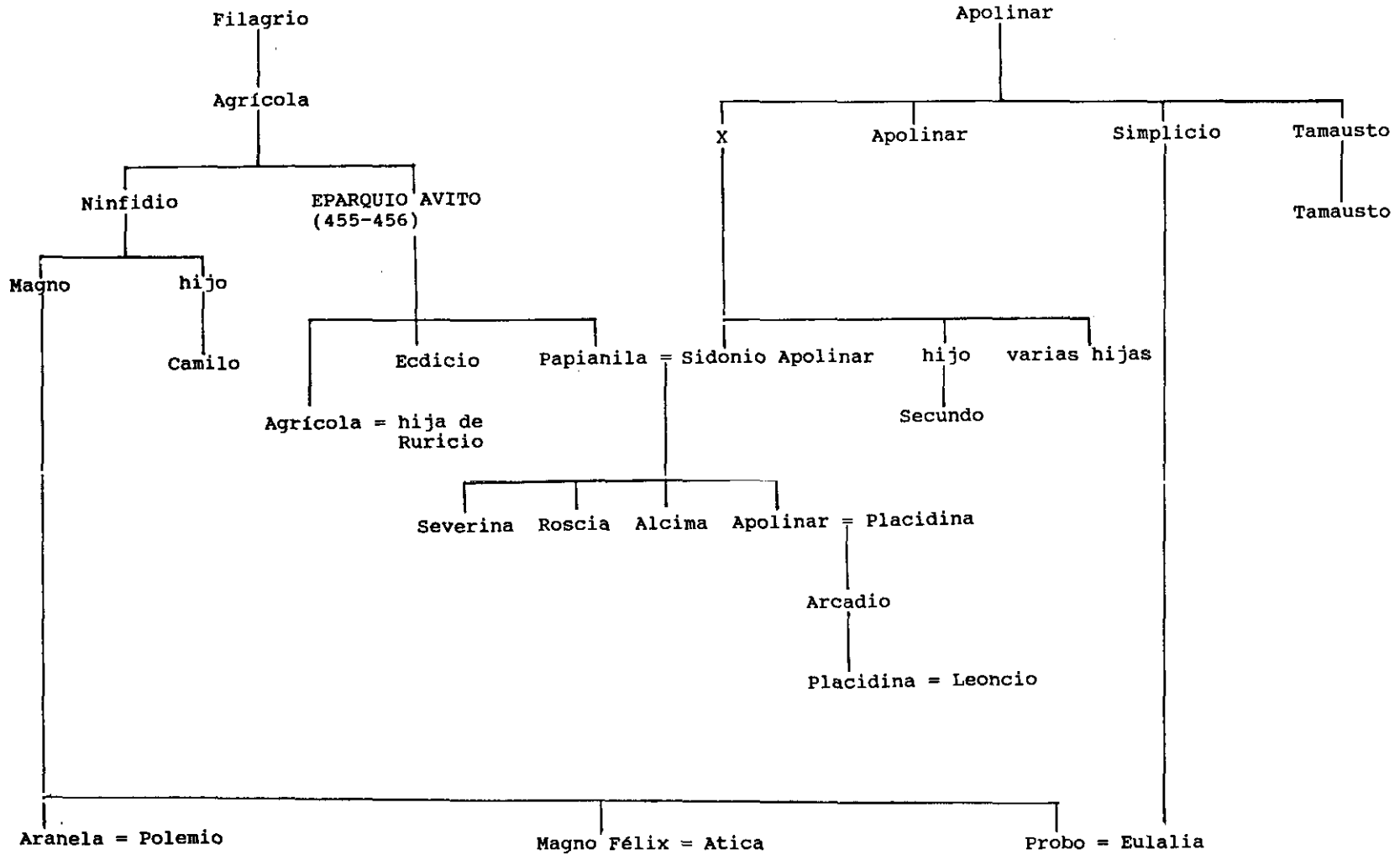
4. Cuadros genealógicos.

- 4.1. Familia valentiniano-teodosiana.
- 4.2. Familia de Avito.
- 4.3. Familia de León I, Zenón y Anastasio.
- 4.4. Familia de Antemio.
- 4.5. Familia de Olibrio.
- 4.6. Familia de Julio Nepote.
- 4.7. Familia de Rómulo Augústulo.
- 4.8. Familia justiniana.
- 4.9. Familia de Tiberio II y Mauricio.
- 4.10. Familia de Focas.
- 4.11. Familia de Heraclio I.
- 4.12. Linaje real de los Amalos.
 - 4.12.1. La familia de Teodorico el Grande.
 - 4.12.2. La familia de Amalafrida.
- 4.13. Linaje real de los Asdingos.
- 4.14. Linaje real de los Baltos.
- 4.15. Familia de Valia.
- 4.16. Familia de Atanagildo y Liuva I.
- 4.17. Linaje real burgundio.
- 4.18. Linaje real de los francos merovingios.
 - 4.18.1. La familia de Clodoveo.
 - 4.18.2. La familia de Clotario.
 - 4.18.4. La familia de Sigeberto I y Chilperico I.

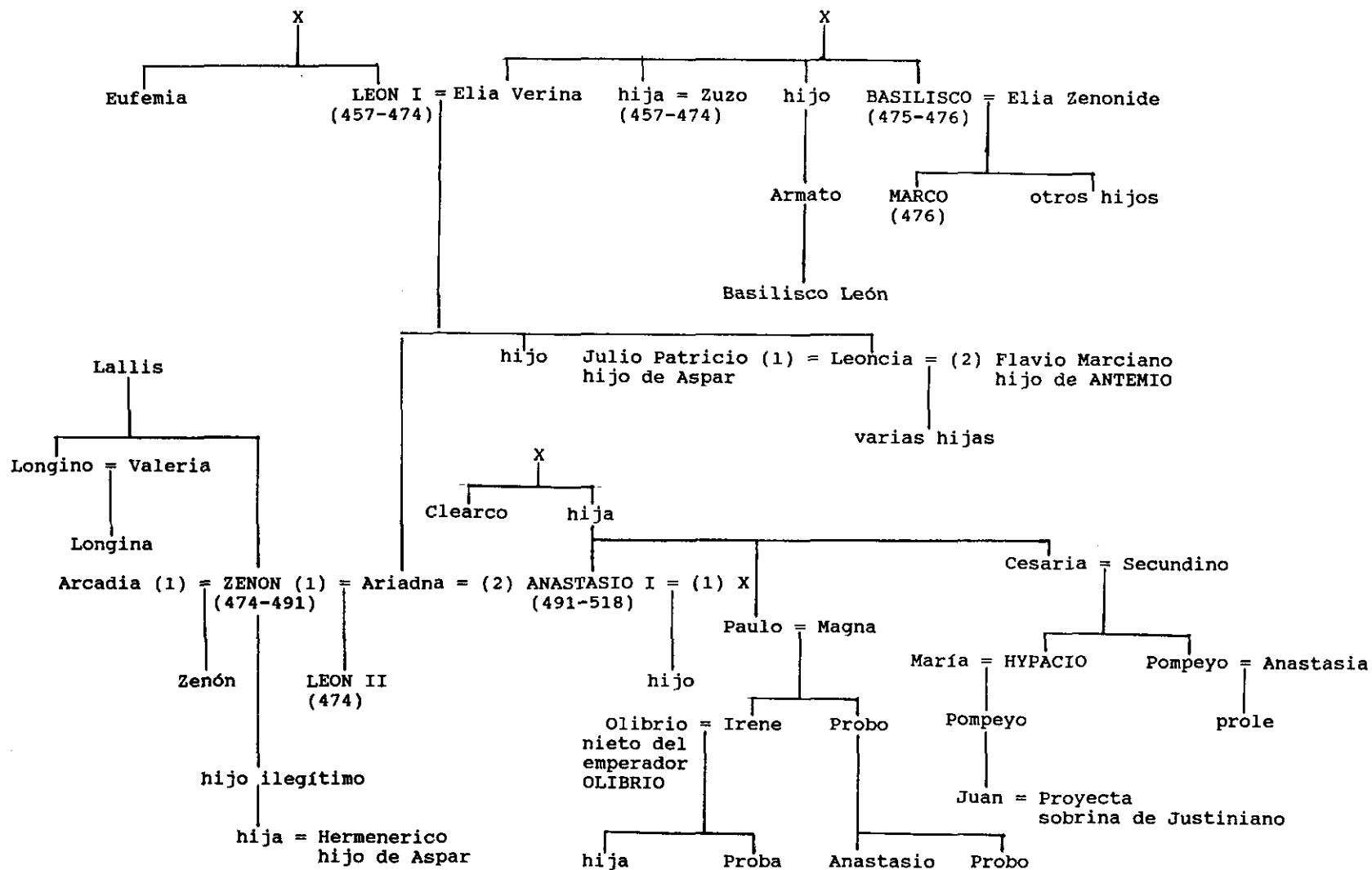
4.1. Familia valentiniano-teodosiana.



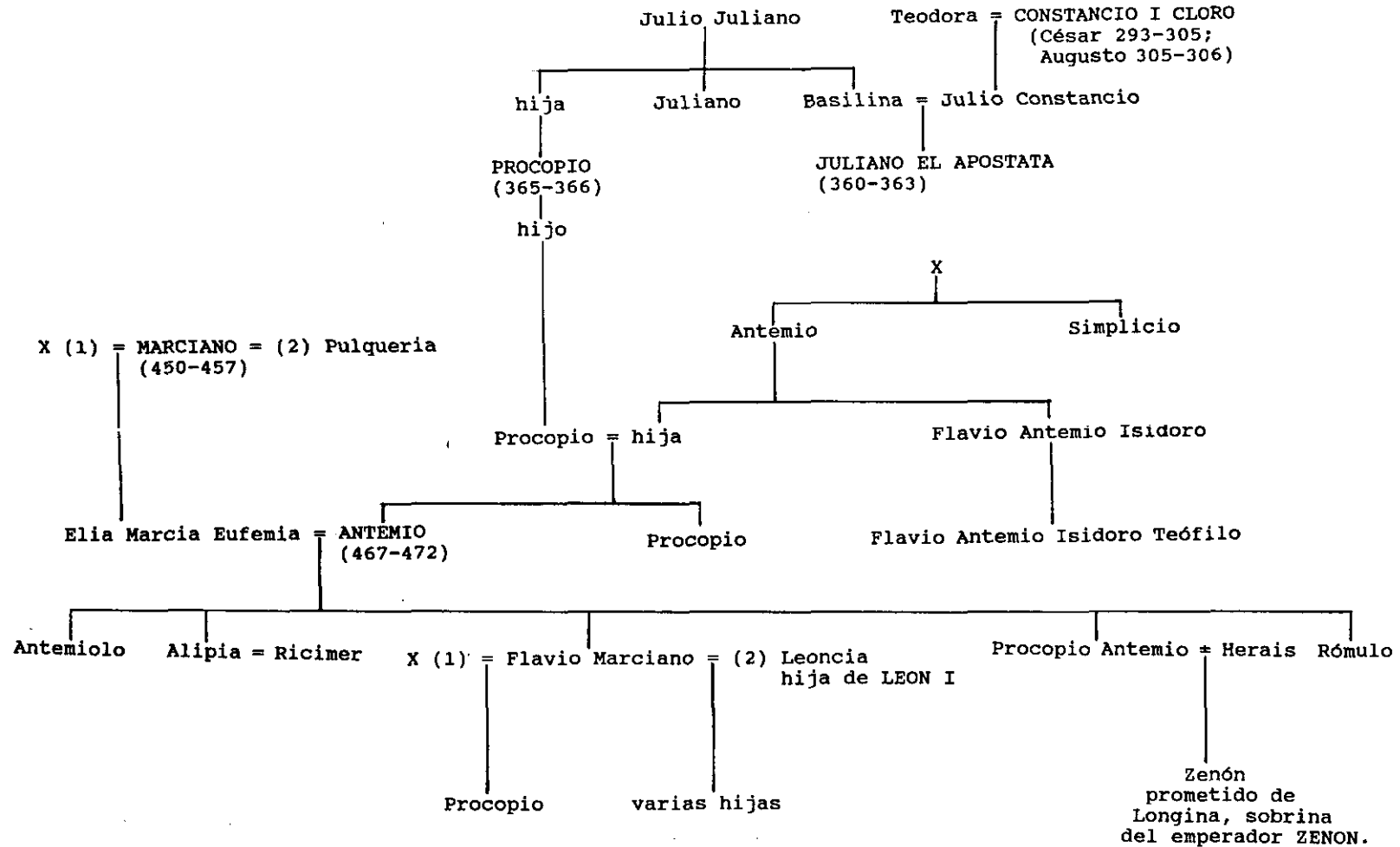
4.2. Familia de Avito.



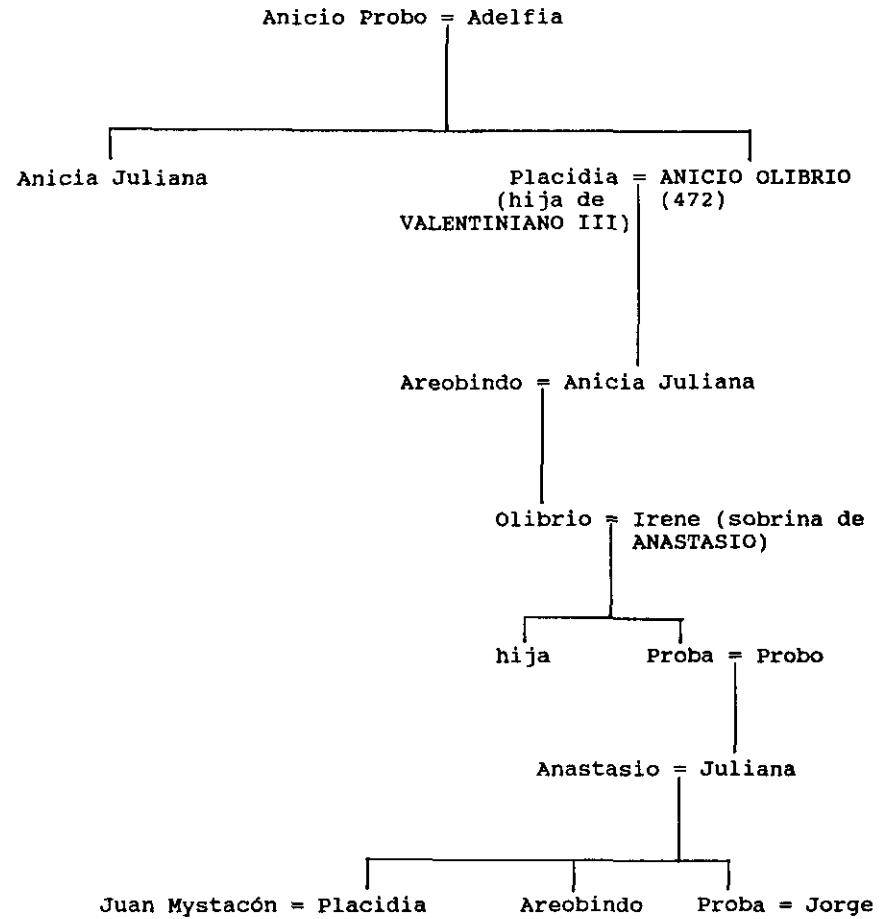
4.3. Familia de León I, Zenón y Anastasio.



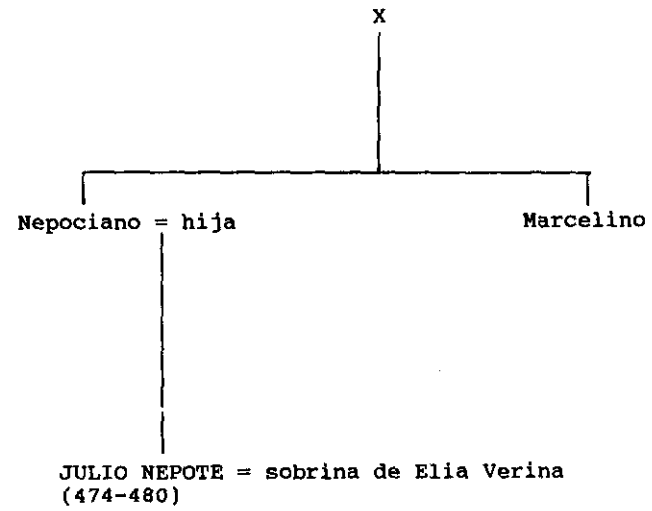
4.4. Familia de Antemio.



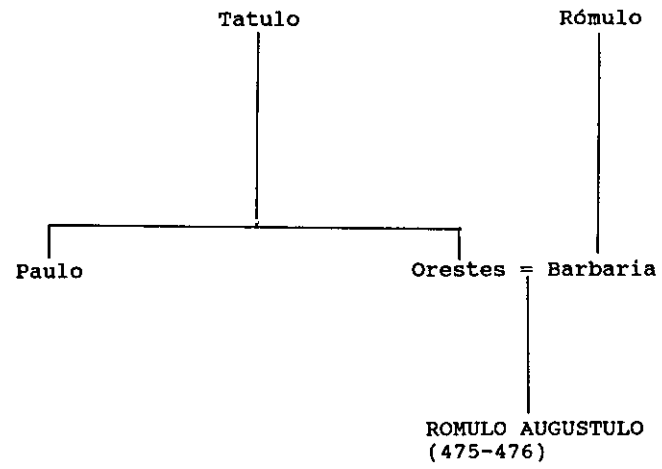
4.5. Familia de Olibrio.



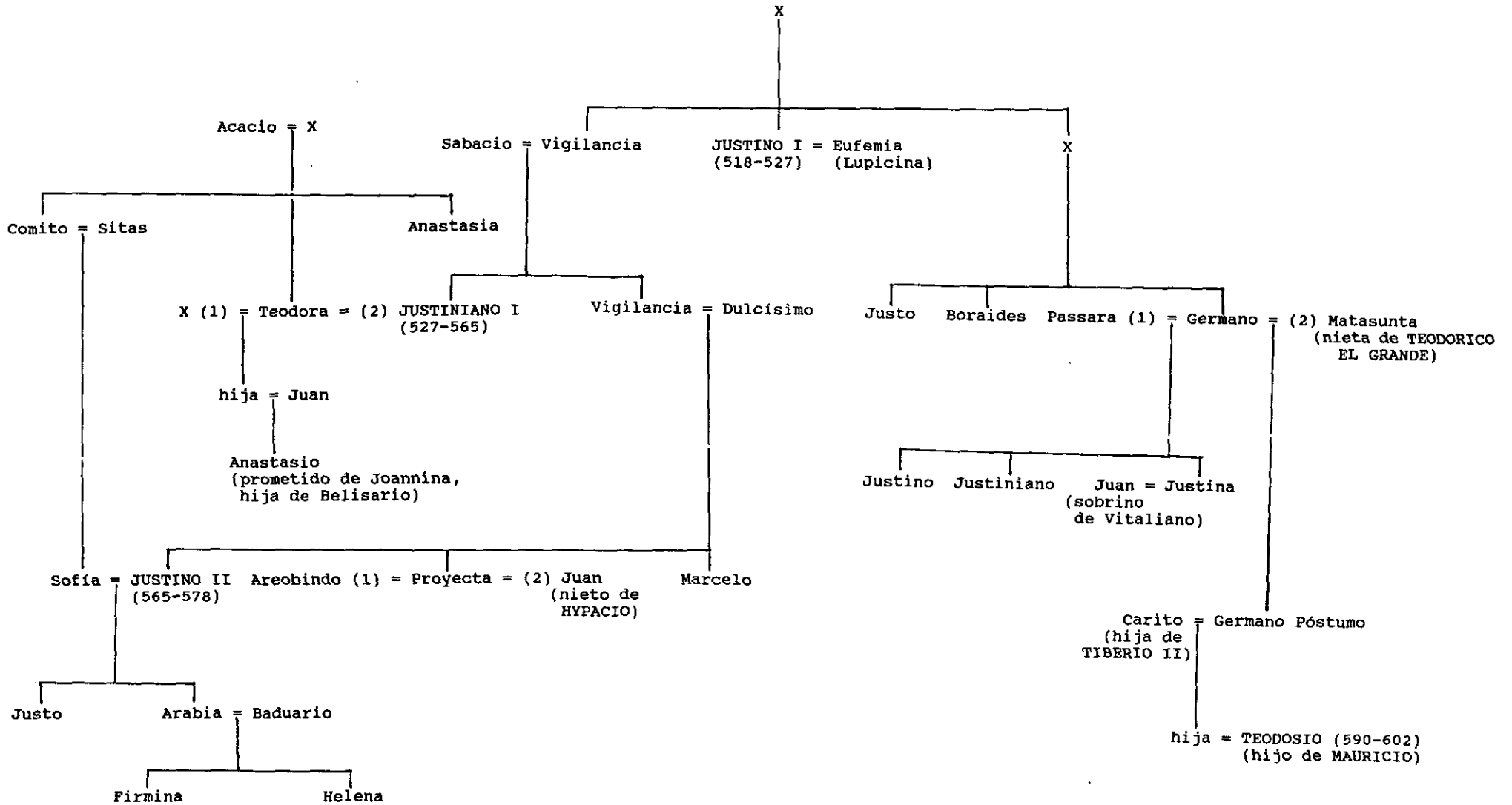
4.6. Familia de Julio Nepote.



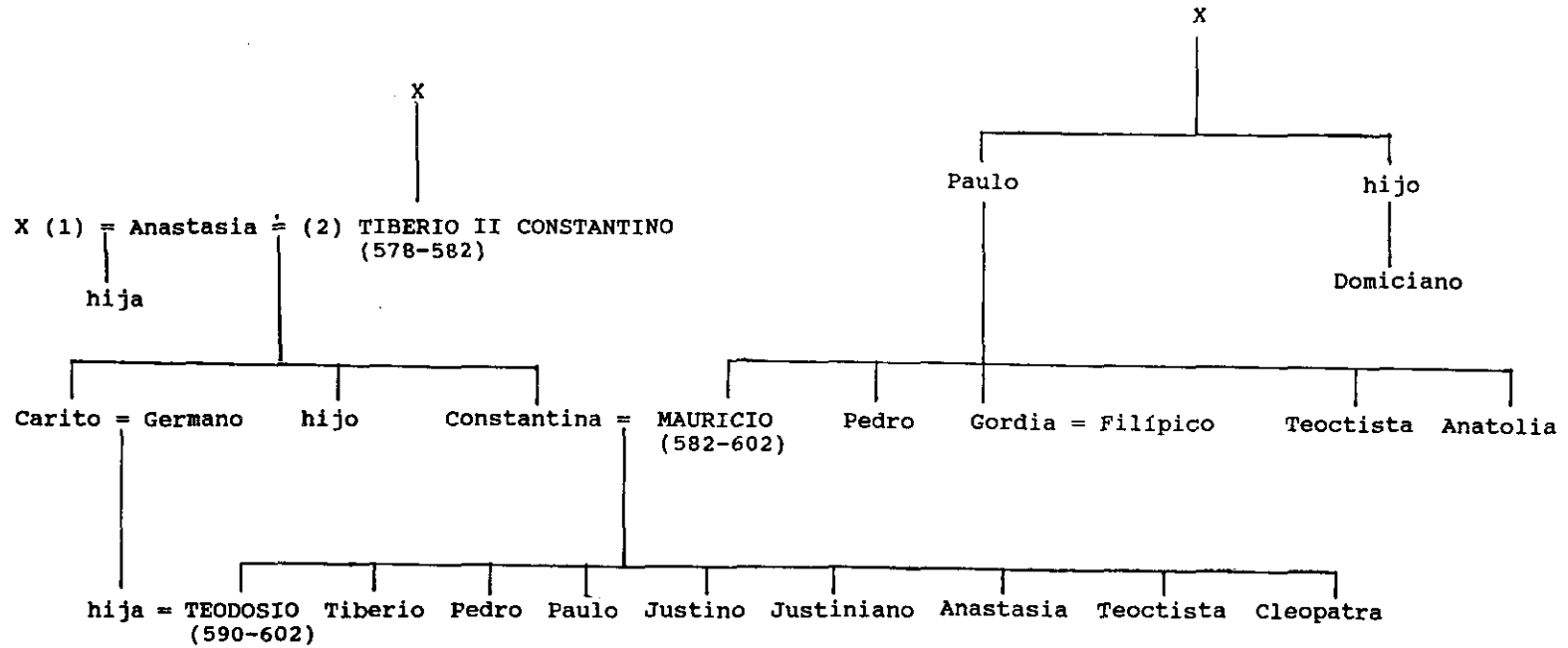
4.7. Familia de Rómulo Augústulo



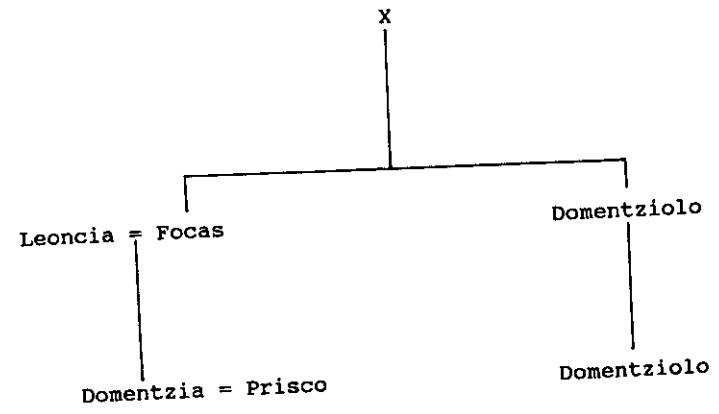
4.8. Familia justiniana.



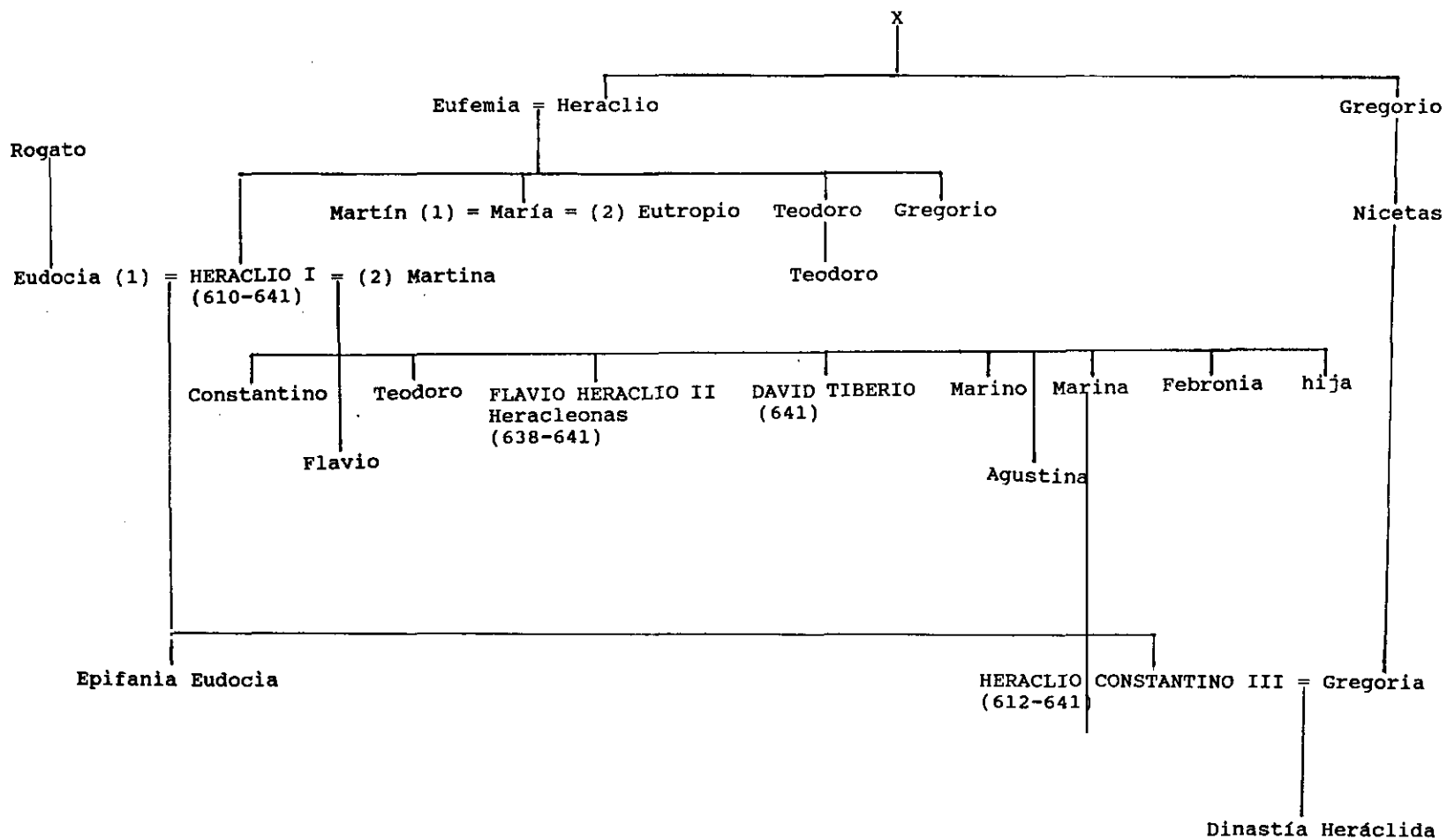
4.9. Familia de Tiberio II y Mauricio.



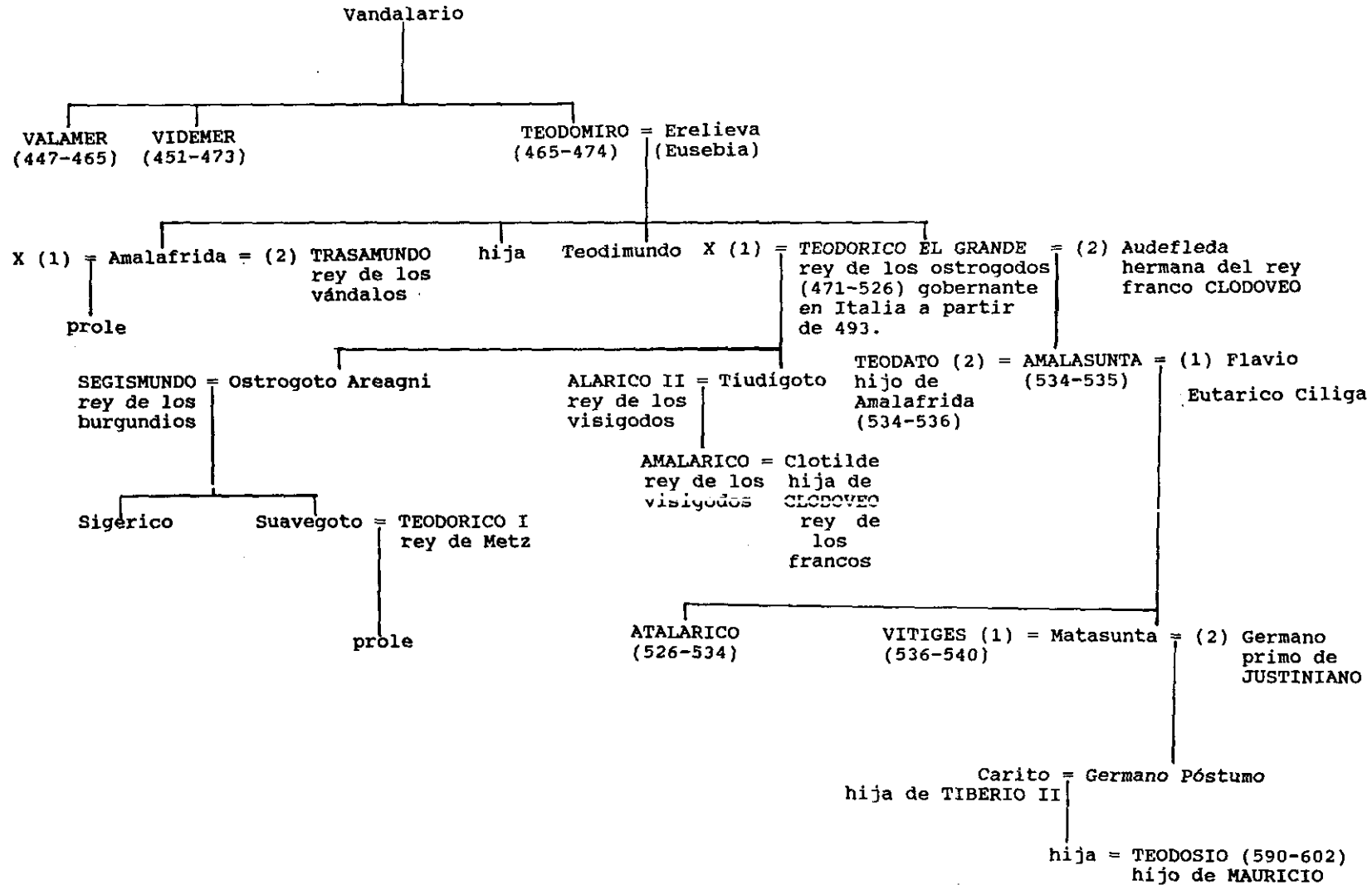
4.10. Familia de Focas.



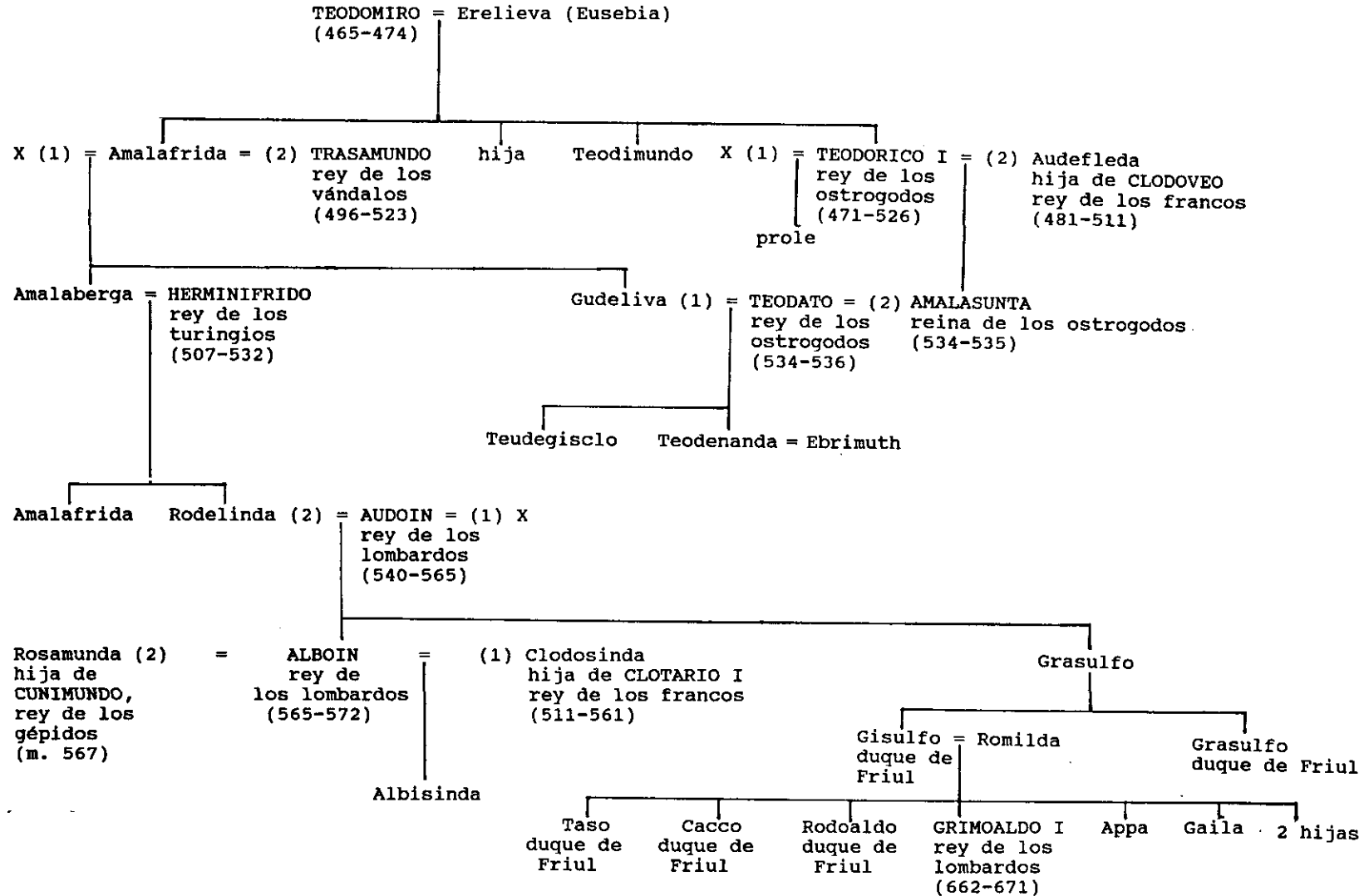
4.11. Familia de Heraclio I.



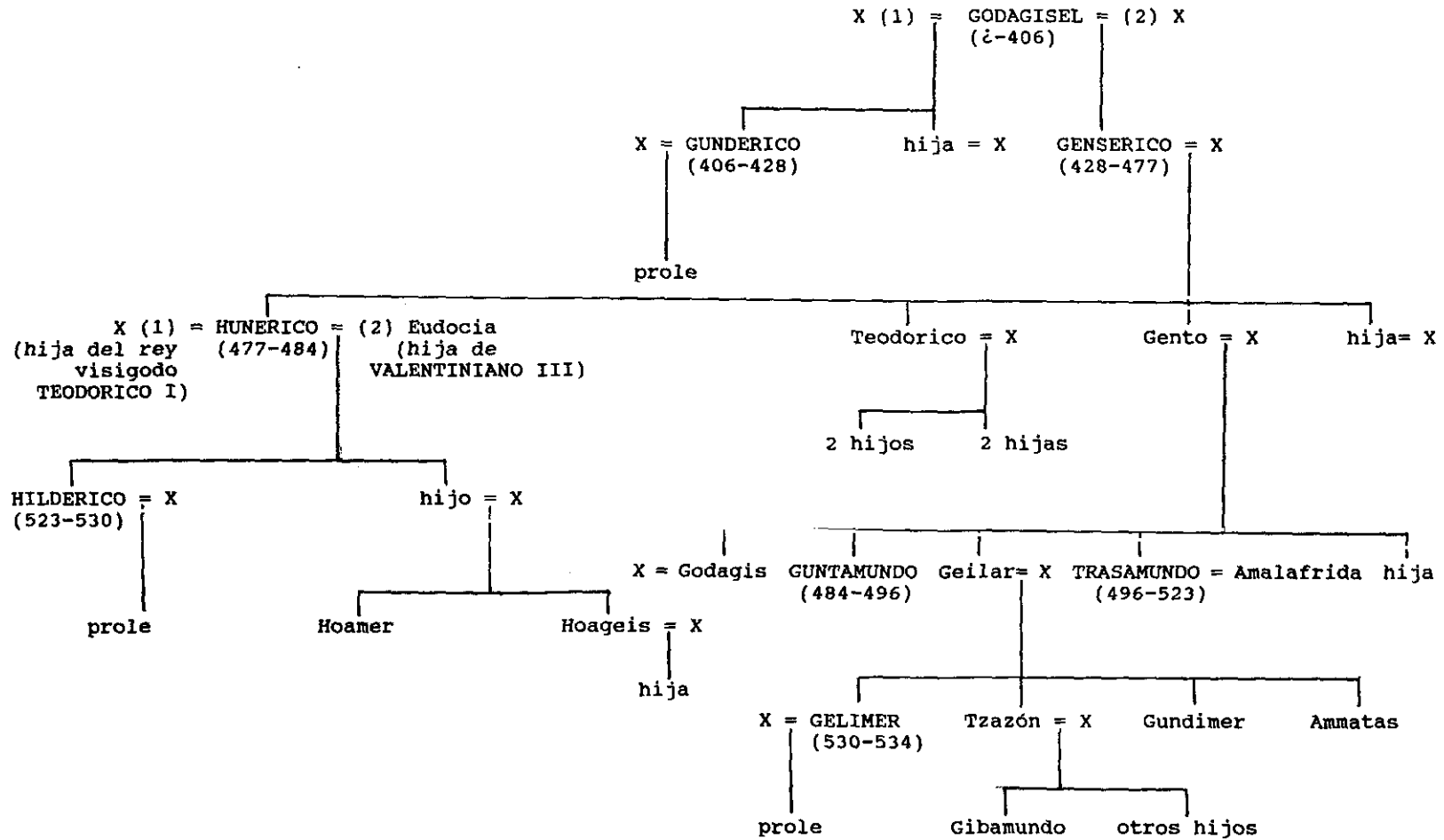
4.12. Linaje real de los Amalos.
1. La familia de Teodorico el Grande



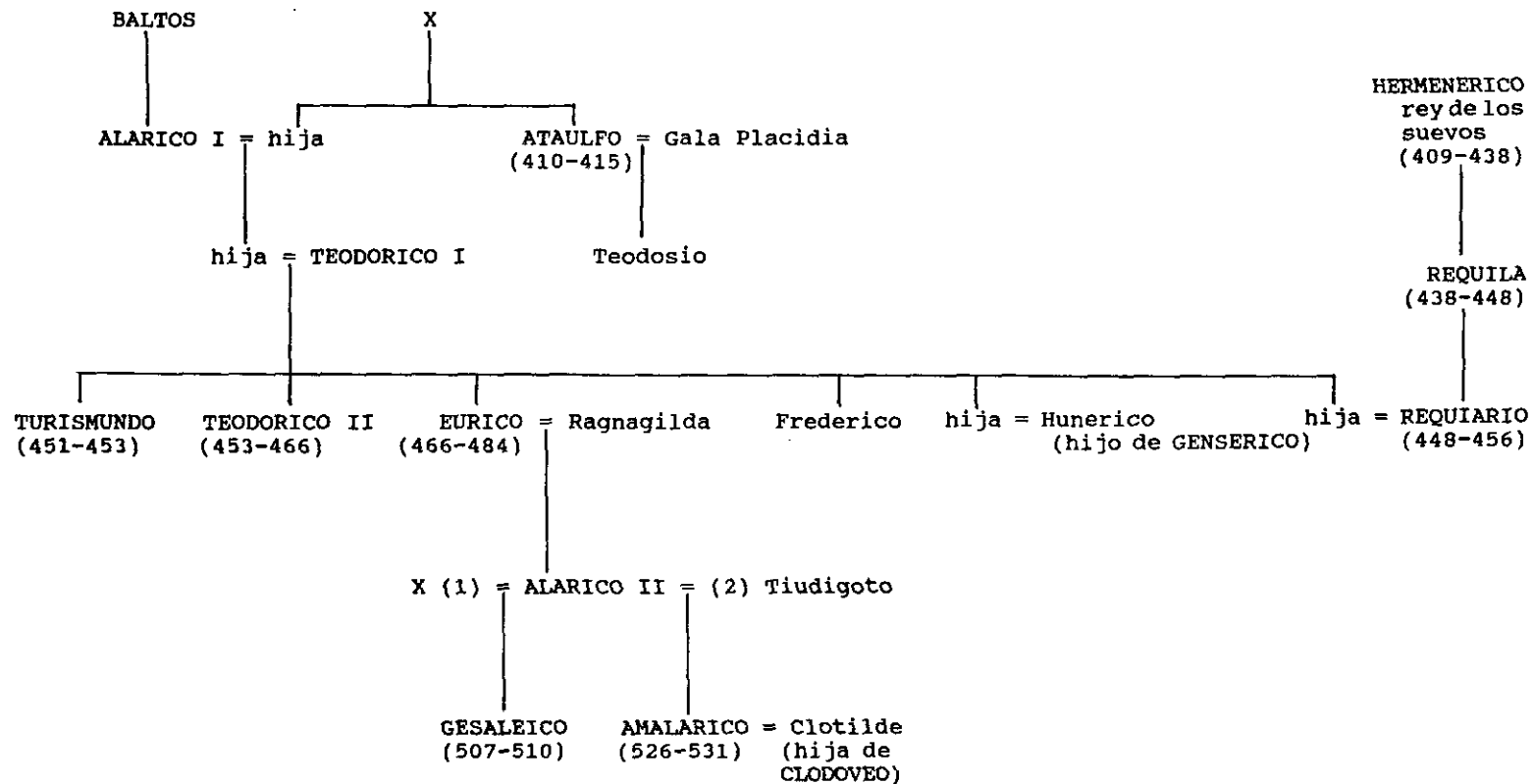
4.12. Linaje real de los Amalos.
2. La familia de Amalafrida.



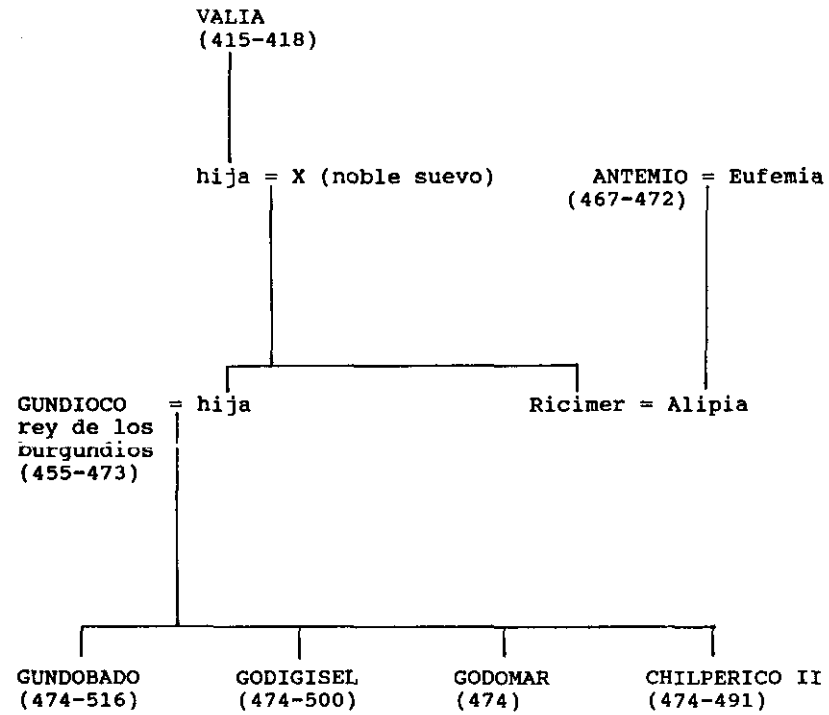
4.13. Linaje real de los Asdingos.



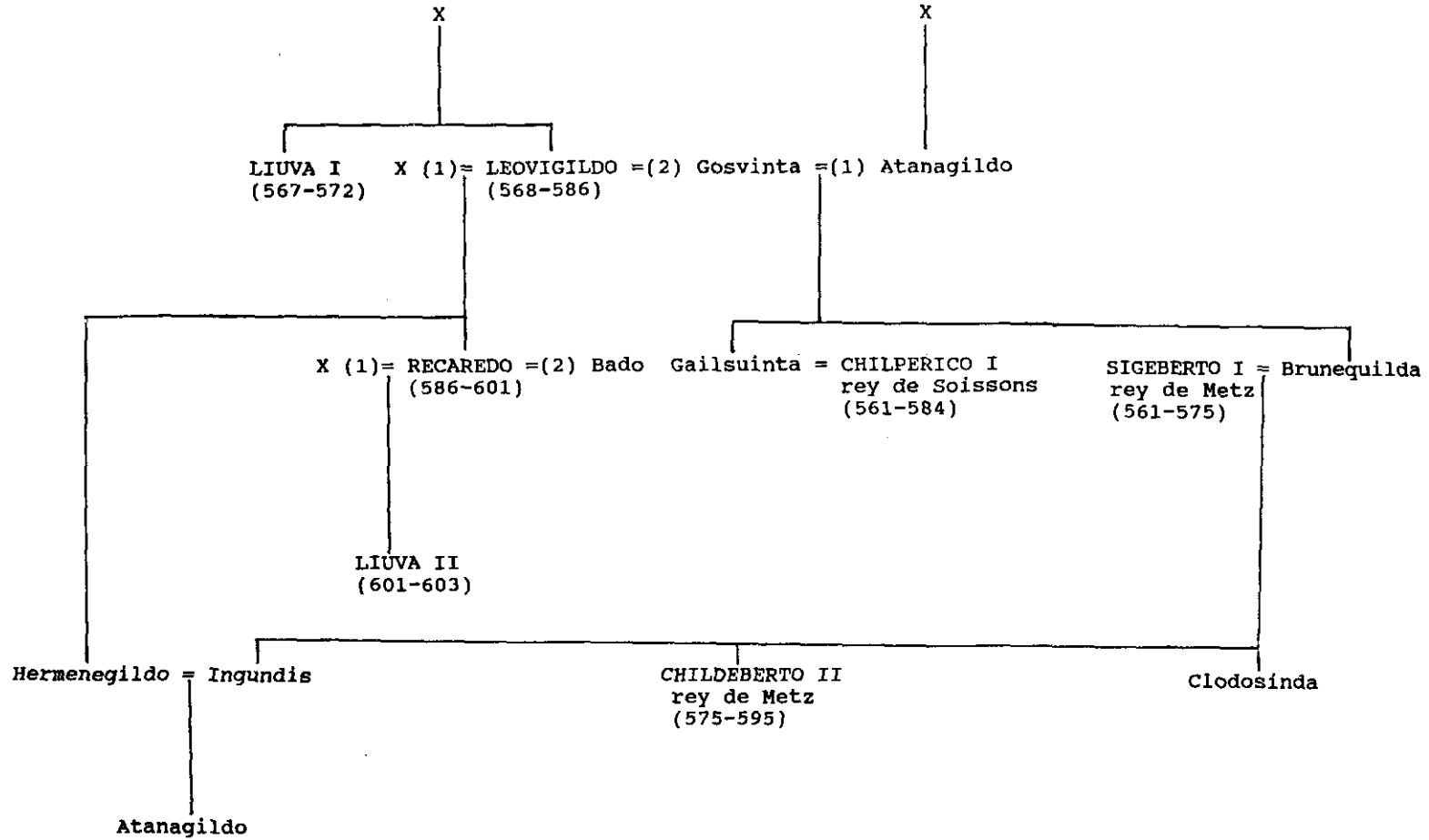
4.14. Linaje real de los Baltos.



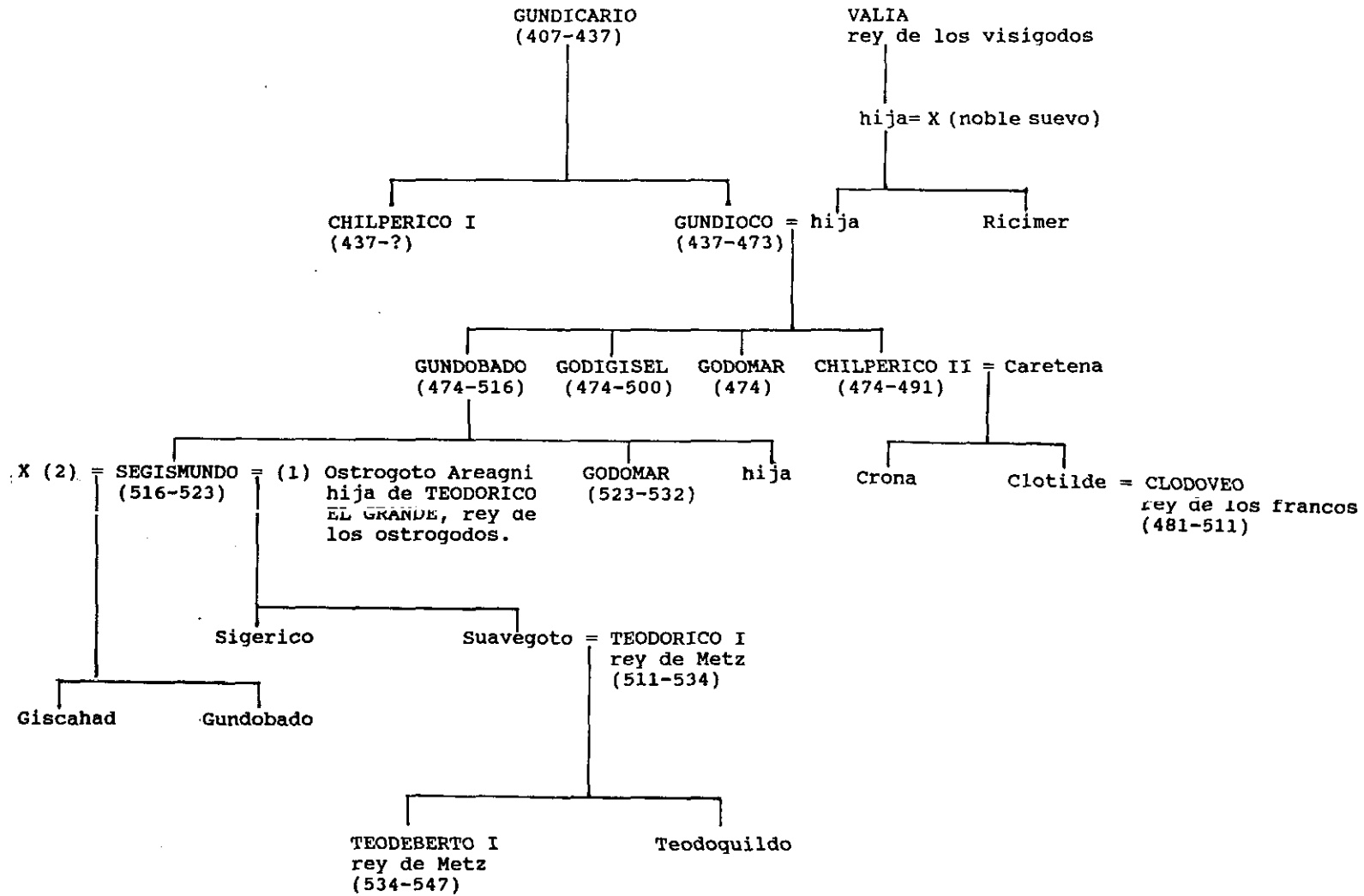
4.15. Familia de Valia.



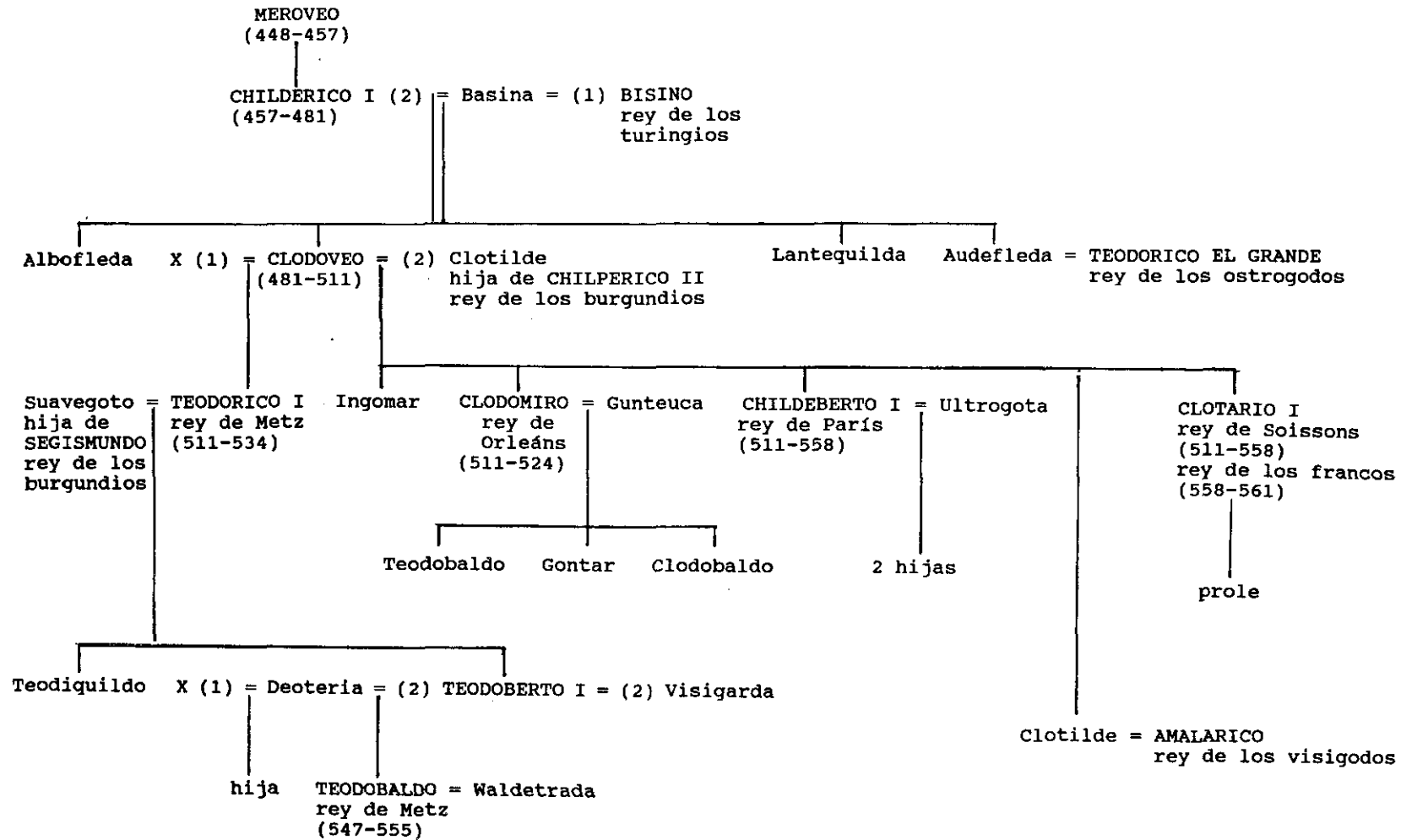
4.16. Familia de Atanagildo y Liuva I.



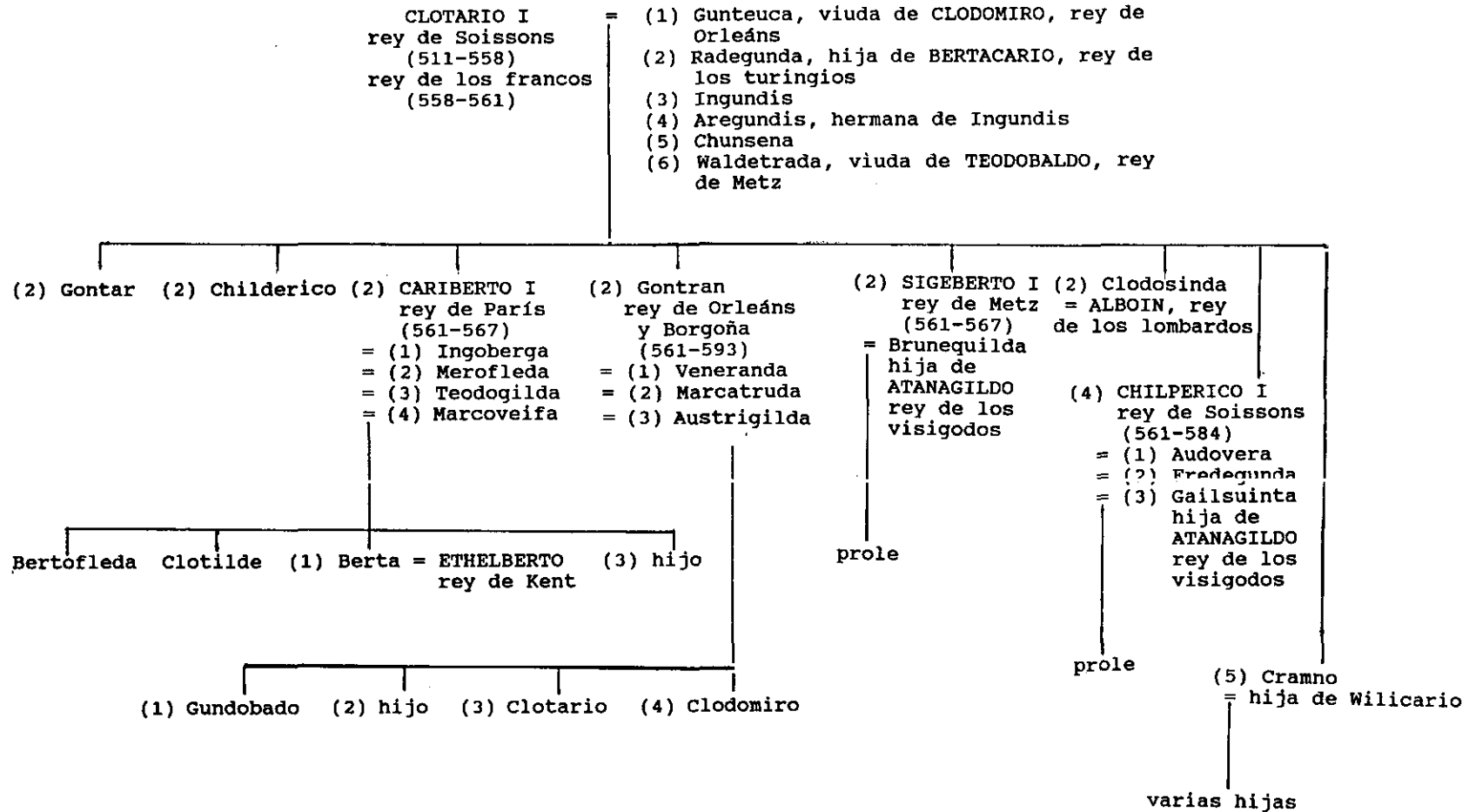
4.17. Linaje real burgundio.



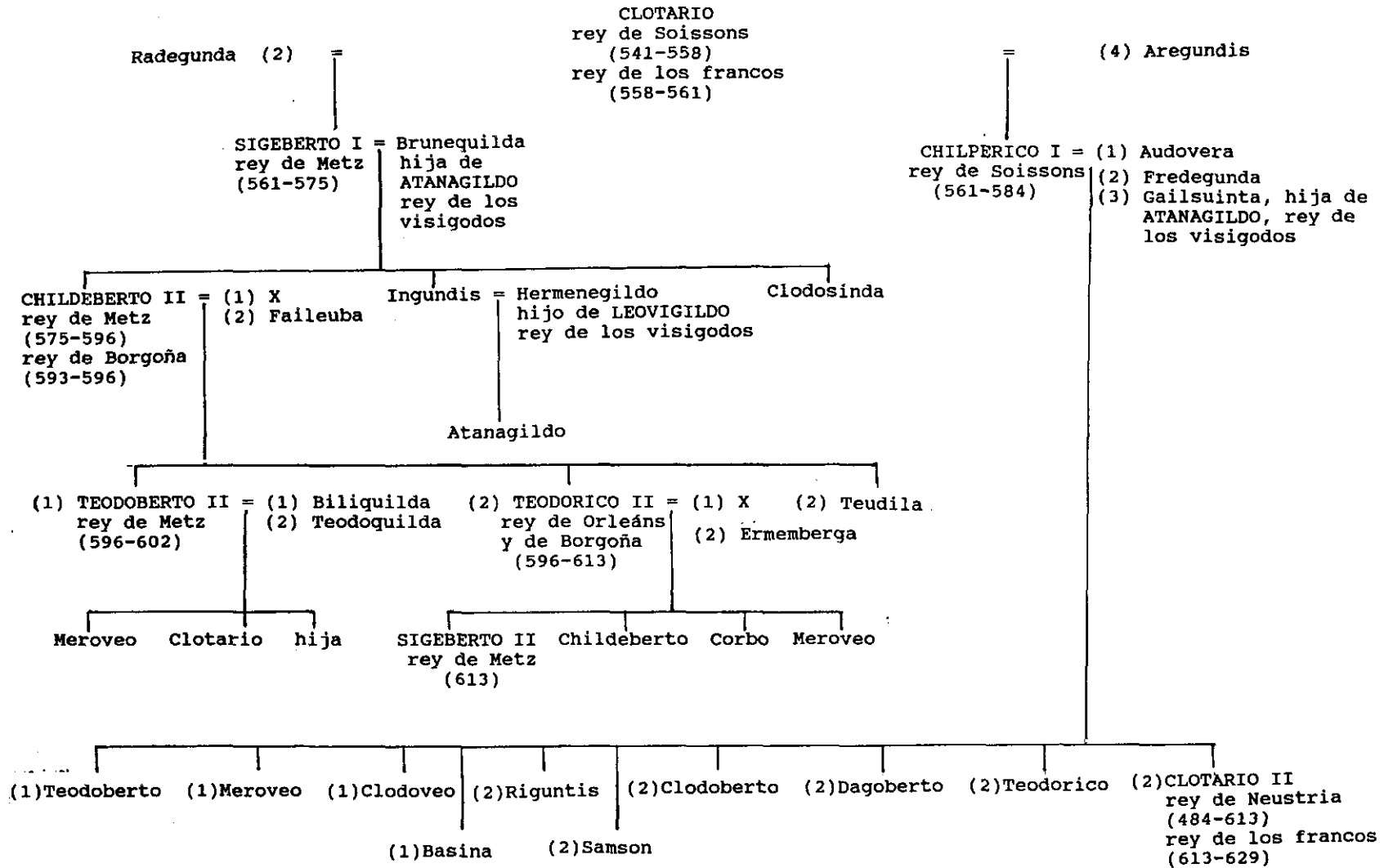
4.18. Linaje real de los francos merovingios.
1. La familia de Clodoveo



4.18. Linaje real de los francos merovingios.
2. La familia de Clotario I.



4.18. Linaje real de los francos merovingios.
3. La familia de Sigeberto I y Chilperico I.



5. Mapas.

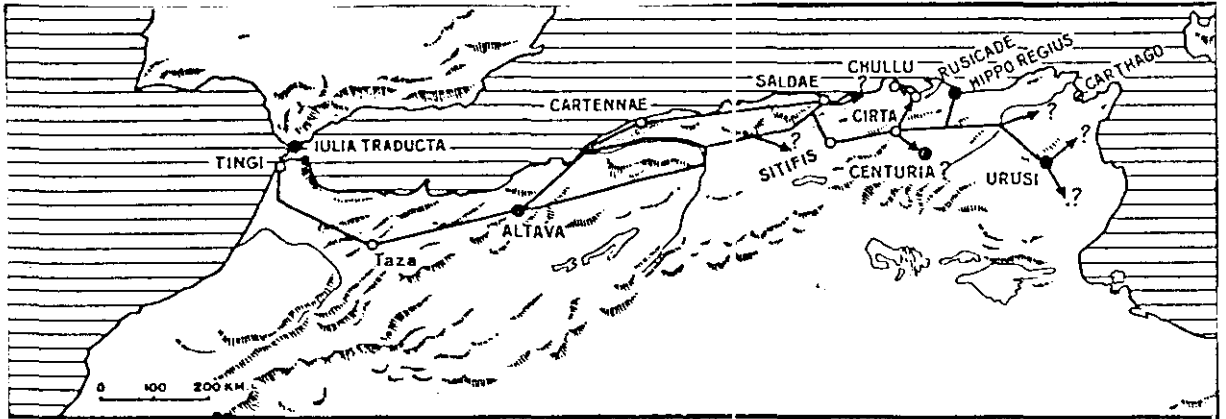
- 5.1. El Imperio romano en el año 390. Según E. Stein, Histoire du Bas-Empire, I, París, 1.959.
- 5.2. El Africa vándala. Según Ch. Courtois, Les vandales et l'Afrique, París, 1.955.
- 5.3. El Imperio romano hacia el año 560. Según E. Stein, Histoire du Bas-Empire, II, París, 1.949.
- 5.4. Italia y Africa en tiempos de Justiniano. Según E. Stein, op. cit.
- 5.5. La Península Ibérica bajo el reinado de Leovigildo. Según la Historia de España de Don Ramón Menéndez Pidal, III.1., España visigoda, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.991.

IMPERIUM ROMANUM

ANNO 390 P. CHR. N. (IN PRAELECTURAS DIOECESES PROVINCIAS DIVISVM)



EL ITINERARIO DE LOS VANDALOS

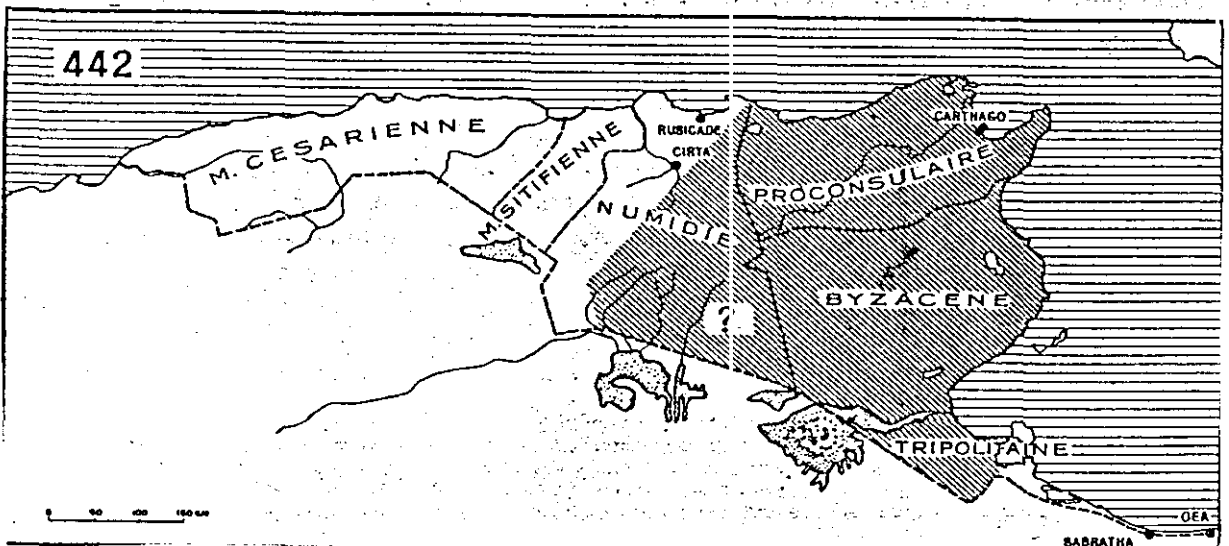
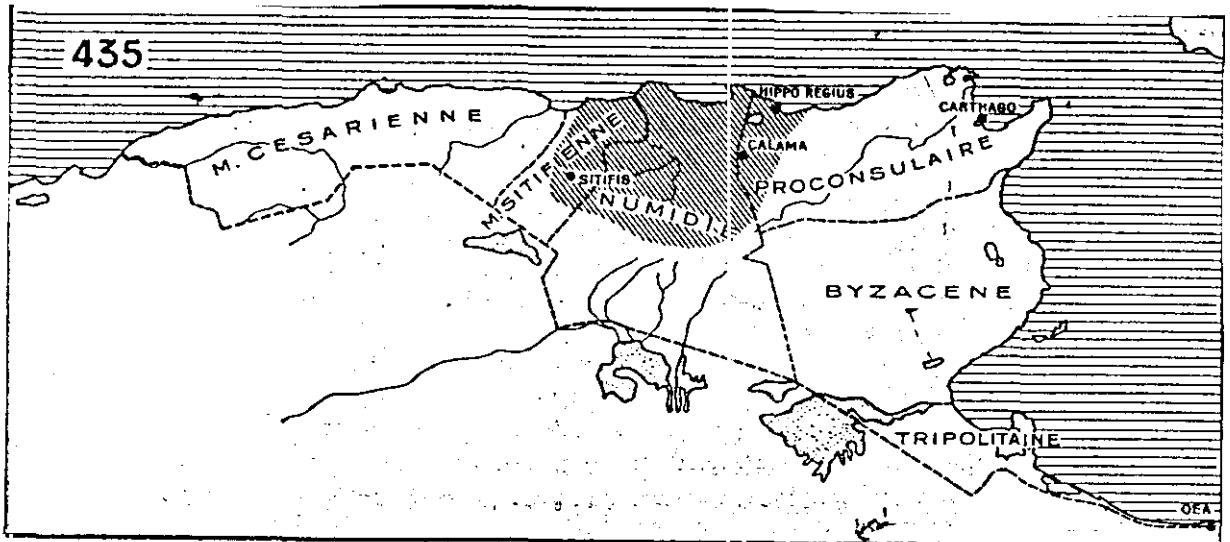


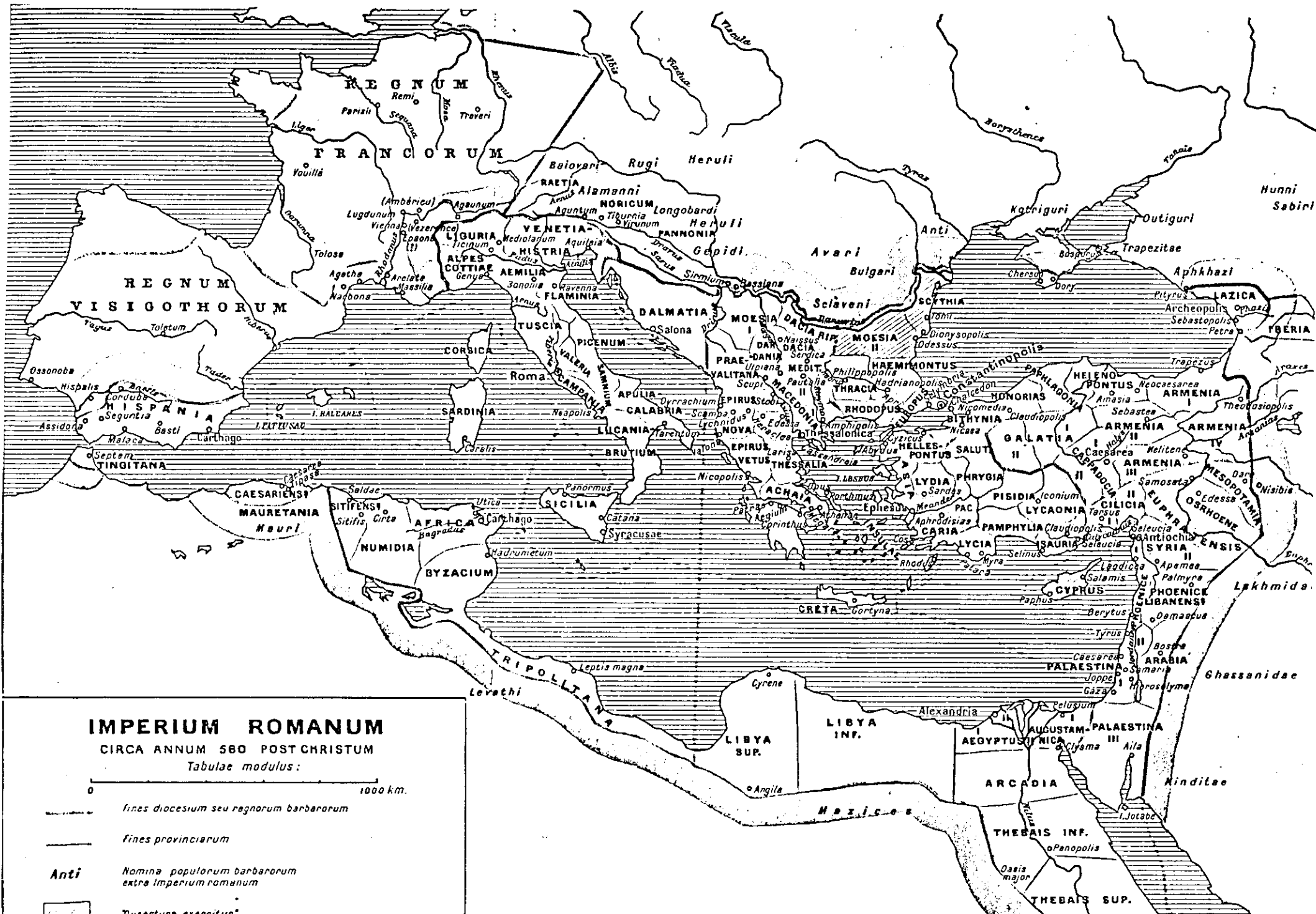
GOUVERNEMENT GÉNÉRAL DE L'ALGÈRE
Service Cartographique

J. N. BALEN Cartographe

● Localidades donde el paso de los vándalos se halla atestiguado por los textos.

ZONAS DE INSTALACION DE LOS VANDALOS DE ACUERDO CON LOS DOS TRATADOS FIRMADOS CON EL IMPERIO.





IMPERIUM ROMANUM

CIRCA ANNUM 560 POST CHRISTUM

Tabulae modulus:

0 1000 km.

--- fines diocesium seu regnorum barbarorum

— fines provinciarum

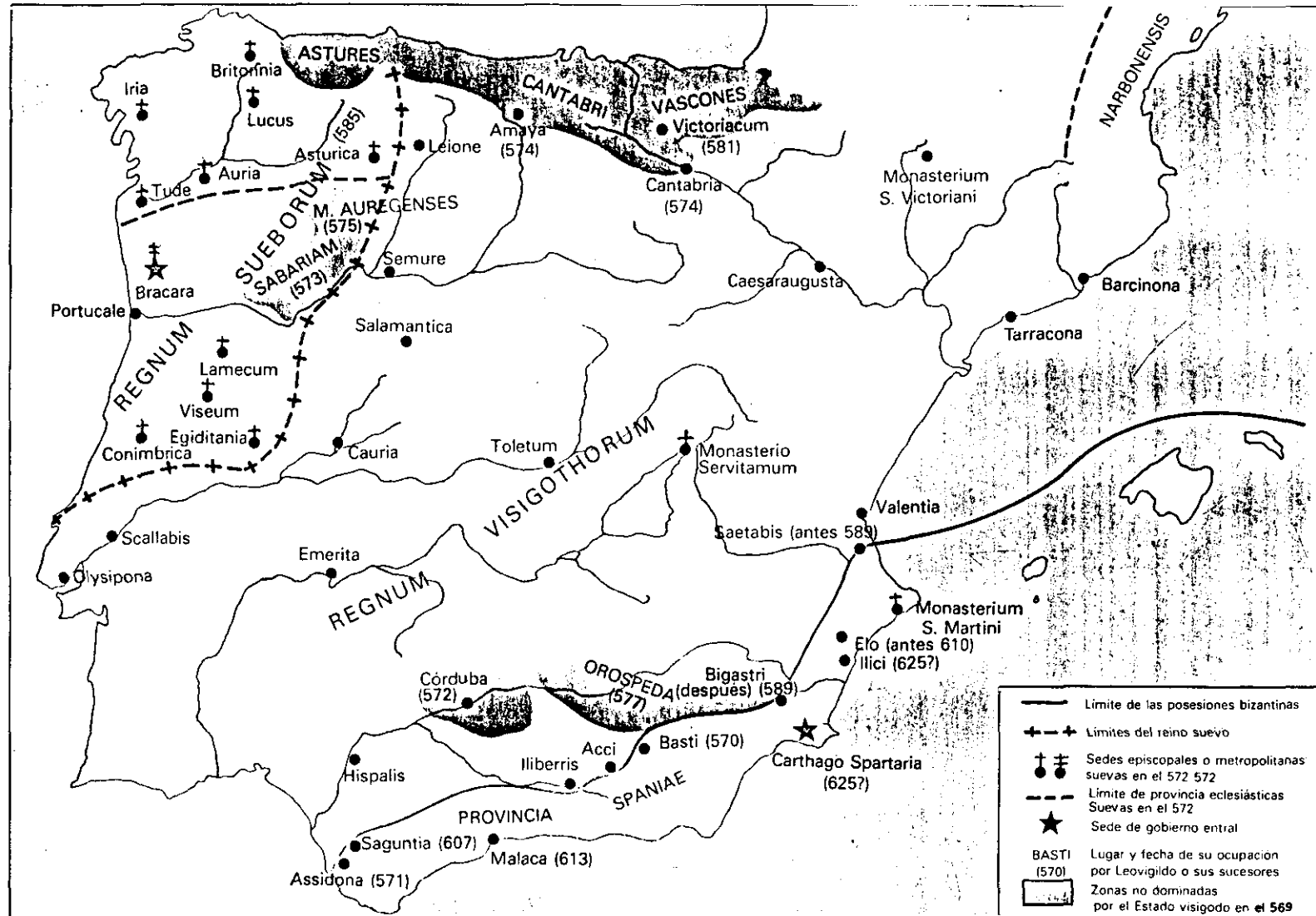
Anti Nomina populorum barbarorum extra Imperium romanum

□ "Quaestura exercitus"



ITALIA ET AFRICA

TEMPORE JUSTINIANI



La Península Ibérica bajo el reinado de Leovigildo.

ABREVIATURAS EMPLEADAS PARA CITAR COLECCIONES Y PUBLICACIONES PERIODICAS.

- AASS = Acta Sanctorum, ed. comenzada por J. Bollandus en 1.643 en Amberes, y continuada por la Compañía de Jesús, 65 vols., Amberes-Bruselas, 1.643-1.925.
- AB = Analecta Bollandiana.
- AC = Antigüedad y Cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía.
- AE = L'Année épigraphique.
- AEA = Archivo Español de Arqueología.
- AHR = American Historical Review.
- AnnESC = Annales. Économies, Sociétés, Civilisations.
- Byz. = Byzantion. Revue internationale des études byzantines.
- Byz. Ztschr. = Byzantinische Zeitschrift.
- CChr. = Corpus Christianorum seu nova Patrum collectio, Turnholt-París, 1.953 y ss.
- CIL = Corpus Inscriptionum Latinarum, Berlín, 1.861 y ss.
- Coll. Avell. = Collectio Avellana: epistula imperatorum, pontificum, aliorum A. D. 367-553, ed. O. Guenther, CSEL, XXXV, Viena, 1.895-1.898.
- CQ = Classical Quarterly.
- CRAI = Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres.
- CSCO, (Scr. Syr.) = Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium, (Scriptores Syri), París, 1.903 y ss.
- CSEL = Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum, Viena, 1.866

y ss.

CSHB = Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae, 50 vols. Bonn, 1.828-1.897.

Ep. Rom. Pont. = Epistolae Romanorum Pontificum genuinae, ed. A. Thiel, Braunsberg, 1.867.

ES = España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de las Iglesias de España, ed. E. Flórez (vols. 1-29), Madrid, 1.745-1.775; continuada por P. Risco (vols. 30-42), A. Merino, J. de La Canal, P. Sainz de Baranda y V. de la Fuente y hasta nuestros días por la Real Academia de la Historia.

FHA = Fontes Hispaniae Antiquae, 9 vols, Barcelona, 1.935-1.959.

FHG = Fragmenta Historicorum Graecorum, ed. C. Mueller, París, 1.841-1.884.

Gr. Schr. = Die Griechischen Christlichen Schriftsteller der ersten Jahrhunderte, Berlín, 1.897 y ss.

HA = Hispania Antiqua.

HGM = Historici Graeci Minores, ed. L. Dindorf, Teubner, 2 vols., Leipzig, 1.870-1.871.

IHC = Inscriptiones Hispaniae Christianae, ed. E. Hübner, Berlín, 1.871.

ILS = Inscriptiones Latinae Selectae, ed. H. Dessau, 3 vols., Berlín, 1.892-1.916.

Itin. Rom. = Itineraria Romana, I, ed. O. Cuntz, Teubner, Leipzig, 1.929; II, ed. J. Schnetz, Teubner, Leipzig, 1.940.

JRS = Journal of Roman Studies.

JThS = Journal of Theological Studies.

DOP = Dumbarton Oaks Papers.

Loeb = Loeb Classical Library.

MGH = Monumenta Germaniae Historica.

MGH, AA = Monumenta Germaniae Historica, Auctores Antiquissimi, 15 vols., Berlín, 1.877-1.919.

MGH, Chron. Min. = Monumenta Germaniae Historica, Chronica Minora, 3 vols., Berlín, 1.892-1.898.

- MGH, EMKA = Monumenta Germania Historica, Epistolae Merovingici et Karolini aevi, 6 vols., Berlín, 1.892-1.939.
- MGH, Ep. = Monumenta Germaniae Historica, Epistolae, 8 vols., Berlín, 1.887-1.939.
- MGH, GPR = Monumenta Germania Historica, Gesta Pontificum Romanorum, 1 vol., Berlín, 1.898.
- MGH, LNG = Monumenta Germania Historica, Leges Nationum Germanicarum, Hannover-Leipzig, 1.892 y ss.
- MGH, SRL = Monumenta Germaniae Historica, Scriptorum rerum Langobardicarum et Italicarum saec. VI-IX, Hannover, 1.878.
- MGH, SRM = Monumenta Germaniae Historica, Scriptorum rerum Merovingicarum, 7 vols., Hannover, 1.885-1.951.
- MANSI = MANSI, J.-D., Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio, 31 vols., Florencia-Venecia, 1.759-1.798; repr. fotomec. completada hasta 1.902 por J. B. Martin y L. Petit, 53 vols., París, 1.902-1.927.
- NMS = Nottingham Medieval Studies.
- PG = Patrologiae cursus completus. Series graeca, ed. J.-P. Migne, 161 vols., París, 1.844-1.864.
- PL = Patrologiae cursus completus. Series latina, ed. J.-P. Migne, 221 vols., París, 1.844-1.864.
- PLRE = Prosopography of the Later Roman Empire, 3 vols., Cambridge, 1.971-1.992.
- RE = Real-Encyklopaedie der Klassischen Altertumswissenschaft, ed. A. Pauly, G. Wissowa y W. Kroll, Stuttgart, 1.893 y ss.
- REB = Revue des études byzantines.
- REG = Revue des études grecques.
- SC = Sources chrétiennes, París, 1.941 y ss.
- SCHH = Studies in Church History.
- Suppl. = Patrologiae cursus completus. Supplementum, ed. A. Hamman, 4 vols.
- Teubner = Bibliotheca Scriptorum graecorum et romanorum Teubneriana.

VIVES = VIVES, J., MARIN, T. y MARTINEZ, G., Concilios visigóticos e hispano-romanos, Barcelona-Madrid, 1.963.

FUENTES.

- Act. procons. S. Cypr. = Acta proconsularia Sancti Cypriani, ed. D. Ruíz Bueno, Actas de los mártires, BAC, Madrid, 1.963, pp. 756-761.
- Act. Syn. Rom. = Acta Synhodorum habitarum Romae, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XII, Berlín, 1.894, pp. 396-455.
- Acta Minora SS. Perp. et Fel. = Acta Minora Sanctarum Perpetuae et Felicitatis, ed. D. Ruíz Bueno, Actas de los mártires, BAC, Madrid, 1.963, pp. 448-451.
- Add. ad Prosp. Havn. = Additamenta ad Prosperum Havniensem, (in textu), ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, pp. 298-304; (in marginē), Ibid., pp. 299-302.
- AGATH., Hist. = AGATHIAE, Historiarum libri V, ed. L. Dindorf, HGM, II, Teubner, Leipzig, 1.871, pp. 132-392.
- AGN., Lib. Pont. Eccl. Rav. = AGNELLI qui et ANDREAS, Liber Pontificalis Ecclesiae Ravennatis, ed. O. Holder-Egger, MGH, SRL, Hannover, 1.878, pp. 265-391.
- Ajbar Machmuá, ed. y trad. esp. E. Lafuente y Alcántara, Madrid, 1.867.
- AL-DABBI, Kitáb Buḡyat al-Multamis, ed. F. Codera y J. Ribera, Biblioteca Arabico Hispana, Madrid, 1.885.
- AL-MAQQARI, Analectes sur l'histoire et la littérature des arabes d'Espagne, ed. R. Dozy, G. Dugat, L. Krehl y G. Wright, 4 vols., Leyden, 1.855-1.861.
- AL-'UDRI, Nuṣūs 'an al-Andalus min Kitáb Tarsī' al-ajbâr, ed. Al-Ahwani, Madrid, 1.965.
- ALC. AVIT., Ep. = ALCIMI ECDICII AVITI, Epistolae, ed. R. Peiper, MGH, AA, VI.2, Berlín, 1.883, pp. 29-103.
- AMBR., De ob. Theod. = AMBROSII MEDIOLANSIS EPISCOPI, De obitu Theodosi, ed. J.-P. Migne, PL, XVI, cols. 1.385-1.406.
- _____, Exp. in Luc. = Expositio evangelii secundum Lucae, ed. J.-P. Migne, PL, XV, cols. 1.527-1.850.

- AMM. = AMMIANI MARCELLINI, Res Gestae, ed. V. Gardthausend, Teubner, 2 vols., Leipzig, 1874; ed. y trad. ingl. J. C. Rolfe, Loeb, 3 vols., Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.935-1.940.
- Anon. Val. = Anonymus Valesianus, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 7-11; 306-328; ed. y trad. ingl. G. P. Goold, Ammianus Marcellinus, III, Loeb, Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.939, pp. 508-569.
- Anth. Pal. = Anthologia Palatina, ed. F. Jacobs, 3 vols., Leipzig, 1.813-1.817; ed. G. P. Goold, The Greek Anthology, Loeb, 16 vols., Londres-Cambridge, Massachusetts, 1916 y ss.
- ATH., De synodis = ATHANASII, De synodis, ed. J.-P. Migne, PG, XXVI, cols. 681-794.
- Auct. Prosp. Havn. = Auctarium Prosperi Havniensis, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., II, Berlín, 1.892, pp. 307-339 (citado también como Auct. Havn. ordo prior, Auct. Havn. ordo post(erior), Auct. Havn. marg(inalia), Auct. Havn. ordinis post(erior) marg(inalia), Auct. Hav. Estr(ema)).
- Auct. Prosp. Havn. ad ed. a. 455 anni 466 = Auctarium Prosperi Havniensis ad editum a. 455 anni 466, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 492-493.
- AUGUST., Civ. Dei = SANCTI AURELII AUGUSTINI HIPPONENSIS EPISCOPI, De Civitate Dei, ed. y trad. esp. S. Santamaría del Río y M. Fuertes Lanero, BAC, 2 vols., Madrid, 1.988.
- _____, De urb. exc. = De urbis excidio, ed. J.-P. Migne, PL, XL, cols. 715-724.
- _____, Ep. = Epistolae, ed. J.-P. Migne, PL, XXXIII; ed. y trad. esp. L. Cilleruelo, BAC, 2 vols., Madrid, 1.953.
- _____, Sermo. = Sermones, ed. J.-P. Migne, PL, XXXVIII-XXXIX.
- AUR. VICT., Hist. Abbrev. = SEXTI AURELII VICTORIS, Historiae Abbreviatae, ed. y trad. fr. P. Dufraigne, Les Belles Lettres, París, 1.975.
- BEDAE, Chron. = BEDAE, Chronicae, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XIII

- = Chron. Min., III, Berlín, 1.898, pp. 247-333.
- BOETHII, Cons. Phil. = ANICII MANLII SEVERINI BOETHII, De consolatione philosophiae, ed. G. Weinberger, CSEL, LXVII.4, Viena, 1.934.
- BRAUL., Praenot. = BRAULIONIS CAESARAUGUSTANI EPISCOPI, Praenotatio librorum Isidori, ed. J.-P. Migne, PL, LXXXII, cols., 65-70.
- CALLIN., Vit. Hyp. = CALLINICI MONACHI, Vita Sancti Hypatii, ed. Seminarii Philologorum Bonnensis Sodales, Teubner, 1.895; trad. fr. A.-J. Festugière, París, 1.971.
- CAND., Frag. = CANDIDI, Fragmentum, ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 135-137; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 441-445.
- CAPREOL., Ep. pr. = CAPREOLI, Epistola prima ad Concilium Ephesinum, ed. J.-P. Migne, PL, Suppl., III.1, cols. 259-260.
- Catalogus Farfensis = Catalogus imperatorum, regum Italicorum, ducum Beneventanorum et Spoletinorum Farfensis, ed. O. Holder-Egger, MGH, SRL, Hannover, 1.878, pp. 521-523.
- CASSIOD., Chron. = CASSIODORI SENATORIS, Chronica ad a. DXIX, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 120-161.
- _____, Inst. Div. = De institutione divinarum litterarum, ed. J.-P. Migne, PL, LXX, cols. 1.105-1.150.
- _____, Var. = Variae, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XII, Berlín, 1.894, pp. 1-385.
- Chron. Caesaraug. rel. = Chronicorum Caesaraugustanorum reliquiae a. CCCCL-DLXVIII, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 222-223.
- Chron. Gall. = Chronica Gallica ad a. CCCCLII et DXI, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 629-666.
- Chron. Pasch. = Chronicon Paschale, ed. L. Dindorf, CSHB, XVI-XVII, Bonn, 1.832.

- CJ = Codex Justinianus, ed. P. Krueger, CJC, II, Berlín, 1.877.
- CJC = Corpus Juris Civilis, I: Institutiones. Digesta, ed. T. Mommsen y P. Krueger, Berlín, 1.872; II: Codex Justinianus, ed. P. Krueger, Berlín, 1.877; III: Novellae, ed. R. Schoell y W. Kroll, Berlín, 1.895.
- CLAUD., De bello Gild. = CLAUDII CLAUDIANI, De bello Gildoniaco, ed. T. Birt, MGH, AA, X, Berlín, 1.892, pp. 54-73.
- _____, Bell. Pollent. = De bello Pollentino sive Gothico, Ibid., pp. 259-283.
- _____, De cons. Stil. = De consulatu Stilichonis, Ibid., pp. 189-233.
- _____, De quarto cons. Hon. = De quarto consulatu Honorii Augusti, Ibid., pp. 150-174.
- _____, De tertio cons. Hon. = De tertio consulatu Honorii Augusti, Ibid., pp. 140-149.
- _____, Epith. de nupt. Hon. = Epithalamium de nuptiis Honorii Augusti, Ibid., pp. 125-139.
- _____, In Eutrop. = In Eutropium, Ibid., pp. 74-118.
- _____, In Ruf. = In Rufinum, Ibid., pp. 17-53.
- Cod. Euric. = Codicis Euricani fragmenta, ed. K. Zeumer, MGH, Legum Sectio, I, LNG, I, Leges Visigothorum, Hannover-Leipzig, 1.902, pp. 3-32; ed. A. D'Ors, El Código de Eurico, Estudios Visigóticos, 2, Roma-Madrid, 1.960, pp. 20-43.
- Cons. Const. = Consularia Constantinopolitana, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 205-247.
- Cons. Ital. = Consularia Italica, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 249-339.
- CONST. PORPH., Caer. = CONSTANTINI VII PORPHIROGENITI, De caerimoniis aulae byzantinae, ed. J. J. Reiske, CSHB, VI-VII, Bonn, 1.829-1.830, ed. J.-P. Migne, PG, CXII, cols. 73-1.416.
- Cont. Byz.-Arab. = Continuatio Byzantia-Arabica a. DCCXLI, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 334-359.

- Cont. Hisp. = Continuatio Hispana a. DCCLIV, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 334-368.
- CORIPP., Anast. = FLAVII CRESCONII CORIPPI, Panegyricus in laudem Anastasii quaestoris et magistri, ed. J. Partsch, MGH, AA, III.2, Berlín, 1.879, pp. 116-117.
- _____, Joh. = Johannidos seu de bellis libycis libri VIII, Ibid., pp. 1-109.
- _____, Laud. Just. = In laudem Justinii Augusti Minoris libri IV, Ibid., pp. 115-156; ed. y trad. fr. S. Antès, Les Belles Lettres, París, 1.981.
- COSM. INDICOPL., Topogr. Christ. = COSMATIS INDICOPLEUSTIS, Topographia Christiana, ed. J.-P. Migne, PG, LXXXVIII, cols. 51-462.
- CTh. = Codex Theodosianus, ed. T. Mommsen y P. Meyer, 2 vols., Berlín, 1.905.
- CYP., Ep. = CAECILII CYPRIANI EPISCOPI CARTHAGINIENSIS, Epistolae, ed. y trad esp. J. Campos, Obras de San Cipriano, BAC, Madrid, 1.964, pp. 273-295.
- Dig. = Digesta, ed. T. Mommsen, CJC, I, Berlín, 1.872.
- DIO., Hist. Rom. = DIONIS CASSII, Historia Romana, ed. y trad. ingl. E. Cary, Loeb, 9 vols., Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.927.
- DRACONT., De laud. Dei = BLOSSII AEMILII DRACONTII, De laudibus Dei, ed. F. Vollmer, MGH, AA, XIV, Berlín, 1.905, pp. 23-113.
- _____, Rom. = Romulea, Ibid., pp. 182-196.
- _____, Satisf. = Satisfactio, Ibid., pp. 114-131.
- EGER., Itiner. = EGERIAE, Itinerarium, ed. A. Arce, Itinerario de la virgen Egeria, BAC, Madrid, 1.980, pp. 180-321.
- ENNOD., Carm. = MAGNI FELICIS ENNODI, Carmina, ed. F. Vogel, MGH, AA, VII, Berlín, 1.885, passim.
- _____, Dict. = Dictiones, Ibid.
- _____, Ep. = Epistolae, Ibid.
- _____, Euch. = Eucharisticum de vita sua, Ibid., pp. 300-304.

- _____, Paneg. = Panegyricus dictus Theodorico regi, Ibid., pp. 203-214.
- _____, Vit. Epiph. = Vita Epiphanii episcopi Ticinensis ecclesiae, Ibid., pp. 84-109.
- Ep. Arel. = Epistolae Arelatenses genuinae, ed. W. Gundlach, MGH, AA, Ep., III = EMKA, I, Berlín, 1.892, pp. 1-83.
- Ep. Austr. = Epistolae Austrasicae, ed. W. Gundlach, MGH, Ep., III = EMKA, I, Berlín, 1.892, pp. 110-153.
- Ep. Merowing. = Epistolae Merovingicae, ed. W. Gundlach, MGH, Ep., III = EMKA, I, Berlín, 1.892, pp. 434-468.
- Ep. Wisig. = Epistolae Wisigothicae, ed. W. Gundlach, MGH, Ep., III = EMKA, I, Berlín, 1.892, pp. 658-690.
- Epit. Caes. = Epitome de Caesaribus, ed. Pilchlmayr, Teubner, Leipzig, 1.911.
- Epit. Carthag. = Epitome Carthaginensis, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, pp. 493-497.
- EUGIPP., Vit. Sev. = EUGIPPI, Vita Sancti Severini, ed. H. Sauppe, MGH, AA, I.2, Berlín, 1.877.
- EUN., Frg. = EUNAPII, Fragmenta, ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 7-56; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 205-274.
- EUS., Hist. Eccl. = EUSEBII EPISCOPI CAESARIENSIS, Historia Ecclesiastica, ed. A. Velasco Delgado, BAC, 2 vols., Madrid, 1.973.
- _____, Vit. Const. = De vita Constantini, ed. F. Winkelmann, Gr. Schr., Berlín, 1.975; trad. esp. M. Gurruchaga, Madrid, 1.994.
- EVAGR., Hist. Eccl. = EVAGRII SCHOLASTICI, Historia Ecclesiastica, ed. J.-P. Migne, PG, LXXXVI.2, cols. 2.415-2.886.
- Exc. Sangall. = Excerpta Sangallensia, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 299-338.
- Fast. Vind. Prior. = Fasti Vindobonenses priores, ed. T.

Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 274-320.

Fast. Vind. Post. = Fasti Vindobonenses posteriores, ed. T.

Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 274-334.

FORT., Carm. = VENANTI HONORI CLEMENTIANI FORTUNATI, Carminum epistolarum expositionum libri XI, ed. F. Leo, MGH, AA, IV.1, Berlín, 1.881, pp. 271-292.

FREDEG., Chron. = FREDEGARII (pseudo), Chronicarum libri IV, cum continuationibus, ed. B. Krusch, MGH, SRM, II, Hannover, 1.888, pp. 18-93.

FULG., Ad Thrasamundum = FULGENTII EPISCOPI RUSPENSIS, Ad Thrasamundum regem vandolorum libri III, ed. J.-P. Migne, PL, LXV, cols. 224-304.

GEORG. CYPR., Descript. orb. rom. = GEORGII CYPRI, Descriptio orbis romani, ed. H. Gelzer, Teubner, Leipzig, 1.890; ed. E. Honigman, Le Synekdèmos d'Hiérokès et l'opuscule géographique de Georges de Chrypre. Texte, introduction, commentarie et cartes, Bruselas, 1.939.

GREG. I, Dial. = GREGORII I PPAE, Dialogorum libri IV de vita et miraculis Patrum Italicorum et de aeternitate animarum, ed. J.-P. Migne, PL, LXXVII, cols. 149-430.

_____, Ep. = Registrum Epistolarum, ed. P. Ewald y L. M. Hartmann, MGH, Ep., I-II, Berlín, 1.887-1.899.

_____, Homil. in Ezech. = Homiliae in Ezechielem, ed. J.-P. Migne, PL, LXXVI, cols. 785-1.072.

GREG. TUR., De virt. S. Jul. = GREGORII EPISCOPI TURONENSIS, Liber de passione et virtutibus Sancti Juliani martyris, ed. B. Krusch, MGH, SRM, I.2, Hannover, 1.885, pp. 112-134.

_____, De virt. S. Mart. = De virtutibus Sancti Martini episcopi libri IV, Ibid., pp. 584-661.

_____, Hist. Franc. = Historia Francorum, ed. B. Krusch y W. Levison, MGH, SRM, I.1, Hannover, 1.937-1.951; ed. y trad.

- fr. R. Latouche, Les Belles Lettres, París, 1.975.
- _____, In gloria conf. = Liber in gloria confessorum, ed. B. Krusch, MGH, SRM, I.2, Hannover, 1.885, pp. 744-820.
- _____, In gloria martyr. = Liber in gloria martyrum, Ibid., pp. 34-111.
- HIERON., Ep. = HIERONYMI, Epistulae, ed. J.-P. Migne, PL, XXX, cols. 13-307; ed. y trad. esp. D. Ruíz Bueno, BAC, 2 vols., Madrid, 1.962.
- HILDEPH., De vir. illustr. = HILDEPHONSI EPISCOPI TOLETANI, De viris illustribus, ed. J.-P. Migne, PL, XCVI, cols. 195-206; ed. C. Codoñer Merino, El "de viris illustribus" de Ildefonso de Toledo. Estudio y edición crítica, Salamanca, 1.972.
- Hist. Pseudo-Isid. = Historia Pseudo-Isidoriana, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 377-388.
- HONORAT., Ep. Cons. = HONORATI, Epistola Consolatoria, ed. J.-P. Migne, PL, L, cols. 567-570.
- HORM., Ep. = HORMISDAE PAPAE, Epistolae et decreta, ed. J.-P. Migne, PL, LXIII, cols. 367-538.
- HYDAT., Chron. = HYDATII LEMICI, Continuatio chronicorum Hieronymianorum ad a. CCCCLXVIII, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 13-36; ed. y trad. fr. A. Tranoy, SC, 2 vols., París, 1.974.
- Inst. = Institutiones, ed. P. Krueger, CJC, I, Berlín, 1.872.
- ISID., Chron. = ISIDORI JUNIORIS EPISCOPI HISPALENSIS, Chronica Maiora, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 424-481.
- _____, De vir. illustr. = De viris illustribus liber, ed. J.-P. Migne, PL, LXXXIII, cols. 1.081-1.106; ed. C. Codoñer Merino, El "de viris illustribus" de Isidoro de Sevilla. Estudio y edición crítica, Salamanca, 1.964.
- _____, Etimolog. = Etymologiae seu Origines, ed. W. M. Lindsay, 2 vols., Oxford, 1.911.
- _____, Hist. Goth. = Historia Gothorum, ed. T. Mommsen, MGH,

- AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 267-295; ed. y trad. esp. C. Rodríguez Alonso, Las Historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla, León, 1.975, pp. 168-287.
- _____, Hist. Sueb. = Historia Sueborum, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 300-303; ed. y trad. esp. C. Rodríguez Alonso, Las Historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla, León, 1.975, pp. 310-321.
- _____, Hist. Wand. = Historia Wandalorum, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 295-300; ed. y trad. esp. C. Rodríguez Alonso, Las Historias de godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla, León, 1.975, pp. 288-309.
- Itin. Ant. = Itineraria provinciarum Antonini Augusti, ed. O. Cuntz, Itin. Rom., I, Teubner, Leipzig, 1.929, pp. 1-85.
- JOH. ANT., Frg. = JOHANNIS ANTIOCHENI, Fragmenta, ed. C. Mueller FHG, IV, París, 1.951, pp. 534-622; V, París, 1.870, pp. 27-38.
- JOH. BICL., Chron. = JOHANNIS ABBATIS BICLARENSIS, Chronica a. DLXVII-DXC, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 211-220; ed. J. Campos, Juan de Biclara, obispo de Gerona. Su vida y su obra, Madrid, 1.960, pp. 77-100.
- JOH. CHRYS., Adv. opp. vit. mon. = JOHANNIS CHRYSOSTOMI, Adversus oppugnatores vitae monasticae, ed. J.-P. Migne, PG, XLVII, cols., 319-386.
- JOH. EPH., Hist. Eccl. = JOHANNIS EPISCOPI EPHESI, Historia Ecclesiastica, pars tertia, ed. E. W. Brooks, CSCO (Scr. Syr.), III.3, París, 1.936.
- JOH. LYD., De mag. = JOHANNIS LYDI, De magistratibus populi Romani, ed. R. Wuensch, Teubner, Leipzig, 1.903.
- JOH. MAL., Chronogr. = JOHANNIS MALALAE, Chronographia, ed. L.

- Dindorf, CSHB, XV, Bonn, 1.831; ed. J.-P. Migne, PG, XCVII, cols. 65-718 (reproduce el texto griego de la edición de L. Dindorf).
- De S. Dem. acta = De Sancti Demetri martyris acta, ed. J.-P. Migne, PG, CXVI, cols. 1.204-1.324.
- JORD., Get. = JORDANIS, Getica, ed. T. Mommsen, MGH, AA, V.1, Berlín, 1.882, pp. 53-138.
- _____, Rom. = Romana, Ibid., pp. 53-138.
- JOSEPH., Bell. Jud. = FLAVII JOSEPHI, De bello judaico, ed. S. A. Naber, Teubner, 2 vols., Leipzig, 1.895-1.896.
- JUST., App. = JUSTINIANI AUGUSTI, Appendix constitutionum dispersarum, ed. R. Schoell y W. Kroll, CJC, III, Berlín, 1.895, pp. 796-803.
- _____, Nov. = Novellae, Ibid., pp. 1-756.
- JUV., Sat. = DECIMI JUNII JUVENALIS, Saturarum libri V, ed. L. Friedländer, Leipzig, 1.895; ed. y trad. ingl. G. G. Ramsay, Loeb, Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.918.
- LACT., De mort. persec. = LACTANTII, De mortibus persecutorum, ed. y trad. fr. J. Moreau, SC, 2 vols, París, 1.954; trad. esp. R. Teja, Madrid, 1.982.
- LANDOLF., Add. = LANDOLFI SAGACIS, Additamenta ad Pauli Historiam Romanam, ed. H. Droysen, MGH, AA, II, Berlín, 1.879, pp. 225-376.
- Laterc. reg. Visig. = Laterculus regum Visigotorum, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XIII = Chron. Min., III, Berlín, 1.898, pp. 464-469.
- Laterc. reg. Wand. = Laterculus regum Wandalorum, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XIII = Chron. Min., III, Berlín, 1.898, pp. 458-460.
- LEO. I, Ep. = LEONIS I PAPAЕ, Epistolae, ed. J.-P. Migne, PL, LIV, cols. 593-1.218.
- LEONT., Vit. Joh. Eleem. = LEONTII NEAPOLITANI EPISCOPI, Vita Sancti Johannis Eleemosynarii, patriarchae Alexandriae,

- (versio latina), ed. J.-P. Migne, PG, XCIII, cols. 1.614-1.660; (versio latina-graeca) Ibid., CXIV, cols. 895-966; (versio graeca), ed. H. Delehay, AB, XLV, 1.927, pp. 19-73.
- Lib. de promiss. = Liber de promissionibus et praedictionibus Dei, ed. T. Mommsen, ed. J.-P. Migne, PL, LI, cols. 733-858.
- Lib. Hist. Franc. = Liber Historiae Francorum, ed. B. Krusch, MGH, SRM, II, Hannover, 1.888, pp. 233-328.
- Lib. Pont. = Liber Pontificalis (pars prior), ed. T. Mommsen, MGH, GPR, I.1, Berlín, 1.898.
- LIBAN., Or. = LIBANII, Orationes, ed. F. Foerster, Teubner, 4 vols., Leipzig, 1.903-1.908.
- LIC., Ep. = LICINIANI EPISCOPI CARTHAGINIS SPARTARIAE, Epistolae, ed. J. Madoz, Liciniano de Cartagena y sus cartas. Edición crítica y estudio histórico, Madrid, 1.948, pp. 83-129.
- LIV., Ad urbe cond. = TITI LIVII, Ad urbe condita, ed. y trad. ingl. O. Foster, F. G. Moore, E. T. Sage y A. C. Schlesinger, Loeb, 14 vols., Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.919-1.959.
- LJ = Liber Judiciorum, ed. K. Zeumer, MGH, Legum Sectio, I, LNG, I, Leges Visigothorum, Hannover-Leipzig, 1.902, pp. 33-456.
- LRV = Lex Romana Visigothorum (Breviarum Alarici regis), ed. G. Haenel, Leipzig, 1.849, reimpr. Scientia, Aalen, 1.962.
- MAIOR., Nov. = DIVI MAIORIANI AUGUSTI, Liber legum novellarum, ed. T. Mommsen y P. Meyer, CTh., II, Berlín, 1.905, pp. 155-178.
- MALCH., Frg. = MALCHI, Fragmenta, ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 111-132; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 383-424.
- MAR. AVENT., Chron. = MARI EPISCOPI AVENTICENSIS, Chronica a. CCCCLV-DLXXXI, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 232-239.
- MARCELL. COM., Chron. = MARCELLINI V. C. COMITIS, Chronicon ad a. DXVIII continuatum ad a. DXXXIV, ed. T. Mommsen, MGH, AA,

- XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 60-104.
- MARCELL. COM. CONT., Chron. add. = MARCELLINI V. C. COMITIS CONTINUATORIS, Chronicae additamentum ad a. DXLVIII, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 104-108.
- MENAND., Frg. = MENANDRI PROTECTORIS, Historiarum fragmenta, ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 200-269; ed. L. Dindorf, HGM, II, Teubner, Leipzig, 1.871, pp. 1-131.
- MEROB., Carm. = FLAVII MEROBAUDIS, Carmina, ed. F. Vollmer, MGH, AA, XIV, Berlín, 1.905, pp. 3-6.
- _____, Paneg. = Panegyricum in consulatu Aetii fragmenta, Ibid., pp. 7-18.
- MIN. FEL., Oct. = MINUCII FELICIS, Octavius, ed. J. P. Waltzing, Leipzig, 1.926; ed. J. Beaujeu, París, 1.964.
- NIC. CALL., Hist. Eccl. = NICEPHORI CALLISTAE, Historia Ecclesiastica, ed. J.-P. Migne, PG, CXLV, cols. 557-1.132; CXLVI, cols. 9-1.274; CXLVII, cols. 9-448.
- NICEPH., Brev. = NICEPHORI ARCHIEPISCOPI CONSTANTINOPOLITANI, Breviarium historicum de rebus gestis post imperium Mauricii, ed. J.-P. Migne, PG, C, cols. 875-994; ed. C. de Boor, Opuscula Historica, Teubner, Leipzig, 1.880, pp. 1-77.
- Not. Dig. = Notitia Dignitatum utriusque Imperii, pars Occidentis, pars Orientis, ed. O. Seeck, Berlín, 1.876.
- Not. prov. et civ. Afr., = Notitia provinciarum et civitatum Africae, ed. C. Halm, MGH, III.1, Berlín, 1.879, pp. 61-71.
- Not. Rom. = Notitia Regionum Urbis XIV, Acta Instituti Romani Regni Sueciae, III, 1.949, pp. 73-106.
- NOV., De spect. = NOVATIANI, De spectaculis, ed. G. F. Dierrcks, CChr., IV, Turnholt-París, 1.972, pp. 153-179.
- OLYMP., Frg. = OLYMPIODORI, Fragmenta, ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 57-68; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 450-471.
- OROS., Adv. pag. = PAULI OROSII, Historiarum adversus paganos

- libri VII, ed. C. Zangemeister, CSEL, V, Viena, 1.882; ed. y trad. esp. C. Torres Rodríguez, Paulo Orosio su vida y su obra, Santiago de Compostela, 1.985.
- PARTH., Rescript. = PARTHENII PRESBYTERI, Rescriptum, ed. A. Hamman PL, Suppl., III.2, cols. 448.
- Pasch. Camp. = Paschale Campanum, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 305-334.
- Pass. SS. Perp. et Fel. = Passio Sanctarum Perpetuae et Felicitatis, ed. D. Ruíz Bueno, Actas de los mártires, BAC, Madrid, 1.963, pp. 419-440.
- Passio S. Juliae = Passio Sanctae Juliae, AASS, (3a ed.), Mayo, t. V.
- PAUL. DIAC., Hist. Lang. = PAULI DIACONI, Historia Langobardorum, ed. G. Waitz, MGH, SRL, Hannover, 1.878, pp. 45-187.
- _____, Hist. Rom. = Historia Romana, ed. H. Droysen, MGH, AA, II, Berlín, 1.879, pp. 4-224.
- _____, Vit. Greg. = Vita Sancti Gregorii Magni, ed. J.-P. Migne, PL, LXXV, cols. 41-60.
- PAULIN. PETRICORD., Vit. Mart. = PAULINI PETRICORDIENSIS, De vita Sancti Martini, ed. M. Petschenig, CSEL, XVI, Viena, 1.888.
- PETR. DIAC., De loc. sanct. = PETRI DIACONI, Liber de locis sanctis, ed. P. Geyer, CSEL, XXXIX, Viena, 1.897.
- PHILOSTORG., Hist. Eccl., = PHILOSTORGII, Historia Ecclesiastica, ed. J. P. Migne, PG, LXV, cols. 459-624; Suppl., Ibid., cols. 623-638; ed. J. Bidez, Gr. Schr., XXI, Leipzig, 1.913.
- PHOT., Bibl. = PHOTII, Bibliotheca, ed. J.-P. Migne, PG, CIII, CIV, cols. 9-356.
- PLIN., Nat. Hist. = GAI PLINII SECUNDI, Naturalis Historia, ed. Ian-Mayhoff, Teubner, 5 vols., Stuttgart, 1.892-1.909.
- Poet. Lat. Min. = Poetae Latini Minores, ed. A. Baehrens, Teubner, 5 vols., Leipzig, 1.879-1.883.

- POL. SIL., Laterc. = POLEMII SILVII, Laterculus a. CCCCXLIX, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. MIn., I, Berlín, 1.892, pp. 518-551.
- POSSID., Vit. August. = POSSIDII, Vita Augustini, ed. J.-P. Migne, PL, XXXII, cols. 33-66; ed. y trad. esp. V. Capanaga, Obras de San Agustín. I: Escritos filosóficos, BAC, Madrid, 1.969, pp. 303-365.
- PRISC., Frg., = PRISCI, Fragmenta, ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 69-110; V, 1.870, pp. 24-26; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 275-352.
- PROC., Aed., = De aedificiis libri VI, ed. y trad. ingl. H. B. Dewing, Loeb, Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.940. Anecd., _____, Anecd. = Anecdota, ed. y trad. ingl. H. B. Dewing, Loeb, Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.935.
- _____, De bellis, ed. y trad. ingl. de H. B. Dewing, Loeb, 5 vols., Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.914-1.928.
- PROSP., Chron. = PROSPERI TIRONIS, Epitoma Chronicon ed. primum a. CCCCXXXIII, continuata ad a. CCCCLV, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 385-485.
- _____, Ind. Imp. = Index Imperatorum, Ibid., p. 492.
- QUODVULTD., Sermo de temp. barb. = QUODVULTDEI, Sermo de tempore barbarico, I, ed. J.-J. Migne, PL, XL, cols. 699-708 (atribuido erróneamente a Agustín de Hippo Regius); II, PL, Suppl., III.1, cols. 287-298.
- RAV., Cosmogr. = RAVENNATIS ANONYMI, Cosmogr., ed. J. Schnetz, Itineraria Romana, II, Teubner, Leipzig, 1.940, pp. 1-110.
- Reg. Hil. = Regula Hilari Flavio Basilisco et Herminero VV. Conss., Appendix ad Collectionem Dionysianam, ed. Thiel, Ep. Rom. Pont., I, Braunsberg, 1.868, pp. 316-320.
- RUST., Contr. Aceph. = RUSTICI DIACONI, Contra Acephalos disputatio, ed. J.-P. Migne, PL, LXVII, cols. 1.167-1.254.
- SALV., De gub. Dei = SALVIANI PRESBYTERI MASSILIENSIS, De gubernatione Dei libri VIII, ed. C. Halm, MGH, AA, I.1,

Berlín, 1.877, pp. 1-108.

- SHA, Elagab. = Scriptores Historiae Augustae, Antoninus Elagabalus, ed. y trad. ing. D. Magie, Loeb, II, Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.924, pp. 104-177.
- SID., Carm. = GAI SOLLII APOLINARIS SIDONI, Carmina, ed. C. Luetjohann, MGH, AA, VIII, Berlín, 1.887, pp. 173-264; ed. y trad. fr. A. Loyen, Les Belles Lettres, París, 1.960.
- _____, Ep. = Epistolae, ed. C. Luetjohann. MGH, AA, VIII, Berlín, 1.887, pp. 1-172; ed. y trad. fr. A. Loyen, Les Belles Lettres, 2 vols., París, 1.970.
- SIG., Ep. ad Parth. = SIGESTEI, Epistola ad Parthenium, ed. A. Hamman, PL, Suppl., III.2, cols. 447-448.
- SISEB., Carm. = SISEBUTI REGIS, Carmen de eclipsi lunae, ed. J. Fontaine, Isidore de Séville. Traité de la natura, Burdeos, 1.960, pp. 151-161.
- SOC., Hist. Eccl. = SOCRATIS, Historia Ecclesiastica, ed. J.-P. Migne, PG, LXVII, cols. 29-842.
- SOZ., Hist. Eccl. = SOZOMENI, Historia Ecclesiastica, ed. J.-P. Migne, PG, LXVII, cols. 843-1.630.
- SUET., Calig. = GAI SUETONII TRANQUILLI, Caligula, ed. y trad. esp. M. Bassols de Climent, De vita duodecim Caesarum libri VIII, II, Barcelona, 1.964, pp. 86-136.
- SUID. = SUIDAE, Lexicon, ed. A. Adler, 5 vols., Leipzig, 1.928-1.938.
- SYM. METAPHR., Vit. Dan. Styl. = SYMEONIS METAPHRASTIS, Vita Sancti Danielis Stylitae, ed. J.-P. Migne, PG, CVI, cols. 969-1.037.
- _____, Vit. S. Marc. = Vita et Conversatio Sancti Marcelli archimandritae monasterii Acoemotorum, ed. J.-P. Migne, PL, CXVI, cols. 705-746.
- SYMM., Ep. = QUINTI AURELII SYMMACHI, Epistolae, ed. O. Seeck, MGH, AA, VI.1, Berlín, 1.883, pp. 1-278.
- _____, Rel. = Relationes, Ibid., pp. 279-317.

- TERT., Spect. = QUINTI SEPTIMII FLORENTIS TERTULLIANI, De spectaculis liber, ed. J.-P. Migne, PL, I, cols. 630-662.
- THEOD., De situ Terr. Sanct. = THEODOSII, De situ Terrae Sanctae, ed. P. Geyer, CSEL, XXXIX, Viena, 1.897.
- THEOD. LECT., Hist. Eccl. = THEODORI LECTORIS, Excerpta Historiae Ecclesiasticae, ed. J.-P. Migne, PG, LXXXVI.1, cols. 165-228.
- THEODORET., Ep. = THEODORETI EPISCOPI CYRENSIS, Epistolae, ed. J.-P. Migne, PG, LXXXIII, cols. 1.173-1.494.
- _____, Hist. Eccl. = Historia Ecclesiastica, ed. J.-P. Migne, PG, LXXXII, cols. 881-1.280.
- THEOPH., Chronogr. = THEOPHANIS, Chronographia, ed. J.-P. Migne, PG, CVIII, cols. 55-1.010.
- THEOPH. BYZ., Frg. = THEOPHANIS BYZANTII, Fragmenta, ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 270-271; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 446-449.
- THEOPHYL., Hist. = THEOPHYLACTIS SIMOCATTAE, Historiae, ed. C. de Boor, Teubner, Leipzig, 1.887.
- VALENT. III, Nov. = DIVI VALENTINIANI AUGUSTI, Liber legum novellarum, ed. T. Mommsen y P. Meyer, CTh., II, Berlín, 1.905, pp. 69-154.
- VICT. TONN., Chron. = VICTORIS TONNENNENSIS EPISCOPI, Chronica a. CCCXLIV-DLXVII, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 184-206.
- VICT. VIT., Hist. persec. = VICTORIS VITENSIS, Historia persecutionis africanae provinciae, ed. C. Halm, MGH, AA, III.1, Berlín, 1.879, pp. 1-58.
- _____, Pass. = Passio beatissimorum martyrum qui apud Carthaginem passi sunt sub rego Hunirico VI. Nonas Julias, Ibid., pp. 59-62.
- Vit. Avit. Conf. Aurel. = Vita Aviti Confesoris Aurelianensis, ed. B. Krusch, MGH, SRM, III, Hannover, 1.896, pp. 380-385.
- Vit. Dan. Styl. = Vita Sancti Danielis Stylitae, ed. H.

- Delehaye, AB, XXXII, 1.913, pp. 121-214.
- Vit. Eutychn. = Vita et conversatio Sancti Eutychie, patriarchae Constantinopolitani, ed. J.-P. Migne, PG, LXXXVI.2, cols. 2.273-2.389.
- Vit. Fulg. = Vita Sancti Fulgentii episcopi Ruspensis, (atribuida a Fulgentius Ferrandus Carthaginensis ecclesiae diaconus), ed. J.-P. Migne, PL, LXV, cols. 117-150.
- Vit. Gregent. = Vita Sancti Gregentii episcopi Homeritae, ed. y trad. al ruso A. Vasiliev, Vizantiski Vremennik, XIV, 1.907, pp. 32-66.
- VIVES, J., Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda, Barcelona, 1.942.
- VPE = De vita et miraculis Patrum Emeritensium, (atribuida a Paulus diaconus Emeritensis), ed. E. Flórez, ES, XIII, Madrid, 1.756, pp. 335-386.
- ZACH. RETH., Hist. Eccl. = ZACHARIAE RETHORICI, Historia Ecclesiastica, ed. y trad. fr. E. W. Brooks, CSCO, (Scr. Syr.), III, 5-6; París, 1.919-1.924.
- ZON., Epit. Hist. = JOHANNIS ZONARAE, Epitomae Historiarum, ed. L. Dindorf, Teubner, 6 vols., Leipzig 1.868-1.875.
- ZOS., Hist. Nov. = ZOSIMI, Historia Nova, ed. L. Mendelssohn, Teubner, Leipzig, 1.887; ed. F. Paschoud, Les Belles Lettres, 3 vols. París, 1.971-1.989.
- ZOSIM., Ep. = ZOSIMI PAPAE, Epistolae, ed. J.-P. Migne, PL, XX, cols. 642-683.

ESTUDIOS.

- ALONSO CAMPOS, J. I., "Sunna, Masona y Nepopis. Las luchas religiosas durante la dinastía de Leovigildo", AC, III, 1.986, pp. 151-157.
- ARCE, J., El último siglo de la España romana: 284-409, Madrid, 1.982.
- _____, "Notitia Dignitatum Occ. XLII y el ejército de la Hispania tardorromana", Ejército y sociedad. Cinco estudios sobre el mundo antiguo, León, 1.986, pp. 51-61.
- _____, España entre el mundo antiguo y el medieval, Madrid, 1.988.
- _____, Funus Imperatorum. Los funerales de los emperadores romanos, Madrid, 1.988,
- BALDWIN, B., "Malchus of Philadelphia", DOP, XXXI, 1.977, pp. 89-107.
- _____, "Priscus of Panium", Byz., L, 1.980, pp. 18-61.
- BARBERO, A.,
- _____, "El conflicto de los Tres Capítulos y las iglesias hispánicas", La sociedad visigoda y su entorno histórico, Madrid, 1.992,, pp. 136-167 (prim. ed., Studia Historica, V, 1.987, pp. 123-144).
- _____, "Las divisiones eclesiásticas y las relaciones entre Iglesia y Estado en la España de los siglos VI y VII", Ibid., pp. 168-198 (prim. ed., Homenaje a Marcelo Vigil Pascual, Salamanca, 1.989, pp. 169-189).
- _____-LORING, M. I., "El reino visigodo y la transición al mundo medieval", Historia de España, I, La España romana y visigoda (siglos III a.C.-VII d.C.), ed. Planeta, Barcelona, 1.988, pp. 410-583.
- _____-VIGIL, M., "Sobre los orígenes sociales de la Reconquista: cántabros y vascones desde fines del Imperio romano hasta la invasión musulmana", Sobre los orígenes

- sociales de la Reconquista, Barcelona, 1.974, pp. 11-98 (prim. ed., Boletín de la Real Academia de la Historia, CLVI.2, 1.965, pp. 271-329).
- _____, "Algunos aspectos de la feudalización del reino visigodo en relación con su organización financiera y militar", Sobre los orígenes sociales de la Reconquista, Barcelona, 1.974, pp. 107-137 (prim. ed., Moneda y crédito, CXII, 1.970, pp. 71-91).
- _____, La formación de feudalismo en la Península Ibérica, Barcelona, 1.978.
- BAUS, K.-EWIG, E., "Desde Nicea a Calcedonia", Manual de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, ed. H. Jedin, Barcelona, 1.979 (prim. ed. alem., 1.973), pp. 25-569.
- BAUS, K.-VOGT, H. J., "Vida intereclesial hasta las postrimerías del siglo VII", Ibid., (prim. ed. alem., 1.975), pp. 815-1014.
- BAYNES, N. H., El Imperio bizantino, Méjico, 1.949 (prim. ed. ingl., 1.925)
- BECK, H.-G., "La primitiva Iglesia bizantina", Manual de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, ed. H. Jedin, Barcelona, 1.979 (prim. ed. alem., 1.975), pp. 573-695.
- BELTRAN, A., "Notas para el estudio de los bizantinos en Cartagena", III Congreso Arqueológico del Sudeste Español, Murcia, 1.947, pp. 294-309.
- _____, "Topografía de Carthago Nova", AEA, XXI, 1.948, pp. 191-224 .
- BELTRAN TORREIRA, F.-M., "Un testimonio de la invasión vándala del norte de Africa: Posidio de Calama y su "Vita Augustini", I Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar", (Ceuta, 1.987), I, Madrid, 1.988, pp. 1.115-1.122.
- BIRABEN, J.N.-LE GOFF, J., "La peste dans le Haut Moyen Age", AnnESC, 1.969, pp. 1.484-1.510.

- BLAZQUEZ, J. M., Economía de la Hispania romana, Bilbao, 1.978.
 _____, "La crisis del Bajo Imperio en Occidente en la obra de Salviano de Marsella. Problemas económicos y sociales", España romana en el Bajo Imperio, Madrid, 1.990, pp. 205-247.
- BREHIER, L., "Les Colonies d'Orientaux en Occident au commencement du Moyen Age. V-VIII siècle", Byz. Zschr., XII, 1.903, pp. 1-39.
 _____, El mundo bizantino, II, Las instituciones del Imperio bizantino, Méjico, 1.956 (prim. ed. fr., 1.948).
- BROWN, P., Biografía de Agustín de Hipona, Madrid, 1.970 (prim. ed. ingl. 1.967).
 _____, Religion and Society in the Age of Saint Augustine, Londres, 1.977.
 _____, "La Antigüedad Tardía", Historia de la vida privada, I, Del Imperio romano al año mil, Madrid, 1.987, (prim. ed. fr., 1.985), pp. 229-303.
- BROWNING, R., Justinian and Theodora, Londres, 1.971.
- BURNS, T. S., A History of the Ostrogoths, Bloomington, 1.984.
- BURY, J. B., A History of the Later Roman Empire rom Arcadius to Irene. 395 A.D. to 800 A.D., 2 vols., Londres, 1.889.
 _____, A History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius I to the Death of Justinian (395-565), 2 vols., Londres, 1.923.
- CAMELOT, P.-T., Historia de los concilios ecuménicos, II, Efeso y Calcedonia, ed. G. Dumeige, Vitoria, 1.971.
- CAMERON, A. D. E., Claudian. Poetry and Propaganda at the Court of Honorius, Oxford, 1.970.
 _____, Circus Factions. Blues and Greens at Rome and Byzantium, Oxford, 1.976.
- CAMERON, A. M.- CAMERON, A. D. E., "Christianity and Tradition in the Historiography of the Later Roman Empire", CO, LVIII, 1.964, pp. 316-328.

- CAMERON, A. M., "The Empress Sophia", Byz., XLV, 1.975, pp. 5-21.
 _____, "The Early Religious Policies of Justin II",
SChH, 13, 1.976, pp. 51-67.
 _____, "The Theotokos in Sixth Century Constantinople.
 A City finds its Symbol", JThS, XXIX, 1.978, pp. 79-108.
 _____, Procopius and the Sixth Century, Berkeley-Los
 Angeles, 1.985.
- CAMPOS, J., Juan de Biclara, obispo de Gerona. Su vida y su obra,
 Madrid, 1.960.
- CARCOPINO, J., "Note sur una inscription chrétienne de
 Volubilis", Revue de Philologie, LXII, 1.936, pp. 105-112.
 _____, "Un "empereur" maure inconnu, d'après une
 inscription latine récemment découverte dans l'Aurès", Revue
 des Études Anciennes, 46, 1.944, pp. 94-120.
- CASSON, L., Ship and Seamanship in the Ancien World, Princeton,
 1.986.
- CHAVES, M. J.-CHAVES R., Acuñaciones previsigodas y vidigodas en
 Hispania desde Honorio a Achila II, Catálogo general de las
 monedas españolas, II, Madrid, 1.984.
- CODONER MERINO, C., El "de viris illustribus" de Isidoro de
 Sevilla. Estudio y edición crítica, Salamanca, 1.964.
 _____, El "de viris illustribus" de Ildefonso de
 Toledo. Estudio y edición crítica, Salamanca, 1.972.
- COLLINS, R., "Merida and Toledo: 550-585", Visigothic Spain: New
 Approaches, ed. E. James, Oxford, 1.980, pp. 189-219.
 _____, España en la Alta Edad Media, Barcelona, 1.986
 (prim. ed. ingl., 1.983).
- COSTA, E. A., "The Office of the Castrensis Sacri Palatii in the
 Fourth Century", Byz., XLII, 1.972, pp. 358-387.
- COURCELLE, P., Histoire littéraire des grandes invasions
 germaniques, París, 1.964, (prim. ed., 1.948).
 _____, Recherches sur les Confessions de Saint Agustin,
 París, 1.950.

- COURTOIS, Ch., Victor de Vita et son oeuvre, Argel, 1.954.
- _____, Les vandales et l'Afrique, Paris, 1.955.
- _____, LESCHI, L., PERRAT, C. y SAUMAGNE, C., Tablettes Albertini. Actes privées de l'époque vandale (fin du siècle V), Paris, 1.952.
- COX, P., Biography in Late Antiquity: A Quest for the Holy Man, Berkeley-Los Angeles, 1.983.
- DAGRON, G., Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions de 330 à 451, Paris, 1.974.
- DANIELOU, J.-MARROU, I., Nueva Historia de la Iglesia, I, Desde los orígenes a San Gregorio Magno, Madrid, 1.982.
- DELMAIRE, R., Largesses sacrées et res privata. L'aerarium impérial et son administration du IVe au VIe siècle, Roma, 1.989.
- DEMOUGEOT, E., "Una lettre de l'empereur Honorius sur l'hospitium des soldats", Revue historique de droit française et étranger, 34, 1.956, pp. 25-49.
- _____, "Constantin III, l'empereur d'Arles", Hommage à André Dupont. Études médiévales languedociennes, Montpellier, 1.974, pp. 83-125.
- _____, "La Notitia Dignitatum et l'histoire de l'Empire d'Occident au début du Ve siècle", Latomus, XXXIV, 1.975, pp. 1.079-1.134.
- _____, "L'évolution politique de Galla Placidia", Gerión, 3, 1.985, pp. 183-210.
- DIAZ Y DIAZ, M., "La leyenda regi a deo vita de una moneda de Ermenegildo", Analecta Sacra Tarraconensia, XXXI, 1.958, pp. 261-269.
- DIEHL, Ch., Études sur l'administration byzantine dans l'exarchat de Ravenne, Paris, 1.888.
- _____, L'Afrique byzantine. Histoire de la domination byzantine en Afrique. 533-709, 2 vols., Paris, 1.896.
- _____, Grandeza y servidumbre de Bizancio, Madrid, 1.963.

- DOEHAERD, R., Occidente durante la Alta Edad Media. Economías y sociedades, Barcelona, 1.974 (prim. ed. fr., 1.967).
- DOMINGUEZ MONEDERO, A. J., "Las necrópolis visigodas y el carácter del asentamiento visigótico en la Península Ibérica", Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española, Huesca, 1.985, pp. 165-186.
- DUCELIER, A., Bizancio y el mundo ortodoxo, Madrid, 1.992 (prim. ed. fr., 1.986).
- DUVAL, N., "L'Etat actuel des recherches sur les fortifications de Justinien en Afrique", Corsi di Cultura sull'Arte ravennate e bizantina, XXX, 1.983, pp. 149-204.
- DUVAL, Y., "La Maurétanie sitifiennne à l'époque byzantine", Latomus, 29, 1.970, pp. 157-161.
- ELLIS, P. S., An Archeological Study of Urban Domestic Housing in the Mediterranean A.D. 400-700, (Tesis doctoral dactilografiada), Oxford, 1.983.
- EWIG, E., "La labor misionera de la Iglesia latina", Manual de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, ed. H. Jedin, Barcelona, 1.979, pp. 699-814 (prim. ed. alem., 1.975).
- FESTUGIERE, A.-J., Antioche païenne et chrétienne. Libanius, Chrysostome et les moines de Syrie, París, 1.959.
- FINLEY, M. I., Esclacitud antigua e ideología moderna, Barcelona, 1.982 (prim. ed. ingl., 1.980).
- _____, La Grecia Antigua. Economía y sociedad, Barcelona, 1.984 (prim. ed. ingl., 1.981).
- FONTAINE, J., Isidoro de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique, París, 1.959.
- _____, Isidore de Séville. Traité de la natura, Burdeos, 1.960.
- _____-CAZIER, P., "Qui a chassé de Carthaginoise Severianus et les siens? Observations sur l'histoire familiare d'Isidoro de Seville", Estudios de Homenaje a Don Claudio

- Sanchez Albornoz en sus 90 años. Anexos de Cuadernos de Historia de España, Buenos Aires, 1.983, pp. 349-400.
- FREND, W. H. C., The Rise of the Monophysite Movement. Chapter in the History of the Church in the Fifth and Sixth Centuries, Cambridge, 1.972.
- FRIEDLÄNDER, L., La sociedad romana. Historia de las costumbres en Roma, desde Augusto hasta los Antoninos, Méjico, 1.947 (prim. ed. alem., 1.862-1.864).
- FUENTES HINOJO, P., "Las grandes epidemias en la temprana Edad Media su proyección sobre la Península Ibérica", En la España Medieval, 15, 1.992, pp. 9-29.
- FULFORD, M. J., "Carthage: Overseas Trade and the Political Economy, c. A.D. 400-700", Reading Medieval Studies, 6, 1.980, pp. 68-80.
- _____-PEACOK, D. P. S., The Avenue du President Habib Bourquiba, Salambo: The Pottery and other Ceramic Objets from the Site. Excavations at Carthage: The British Mission, I.2, Sheffield, 1.984.
- GARCIA AGUINAGA, J. L.-VALLALTA MARTINEZ, M. P., "Fortificaciones y puerta de Begastri", AC, I, 1.984, pp. 53-61.
- GARCIA IGLESIAS, L., "El intermedio ostrogodo en Hispania (507-549 d.C.)", HA, V, 1.975, pp. 89-120.
- GARCIA MORENO, L. A., "Colonias de comerciantes orientales en la Península Ibérica. S. V-VII", Habis, 3, 1.972, pp. 127-154.
- _____, "Organización militar de Bizancio en la Península Ibérica (SS. VI-VII)", Hispania, 33, 1.973, pp. 5-22.
- _____, "Vincentius dux provinciae Tarraconensis. Algunos problemas de la organización militar del Bajo Imperio en Hispania", HA, VII, 1.977, pp. 79-89.
- _____, "Las invasiones y la época visigoda. Reinos y condados cristianos", Historia de España, II, Romanismo y Germanismo. El despertar de los pueblos hispánicos (Siglos IV-

- X), ed. M. Tuñón de Lara, Barcelona, 1.981, pp. 243-505.
- _____, "Mérida y el reino visigodo de Tolosa (418-507)", Homenaje a Sáenz de Buruaga, Madrid, 1.982, pp. 227-240.
- _____, "La invasión del 409 en España: nuevas perspectivas desde un punto de vista germano", ed. A. del Castillo, Ejército y sociedad. Cinco estudios sobre el mundo antiguo, León, 1.986., pp. 63-86.
- _____, "La arqueología y la historia militar visigoda en la Península Ibérica", Actas del II Congreso de Arqueología Medieval Española, Madrid, 1.987, pp. 331-336.
- _____, "Algunas cuestiones de Historia navarra en la Antigüedad Tardía (ss. V-VIII)", I Congreso General de la Historia de Navarra. Anejos 7 de Príncipe de Viana, Pamplona, 1.987, pp. 407-416.
- _____, "Ceuta y el estrecho de Gibraltar durante la Antigüedad Tardía (s. V-VIII)", I Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar", (Ceuta, 1.987), I, Madrid, 1.988, pp. 1.095-1.114.
- _____, Historia de España visigoda, Madrid, 1.989.
- _____, "Las invasiones, la ocupación de la Península y las etapas hacia la unificación territorial", Historia de España de Don Ramón Menéndez Pidal, III.1, España visigoda, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.991, pp. 61-268.
- GAUTIER, E.-F., Genséric, roi des Vandales, París, 1.932.
- GENARO, S., Da Claudiano a Merobaude. Aspetti della poesia cristiana di Merobaude, Catania, 1.959.
- GENEAKOPILOS, D. J., Byzantium: Church, Society and Civilization Seen through Contemporary Eyes, Chicago, 1.985.
- GISBERT SANTOJA, J. A., "Dianium", Arqueología en Alicante 1.976-86, Alicante, 1.986, pp. 25-27.
- GOFFART, W., "Zosimus, the First Historian of Rome's Fall", AHR, LXXVI, 1.971, pp. 412-441.

- _____, Barbarians and Romans. A.D. 418-584. The Techniques of Accomodations, Princeton, 1.980.
- GONZALEZ BLANCO, A., "El decreto de Gundemaro y la historia del siglo VII", AC, III, 1.986, pp. 159-169.
- _____, "La provincia bizantina de Hispania. Carthago Spartaria, capital administrativa", Historia de Cartagena, V, Alta Edad Media. Siglos V al XIII, ed. J. Mas, Murcia, 1.986, pp. 41-69.
- GÖRRES, F., "Die Byzantinische Besitzungen an den Küsten des spanisch-wesgotischen Reiches (554-564)", Byz. Ztschr., 16, 1.907, pp. 514-538.
- GOUBERT. P., "Byzance et l'Espagne wisigothique. (554-711)", REB, II, 1.944, pp. 5-78.
- _____, "L'Administration de l'Espagne byzantine. I. Les Gouverneurs de l'Espagne byzantine", REB, III, 1.945, pp. 125-142.
- _____, "Administration de l'Espagne byzantine. II. Les provinces", REB, IV, 1.946, pp. 71-133.
- _____, Byzance avant l'Islam, I, Byzance et l'Orient sous les successeurs de Justinien. L'empereur Maurice, París, 1.951; II, Byzance et l'Occident sous les successeurs de Justinien, I, Byzance et les Francs, París, 1.956; II, Rome. Byzance et Carthage, París, 1.965.
- _____, "Ceuta byzantine ou wisigothique? Notes d'histoire et d'archeologie", Miscellània Puig i Cadalfach, Barcelona, 1.955, pp. 337-343.
- GOZALBES, E., "El ataque del rey visigodo Teudis contra Septem", Cuadernos del Archivo Municipal de Ceuta, 5, 1.989, pp. 41-54.
- GRIERSON, Ph., "Una ceca bizantina en España", Numario Hispánico, IV, 1.955, pp. 305-314.
- _____, "The Tombs and Obits of the Byzantine Emperors", DOP, XVI, 1.962, pp. 1-63.
- _____-BLACKBURN, M., Medieval European Coinage. With a

- Catalogue of the Coins in the Fitzwilliam Museum. Cambridge, I, The Early Medieval West (5th to 10th Centuries), Cambridge, 1.986.
- GRUNINGER, J. H., Saint Agustin et la fin de la culture antique, París, 1.959.
- GUADAN LASCARIS, A. M. de, Prontuario de la moneda bizantina, Madrid, 1.984.
- GUTIERREZ LLORET, S., "De la civitas a la madina: destrucción y formación de la ciudad en el sureste de Al-Andalus. El debate arqueológico", IV Congreso de Arqueología Medieval Española, I, Alicante, 1.993, pp. 13-35.
- HEFELE, K. J. von, A History of the Councils of the Church, I, to the Close of the Council of Nicaea A.D. 325, Edimburgo, 1.894; II, A. D. 326 to A.D. 429, 1.896; III, A.D. 431 to A.D. 451, 1.883; IV, A.D. 451 to 680, 1.895; V, A.D. 626 to the Close of the Second Council of Nicaea, A.D. 787, 1.896.
- HILLGARTH, J. N., "Coins and Chronicles: Propaganda in Sixth-Century Spain and Byzantine Background", History, XV, 1.966, pp. 483-508.
- HODGES, R.-WHITEHOUSE, D., Mohammed, Chalemagne & the Origins of Europe, Ithaca, Nueva York, 1.983.
- HOPKINS, K., "El poder político de los eunucos", Conquistadores y esclavos, Barcelona, 1.981 (prim. ed. ingl., 1.978), pp. 205-230.
- IGLESIAS, J., Derecho romano. Instituciones de derecho privado, Barcelona, 1.987 (prim. ed., 1.958).
- ISLA FREZ, A., "Las relaciones entre el reino visigodo y los reyes merovingios a finales del siglo VI", En la España Medieval, 13, 1.990, pp. 11-32.
- JANSSENS, Y., "Les Blues et les Verts sous Maurice, Phocas et Héraclius", Byz., XI, 1.936, pp. 499-539.
- JARREGA DOMINGUEZ, R., "Notas sobre la importación de cerámicas finas (Sigillata Clara D) en la costa oriental de Hispania

- durante el siglo VI e inicios del VII d.C.", II Congreso de Arqueología Medieval Española, Madrid, 1.987, pp. 337-344.
- JEREMIAS, J., Jerusalén en tiempos de Jesús, Madrid, 1.977 (traducción de la tercera edición en alemán de 1.962).
- JONES, A. H. M., "A Letter of Honorius to the Army of Spain", Actes du X Congres International d'Études Byzantines, (Estambul, 15-21 Sept. 1.955), 1.957, p. 223.
- _____, The Later Roman Empire. 284-602. A Social, Economic and Administrative Survey, Oxford, 1.964.
- LACARRA, J. M., "Textos navarros del Código de Roda", Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón, I, 1.945, pp. 194-283.
- LASSUS, J., "Les edifices du culte autour de la basilique", VI Congresso Internazionale di Archeologia Cristiana, (Ravenna, 23-30 Septiembre, 1.962), Ciudad del Vaticano, Roma, 1.965, pp. 581-610.
- LE GALL, J., "L'itinéraire de Genséric", Revue de Philologie, LXII, 1.936, pp. 13-48.
- LE ROUX, P., L'armée romaine et l'organisation des provinces ibériques d'Auguste a l'invasion de 409, París, 1.982.
- LEPELLEY, C., Les cités de l'Afrique romaine du Bas-Empire, I, La permenence d'une civilisation municipale, París, 1.979; II, Notices d'histoire municipale, París, 1.981.
- LEVI-PROVENÇAL, Historia de la España musulmana, Historia de España de Don Ramón Menéndez Pidal, IV, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.950.
- LEWIS, R., Naval Power and Trade in the Mediterranean A.D. 500-1.100, Princeton, 1.951.
- LEZINE, M. A., Carthage. Utique. Études d'architecture et urbanisme, París, 1.968.
- _____, PICARD, C., PICARD, M. G.-Ch., "Observations sur la ruine des thermes d'Antonin a Carthage", CRAI, París, 1.956, pp. 425-430.
- LIEBESCHUETZ, J. H. W. G., "The Defenses of Syria in the Sixth

Century", Studien zu den Militärgrenzen Roms, II, Voträge des 10 internationalen Limes-kongresses in der Germania Inferior, (Colonia), Bonn, 1.977, pp. 487-499.

_____, "Generals, Federates and Bucellarii in the Roman Armies around A.D. 400", The Defence of the Roman and Byzantine East, ed. P. Freeman y D. Kennedy, Oxford, 1.986, pp. 463-474.

_____, Barbarians and Bishops. Army, Church and State in the Age of Arcadius and Chrysostom, Oxford, 1.990, pp. 89-125.

LLOBREGAT CONESA, E. A., Teodomiro de Oriola: su vida y su obra, Alicante, 1.973.

LLORCA, B., Historia de la Iglesia Católica, I, Edad Antigua. La Iglesia en el mundo grecorromano, ed. Llorca B., García Villoslada, R. y Montalbán F. J., BAC, Madrid, 1.964.

LOPEZ BERMUDEZ, F., "Begastri", AC, I, 1.984, pp. 13-16.

LOT, F., El fin del mundo antiguo y el comienzo de la Edad Media, Méjico, 1.956 (prim. ed. fr., 1.929).

LOYEN, A., Recherches historiques sur les Panégyriques de Sidoine Apollinaire, París, 1.942.

_____, Sidoine Apollinaire et l'esprit précieux en Gaule au derniers temps de l'Empire, París, 1.943.

LUQUE MORAÑO, A. de, "Necrópolis visigoda II de Villanueva del Rosario (Málaga)", Mainake, I, 1.979, pp. 165-178.

MCCORMICK, M., Eternal Victory. Triumphal Rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West, Cambridge, 1.986.

MADOZ, J., Liciniano de Cartagena y sus cartas. Edición crítica y estudio histórico, Madrid, 1.948.

_____, "Un caso de materialismo en la España del siglo VI", Revista Española de Teología, VIII, ,1.948, pp. 203-230.

MAIER, F. G., Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII, Historia Universal Siglo XXI, IX, Madrid, 1.972

- (prim. ed. alem., 1.968).
- MANOJLOVITCH, G., "Le peuple de Constantinople de 400 à 800", Byz., XI, 1.936, pp. 617-716 (traducido por H. Grégoire de la edición original en croata publicada en Zagreb en 1.904).
- MANZANO, E., "Beréberes de Al-Andalus: los factores de una evolución histórica", Al-Qantara, XI, 1.990, pp. 397-428.
- MARTINDALE, J. R., The Prosopography of the Later Roman Empire, II, (A.D. 395-527), Cambridge, 1.980.
- _____, The Prosopography of the Later Roman Empire, III, (A.D. 527-641), 2 vols., Cambridge, 1.992.
- MARTINEZ ANDREU, M., "La muralla bizantina de Carthago Nova", AC, II, 1.985, pp. 129-151.
- MARTINEZ CAVERO, P., "Estratigrafía y cronología arqueológica de Begastri", AC, I, 1.984, pp. 41-44.
- MARTROYE, F., Genséric. La conquête vandale en Afrique et la destruction de l'Empire d'Occident, París, 1.907.
- MATEU Y LLOPIS, F., "La ceca visigoda de Córdoba, notas sobre acuñaciones", Boletín de la Real Academia de Bellas Artes, Ciencias y Artes Nobles de Córdoba, XX, 1.949, pp. 45-64.
- MATILLA SEIQUER, G., "El Castillo de Garres: una fortaleza tardía en la Vega de Murcia", Ibid., V, 1.988, pp. 353-401.
- _____-PELEGRIN GARCIA, I., "El Cerro de La Almagra y Villaricos. Sobre el poblamiento urbano y su entorno en los siglos de la Antigüedad Tardía", AC, II, 1.985, pp. 281-302.
- MATTHEWS, J., "Olimpiodorus of Thebes and the History of the West", JRS, LX, 1.970, pp. 79-97.
- MILES, G. C., The Coinage of the Visigothic Spain. Leowigild to Achila II, Nueva York, 1.952.
- MITRE, E.-GRANDA, C., Las grandes herejías en la Europa cristiana, Madrid, 1.983.
- MOMIGLIANO, A., "Historiografía pagana y cristiana en el siglo IV", El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV, ed. A. Momigliano, Madrid, 1.989 (prim. ed. ingl.,

- 1.963), pp. 95-115.
- MUSSET, L., Las invasiones. Las oleadas germánicas, Barcelona, 1.967 (prim. ed. esp.).
- O'DONNELL, J. J., "Liberius, the Patrician", Traditio, 37, 1.981, pp. 31-72.
- OLMO ENCISO, L., "El reino visigodo de Toledo y los territorios bizantinos. Datos sobre la heterogeneidad de la Península Ibérica", Coloquio hispano-italiano de Arqueología Medieval, (La Alhambra, 18 al 21 de abril de 1.990), Granada, 1.992, pp. 185-198.
- ORLANDIS, J., "En torno a la noción visigoda de tiranía", Estudios Visigóticos, III, Roma-Madrid, 1.962, pp. 13-42.
- _____, "La sucesión al trono en la monarquía visigoda", Ibid., pp. 57-102.
- _____, La Iglesia en la España visigótica y medieval, Pamplona, 1.976.
- _____, Historia de España. España Visigoda (407-711), Madrid, 1.977.
- _____, La vida en España en tiempo de los godos, Madrid, 1.991.
- _____, "Una reina visigoda: Goswintha", Semblanzas visigodas, Madrid, 1.992, pp. 17-34.
- _____-RAMOS LISSON, D., Historia de los concilios de la España romana y visigoda, Pamplona, 1.986, (prim. ed. alem., 1.981).
- OSTROGORSKY, G., Historia del estado bizantino, Madrid, 1.984 (prim. ed. alem., 1.963).
- PASCHOUD, F., "Sur Eunape de Sardes", REG, XCVIII, 1.985, pp. 395-398.
- PATLAGEAN, E., "La gloria del Imperio", La Edad Media, I, La formación del mundo medieval. 350-950, ed. R. Fossier, Barcelona, 1.988.
- PEREZ SANCHEZ, D., El ejército en la sociedad visigoda,

- Salamanca, 1.989.
- FIGANIOL, A., L'Empire chrétien (325-395), París, 1.972 (prim. ed. 1.947).
- PIRENNE, H., Mahoma y Carlomagno, Madrid, 1.978 (prim. ed. fr., 1.936)
- PLACIDO, D., "Zósimo: polémica religiosa y conflicto social", AC, VIII, 1.991, pp. 51-55.
- _____, "Zósimo entre Oriente y Occidente", Veleia, II, 1.993, pp. 41-49.
- PLATERO, J. A., Liciniano de Cartagena y su doctrina espiritualista, Oña, 1.946.
- POUNDS, N. J. G., Historia económica de la Europa medieval, Barcelona, 1.981 (prim. ed. ingl., 1.974).
- PRINGLE, D., The Defence of Byzantine Africa from Justinian to the Arab Conquest. An account of the military history and archaeology of the Africa provinces in the sixth and seventh centuries, 2 vols., Oxford, 1.981.
- RAVEGNANI, G., Soldati de Bisanzio in età giustiniana, Roma, 1.988.
- REINHART, W., "Sobre el asentamiento de los visigodos en la Península", AEA, XVIII, 1.945, pp. 124-135.
- REMONDON, R., La crisis del Imperio romano. De Marco Aurelio a Anastasio, Barcelona, 1.967 (prim. ed. esp.).
- RODRIGUEZ ALONSO, C., Las Historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla, León, 1.975.
- ROSELLO CREMADES, N., "Vistalegre", Arqueología en Alicante 1.976-86, Alicante, 1.986, pp. 110-111.
- RUBIN, B., "Prokopios von Kaisareia", RE, XXIII.1, 1.957, cols. 237-599.
- RUIZ BUENO, D., Actas de los mártires, BAC, Madrid, 1.963.
- RUIZ TRAPERO, M., "La moneda", Historia de España de Don Ramón Menéndez Pidal, III.1, España visigoda, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.991, pp. 407-427.

- RUNCIMAN, S., Historia de las Cruzadas, I, La Primera Cruzada y la fundación del reino de Jerusalén, Madrid, 1.973 (prim. ed. ingl., 1.954).
- SAAVEDRA, E., Estudio sobre la invasión de los árabes en España, Madrid, 1.892.
- SAINTE CROIX, G. E. M., La lucha de clases en el mundo griego antiguo, Barcelona, 1.988 (prim. ed. fr., 1.981).
- SALVADOR VENTURA, F., Hispania meridional entre Roma y el Islam. Economía y sociedad, Granada, 1.990.
- SCHMID, W., "Eunapios", RE, VI.1, 1.907, cols. 1.121-1.127.
- SCHMIDT, L., Geschichte der Wandalen, Munich, 1.942.
- SEJOURNE, P., Le dernier père de l'Église. S. Isidore de Seville, París, 1.929.
- SERRANO RAMOS, E.-ATENCIA PAEZ, R., "La necrópolis de época visigoda de "El Tesorillo" (Teba, Málaga)", I Congreso de Arqueología Medieval Española, (Huesca, 1.985), II, Zaragoza, 1.986, pp. 279-295.
- SIMONET, F. J., Historia de los mozárabes de España, 4 vols., Madrid, 1.983 (prim. ed. fr., 1.897-1.903).
- SOTOMAYOR Y MURO, M., "La Iglesia en la España romana", Historia de la Iglesia en España, I, La Iglesia en la España romana y visigoda, ed. R. García-Villoslada, BAC, Madrid, 1.979, pp. 7-400.
- STEIN, E., Histoire du Bas-Empire, I, De l'État romain à l'État byzantin. 284-476, ed. fr. J.-R. Palanque, París-Bruselas-Amsterdam, 1.959 (prim. ed. alem., 1.928); II, De la disparition de l'Empire d'Occident à la mort de Justinien. 476-565, ed. J.-R. Palanque, París-Bruselas-Amsterdam, 1.949.
- STRATOS, A. N., Byzantium in the Seventh Century, I, 602-634, Amsterdam, 1.968 (prim. ed. ingl.).
- STROHEKER, K. F., "Leowigild", Germanentum und Spätantike, Zurich, 1.965, pp. 134-191.

- _____, "Das Spanische Westgotenreich und Byzanz",
Ibid., pp. 207-245.
- THOMPSON, E. A., "Olimpiodorus of Thebes", CQ, XXXVIII, 1.944,
pp. 43-52.
- _____, "Peasant Revolts in the Late Roman Gaul and
Spain", Past and Present, 2, 1.952, pp. 11-23.
- _____, "The Settlement of the Barbarians in Southern
Gaul", JRS, XLVI, 1.956, pp. 65-75.
- _____, "Christianity and the Northern Barbarians", NMS,
1, 1.957, pp. 3-21.
- _____, "Slavery in Early Germany", ed. M. I. Finley,
Slavery in Classical Antiquity. Views and Controversies,
Cambridge, 1.960, pp. 191-203.
- _____, "The Visigoths from Fritigern to Euric",
Historia, XV, 1.963, pp. 105-126.
- _____, Los godos en España, Madrid, 1.971, (prim. ed.
ingl., 1.969).
- TORO MOYANO, I.-RAMOS LINAZA, M., "Las necrópolis de Las Delicias
y El Almendral. Dos necrópolis visigodas en el llano de
Zafarraya (Granada)", II Congreso de Arqueología Medieval
Española, Madrid, 1.987, pp. 386-393.
- TORRES LOPEZ, M., "Las invasiones y los reinos germánicos de
España (409-411)", Historia de España de Don Ramón Méndez
Pidal, III. España Visigoda, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid,
1.963, pp. 3-140.
- VALLALTA MARTINEZ, M. P.-OCHOTORENA, C., "Los obispos de
Begastri", AC, I, 1.984, pp. 31-34.
- VALLEJO GIRVES, M., Bizancio y la España Tardoantigua (SS. V-
VIII): Un capítulo de historia mediterránea, Alcalá de
Henares, 1.993.
- VALLVE, J., "Nuevas ideas sobre la conquista árabe de España.
Toponimia y Onomástica", Al-Qantara, 10, 1.989, pp. 51-150.
- VASILIEV, A. A., Historia del Imperio bizantino, 2 vols.,

- Barcelona, 1.946 (prim. ed. ingl. 1.928-1.929).
- VAZQUEZ DE PARGA, L., San Hermenegildo ante las fuentes históricas, Madrid, 1.973.
- VILELLA, J., "Les illes balears en temps cristians fins als arabs", Institut Menorquí d'Estudis, (1.984), Menorca, 1.988, pp. 51-58.
- VOGT, H. J., La decadencia de Roma. Metamorfosis de la cultura antigua. 200-500, Madrid, 1.968 (prim. ed. esp.).
- WOLFRAM, H., Histoire des Goths, París, 1.990 (prim ed. alem., 1.979).
- WROTH, W., Catalogue of the Imperial Byzantine Coins in the British Museum, Londres, 1.908.
- ZEUMER, K., Historia de la legislación visigoda, Barcelona, 1.944.